Relatos de 44 años
en Galápagos
Relatos de 44 años en Galápagos

Jacinto Gordillo
Contenido

Agradecimiento ................................................................. 7
Presentación ................................................................. 9
“El Gaviotín”, Presentación Simbólica ............................. 11
Preámbulo ................................................................. 13
Introducción ............................................................... 19

CAPÍTULO I
Himno a Galápagos ............................................................ 23
Generalidades ............................................................... 25
Galápagos “Asilo de Paz” .................................................. 38
Supervivencia .............................................................. 40
Los Huancavilcas (cuadro) .................................................. 42
Un Galápago, una Misa, una Cruz ................................. 43
Sin Cruz y sin Epitafio ..................................................... 44
Ansiada Integración ......................................................... 45
“El Huaque” y los Políticos en Galápagos ......................... 48
La Pesca en Galápagos ...................................................... 50

CAPÍTULO II
La Cerrazón en Galápagos .................................................. 57
Naufragio “El Dinamarca” .................................................. 60
Pérdida del “Cayambe” .................................................... 64
Incendio de la Lancha “San Cristóbal” .............................. 67
Incendio de la Estación Científica Charles Darwin .......... 72
Las Ballenas “Suicidas” ..................................................... 73
“San Pedro” una Embarcación en las Islas Galápagos ...... 78

CAPÍTULO III
Caleta Iguana en la Isla Isabela ........................................... 83
Alas Destrozadas .......................................................... 89
El Solitario de Punta Esex ............................................... 91
“La Cantuta”, una Balsa Peruana en Galápagos ............... 97
Incendio Forestal en Isabela ............................................. 99
Los Mangles en Isabela y su Destrucción ....................... 115
Fuego de Volcanes ....................................................... 120
CAPÍTULO IV
La Colonia Penal en la Isla Isabela ................................................................. 125
“El Muro de las Lágrimas” ........................................................................ 129
Una Capilla en la Isla Isabela ................................................................. 130
Los Fantasmas Nocturnos ....................................................................... 133
Que el Curita te Celebre una Misa .......................................................... 135
Un Burro Castiga a un Blasfemo ............................................................ 137
El Pelado Pita ........................................................................................... 139
El Silbido del Diablo ................................................................................ 140
Un Acto de Venganza .............................................................................. 143
La Alborada del Terror ............................................................................ 144
Reseña Histórica de las Ganaderías Cimarronas en Galápagos .............. 174
Conclusión ............................................................................................... 182
Libros Leídos ........................................................................................... 183
Agradecimiento

Quiero dejar mi expreso agradecimiento a todos cuantos apoyaron la publicación de este libro:

- A la Misión Franciscana, en la que me formé desde niño y a la que debo mi profunda fe en Dios.
- A la Armada Nacional, dentro de la que milité cerca de diez años como Capellán con el grado de Alférez de Fragata y gracias al Comandante General Ordóñez, Oficial de Línea.
- A la Estación Científica Charles Darwin, que dejando a un lado fútiles concepciones me acogió dándome trabajo, casi desde su inicio, esto es a partir de 1966, de manera que crecí dentro de una institución que creció y sigue en aumento en el concierto mundial de la ciencia.
- Al Instituto Nacional Galápagos (INGALA), en el que presté servicios en mis últimos años. Instituto noble y de grandes alcances para el desarrollo armónico de la Región Insular, aunque defectuosamente organizado desde su inicio, ha cumplido de manera limitada sus objetivos. Se espera una despolitización administrativa para que sea lo que Galápagos espera de esta institución.

Al Dr. Ole Hamann, Botánico danés, que ha hecho estudios y publicaciones sobre la flora insular, habiendo descubierto muchos especímenes de plantas endémicas, nativas e introducidas. Visitó la Isla San Cristóbal en 1984. “Tengo una Scalesia, le dije, que no está identificada y quisiera su clasificación”. Nos trasladamos al lugar donde la planta vive, no muy lejos del puerto. La vio, hizo algunas preguntas, me miró sonriente y sin más, la colectó. Muy contento con el ejemplar, al día siguiente continuó su recorrido y luego retornó a su tierra. Pasado algún tiempo, cuando yo hasta me había olvidado, recibí una carta y una separata: la planta colectada por Ole Hamann estaba descrita con la siguiente identificación: “Scalesia gordillo”. Inmerecido, pero cierto, y perdurará por mucho tiempo, tal vez siglos, al sur de la Isla San Cristóbal, en un espacio no más ancho de 1 km. desde la última marea y una franja no más larga de 15 km. reproduciéndose entre rocas, tenien-
do por compañeros matazarnos, chalas, cactos y palo santos. Gracias, amigo Ole.

Gracias también al Dr. Roger Perry, científico inglés, uno de los primeros Directores de la Estación, que sentó las bases sólidas de la entidad durante los seis años que permaneció en ella (1965-1971), quien en relación al nombre de la planta me escribe: “It was a great pleasure recently to receive a copy of *Noticias de Galápagos* with your picture and the description of the new species of lechoso named in your honour. I know of no-one lands over the years. It is all the more appropriate too that this new species should be found so close to Puerto Baquerizo, and underline how much there is yet to be discovered about the Galápagos”.

Agradezco, también, a Fundación Natura, a la Fundación Charles Darwin, al Fondo Mundial para la Naturaleza y a Ediciones Abya-Yala, por el apoyo brindado para la publicación de este libro.
Presentación

Escribir un prólogo o presentar un libro y a su autor, ha sido una empresa que me he resistido afrontar; ya que al hacerlo, me parece que se toma para sí, con o sin razón, la posición de un juez, capaz de establecer y emitir criterios de valor sobre el autor y su pensamiento. En esta particular ocasión, esto se vuelve mucho más crítico y delicado, ya que considero a Jacinto Gordillo como un experto “Galapagólogo”; mientras un servidor es un ser introducido que aún no se considera endémico.

Como una salvedad, he aceptado intentar hacerlo por razones fundamentales como la calidad humana y el conocimiento que del tema tiene el autor.

Galápagos es un complejo apasionante de ciencia, historia y fábula. Adentrarse en su conocimiento, ha sido y es la meta y desafío de científicos, escritores y amantes de la cultura en general. Jacinto Gordillo no pudo escapar a este reto y con la erudición de su formación y el valioso insumo de sus vivencias reales, nos lleva absortos y embelesados, desde la apasionante historia humana de las Islas, al tema científico ágilmente tratado, para desembocar en el hecho casi anecdótico del cual en muchos casos fue protagonista.

Desde el apostolado de almas al no menos sacrificado de la Conservación de la Naturaleza, ha ido, Jacinto, acumulando recuerdos y vivencias de las que nos hace partícipes en éste, su libro; como un aporte a la sociedad y a la comunidad interesada en el tema de Galápagos.

Gracias por esta contribución y por los inolvidables momentos que la lectura de este libro me proporcionó, por el acierto y solvencia con que se ha manejado el tema.

Diciembre 1 de 1993

Ing. Pablo E. Larrea
“El Gaviotín”
Presentación simbólica

“El Gaviotín” (*Sterna fuscata*) es una ave marina residente de Galápagos. Sus características: colores contrastantes, blanco debajo y negro en la parte superior o espalda; la cola profundamente horcada; su vuelo es ágil y se distingue por golpes lentos de las alas acompasados con subidas y bajadas de su cuerpo; se reproduce en las islas del norte y no es comúnmente observado (Michael Harris, 1965).

He tomado al “gaviotín” como presentación simbólica de esta publicación, por la facilidad de sus desplazamientos en el claro azul del cielo galapagueño sobre el azul profundo de los mares insulares; rápido y elegante portador del mensaje de confraternidad, siempre con la mirada hacia el norte de un justo y equilibrado desarrollo, con un mejor conocimiento de lo que fue y es Galápagos: “un mundo alejado y libre, en pleno dominio tranquilo de riquezas, imponderables como sus montañas y profundas como sus mares, atractivas y raras como sus especies”.

“El Gaviotín”, al entregar estas páginas, expresa a nativos, residentes y visitantes, un saludo de paz y amor.
Para entender el contenido de algunos pasajes de este libro, quiero comenzar contestando a la pregunta que siempre hacen quienes me tratan por primera vez, al saber que estoy más de 40 años en las islas: ¿Por qué vino usted a Galápagos?

Soy religioso franciscano en pasivo. Me ordené de Sacerdote en abril de 1951. Después de diez meses, mis Superiores me designaron como misionero para la recién fundada misión de la Región Insular. Por esto vine a Galápagos.

Después de una larga e incómoda travesía de cuatro días a bordo del histórico cañonero “Calderón”, desembarqué en San Cristóbal, un 2 de febrero de 1952. Me recibió Mons. Pedro Pablo Andrade, Prefecto Apostólico, quien me condujo a una vieja y destatada casa de madera, la antigua escuela cedida a los religiosos, porque no tenían aún un techo para protegerse.

Al día siguiente, recibí la orden de hacerme cargo de la Parroquia “El Progreso”. El Prelado me dijo: “Cabalgue en esta yegua, suelte la rienda y llegará a casa”. Así fue. Después de una hora de lento caminar, distraído en la contemplación de estos extraños parajes de rocas y vegetación, seca al principio, y luego de frondosos árboles frutales y, envuelto en la fragancia de azahares de limoneros y naranjos, llegué a la casa de la Misión. ¡Qué casa! paredes de bahareque, techo de paja y suelo desnudo y húmedo. Esta fue mi primera morada en Galápagos, pero allí estaba un hermano religioso y comprensivo, el Hermano Espinoza, que me ayudó a capear las tormentas físicas y morales.

LA MARINA: Debo dejar constancia de un hecho muy real y positivo de la Armada Nacional establecida en Galápagos desde 1947. Los misioneros no teníamos absolutamente medios de subsistencia y, si bien la gente buena y generosa hacía esfuerzos para ayudarnos, esto no llegaba a solucionar sino mínimas necesidades. Entonces, la Armada Nacional, comprendiendo la dificultad y aprietos de los misioneros, justificó su apoyo económico nombrando capellanes castrenses a sacerdotes con el grado de Alférez de Fragata y al Hno. lego como cabo...
de marina. Los sueldos iban a una sola caja manejada por Mons. Andrade para atender las necesidades de toda la Misión.

**ISABELA:** En agosto de este mismo año de 1952, fui nombrado párroco titular de la Isla Isabela. Desde el momento que pisé tierra isabeleña, quedé prendado de la belleza natural de la isla: la pureza y transparencia de las aguas marinas que reflejan la profundidad de sus mares, matizando la superficie entre azul profundo y verde turquesa; hermosos manglares que ribetean de verde y frondosidad las orillas rocosas por un lado, y por otro, amplias y blancas playas de arena muy fina. Pequeña población sentada en un antiguo brazo de mar, con sus casitas lacustres de pobre aspecto, de madera el piso y las paredes, y techo de paja, casi todas humeantes a sabor de pescado o carne asada. Todo este conjunto teniendo como fondo, detrás de una tenue neblina, los dos cerros imponentes y majestuosos, Sierra Negra y Cerro Azul.

Seducido por esta primera impresión, brotó espontáneamente desde el fondo de mi alma la frase “esta será mi tierra donde viviré hasta mi muerte”.

Misioné en esta isla correctamente, con dedicación, entusiasmo, abnegación y sacrificio durante nueve años consecutivos; los tres últimos, lo confieso, fueron de tristes devaneos. Esto me obligó a tomar una resolución: Servir a Dios, no como sacerdote, sino como simple cristiano en la vida seglar. Así es como en mayo de 1964, dejé el hábito para unirme a mi actual esposa, con quien legalicé el matrimonio civil el 16 de marzo de 1967, luego de recibir las dispensas de la Santa Sede de mis votos y compromisos sacerdotes.

Este cambio de vida monacal a vida laica, fue para mí la más dura experiencia. Quedé solo en una sociedad desconocida y hostil (Guayaquil) que se negaba a darme la mano y me cerró toda posibilidad de trabajo; por el hecho de haber sido cura, no fui admitido ni como jardinero de una casa particular. En estas circunstancias y no pudiendo sobrevivir, resolvimos regresar a Isabela.

Como es natural y comprensible, esta determinación fue nada aconsejable y totalmente inoportuna. Volver a una isla donde ejercí la misión, con una población tan pequeña que no pasaba de 310 habitantes, (J. Gordillo, diario 1960) era exponerse a toda clase de comentarios
desagradables y constituirse en una piedra de escándalo permanente; pero, regresé. Tenía la confianza y certeza, que esta pequeña sociedad comprendería mi situación y me admitiría en su seno sin recelos, con los mismos derechos que cualquiera otra persona normal y me guardaría el mismo o parecido respeto que antes. Así sucedió.

Sin embargo, el Nuncio Apostólico me puso como condición “sine qua non” abandonar las islas para darme las dispensas de la Santa Sede previas a contraer matrimonio. A esto escribí el siguiente documento fechado en Quito el 14 de Marzo de 1967 y dirigido a su Eminencia el Cardenal Carlos María de la Torre y decía así: “Eminentísimo señor”: El infrascrito, Jacinto Gordillo, sacerdote franciscano (hoy en estado laical), al tener conocimiento de que en manos de su Eminencia reposa un rescripto de Roma en mi favor, en el que, para yo poder gozar de sus concesiones debo, como condición, salir de Galápagos, me permiso hacer reverentemente una ligera exposición de las circunstancias que rodean mi vida:

1. En primer lugar, la isla en que vivo, Isabela, es la más lejana del Archipiélago y por ende la más olvidada hasta de los turistas que se privan de visitarla, por las dificultades de ingresar en ella. Está separada del continente por 700 millas marinas; de Isabela a San Cristóbal, Capital del Archipiélago, hay 95 millas y a Santa Cruz, la isla poblada más cercana, la distancia es de 45 millas. Los barcos, mientras a las demás islas visitan dos o más veces al mes, a Isabela no entran sino una, permaneciendo allí contadas horas. Aunque la isla es la más extensa de todas, esto no obstante, prácticamente queda separada de la civilización.

2. A pesar de que la isla es grande y de muchos recursos naturales, sin embargo, debido a las ya anotadas circunstancias, su población es escasamente de 310 habitantes, quienes son conocedores de mi caso, habiéndose familiarizado tanto en los años que vivo en estado laical entre ellos, que aunque hubo escándalo al principio, ahora ya nada se comenta. Debo además anotar, que el 75% de la población resultan ser parientes cercanos de la que pronto, así espero, será mi esposa legítima, que es nativa de esta isla.

3. Todos los pobladores de Isabela y la casi totalidad de los habitantes del archipiélago saben que mi salida actual al continente obedece a
una llamada radiográfica que se pasó por manos de la Armada (por tanto de dominio público) para arreglar mi situación, puesto que las dispensas ya habían llegado de Roma, es decir, que todos comen-
tan que regresaré arreglado ya mi matrimonio en una forma legíti-
ma. De modo que, sea que salga de las islas o permanezca en ellas, 
no se podrá conseguir el secreto que acaso se busca en mi caso.
4. Soy oriundo del norte de la república, en donde reside toda mi fa-
milia; mi educación la hice en la ciudad de Quito en el Convento 
de San Francisco. Tengo por tanto mi círculo de amigos, de los cua-
les muchos no conocen mi caso. Por la presencia de Padres Francis-
canos en toda la República, es para mí más difícil y embarazoso tra-
bajar en el continente, que en las islas. Solamente saliendo al exte-
rior podríase evitar que yo sea descubierto como sacerdote.
5. Como tengo un contrato de trabajo con la Estación Científica 
Charles Darwin, con el que he resuelto, al menos en parte, mi es-
trecha situación económica, encontrándome ya encarrilado en el 
trabajo y a pleno gusto y satisfacción de la entidad, no me es fácil 
cumplir de inmediato con este requisito de salir de las islas. Tanto 
más que yo tengo terror de vivir en el continente, entre otros mo-
tivos, por el fracaso que sufri en mi primer intento de trabajar fue-
ra de las islas.
Ruego a Vuestra Eminencia se digne atender todas estas circuns-
tancias que me he permitido exponerle y darme una resolución fa-
vorable, exonerándome de esta condición. “De su Eminencia etc. f) 
Jacinto Gordillo.
Fui aceptado y el matrimonio eclesiástico se celebró, según reza 
el siguiente certificado: “Quito, a 16 de marzo de 1967.- El infrascrito, 
Canciller de Roma. Curia Metropolitana de Quito, certifica en debida 
forma que el día de hoy 16 de marzo de 1967, en la Capilla del Palacio 
Arzobispal de Quito, el Ilmo. y Rvmo. Mons. Angel Humberto Jácome, 
Vicario General de esta Arquidiócesis, presenció y bendijo “extra mis-
sam” el matrimonio que contrajo el señor Jacinto Gordillo con la Sra. 
Gloria Gil.- se celebró este matrimonio después de haberse ejecutado 
en favor del contrayente el Rescripto # 497/66 de la Sagrada Congrega-
ción “Pro Doctrina Fidei”.- Actuó como testigo el infrascrito Canciller 
que certifica.- f) Antonio J. González - CANCILLER.
Debo admitir que sufrimos mucho Gloria, mi esposa, y yo en los primeros años, pues como en Guayaquil, en Isabela tampoco pude obtener empleo; pero aferrándome a este cambio de estado y ponderando que las nuevas obligaciones requerían valor y sacrificio mayores de los que hasta aquí había sufrido, no me importó trabajar en la tierra para, de sus entrañas, sacar el sustento para mi pequeño núcleo familiar, pues ya teníamos una preciosa niña que vino a complementar el hogar y los tres vivíamos lejos de todo lo que significa civilización, en una cañuela muy apartada de toda vecindad y cerca, muy cerca a un semiabandonado cementerio. Fueron años de penuria, pero dulcificados por la comprensión y amor de mi señora y amor de mi hija.

Por fin, pasados estos dos años de prueba, hubo una institución, que no mirando sino el valor de la persona humana, me acogió dándome trabajo. Esta institución fue (y es hasta el momento) la Estación Científica Charles Darwin. De esta manera, comencé a trabajar desde el primero de junio de 1966 hasta el momento que estoy escribiendo estas letras (1998).

En consecuencia, dejo sentado el agradecimiento más profundo a esta institución, no solamente porque solucioné mi problema económico, sino especialmente porque aprendí mucho de todo, particularmente sobre el valor e importancia de las riquezas naturales de Galápagos, dentro de las cuales nos movemos y somos parte integrante del medio ambiente maravilloso de las islas.


Por tanto, este libro va dedicado a Gloria, mi querida esposa, y a mis cinco hijos.

Jacinto Gordillo
Introducción

Las Islas Galápagos que se encuentran 1000 kms. al oeste de las costas occidentales del continente ecuatoriano, forman un grupo disperso, al parecer de pedazos rocosos volcánicos, cuya superficie cenicienta y oscura evoca recuerdos de imágenes o fantasmas, ya cruzando los mares interinsulares bajo la bandera negra de los piratas y su símbolo de muerte; ya con susurros de agonía y reflejos de sangre, en una región, por mucho tiempo, asiento de maladadas colonias penales; ya internándose en los bosques, campos de lava o pampas, para nunca salir de ellas, confundiendo el grito desesperado del perdido con el silbido del viento que se oculta en cuevas o pasa golpeando cráteres para dejar el eco funesto disperso en el ambiente, pocas veces escuchado por los seres humanos, que tímidos o supersticiosos, atribuyen a llamadas satánicas o de ultratumba; o son fenómenos de la naturaleza no registrados en páginas o libros, como incendios devoradores de bosques, inundaciones que asustan o erupciones volcánicas, cuyos ríos de lava encendidos van transformando superficies, destruyendo todo lo que a su paso encuentran.

Todos estos hechos ocultos en una especie de olvido que acrecienta el deseo de saber algo más sobre las realidades galapagueñas acaecidas, aparentemente sin testigos, en presencia solamente de una naturaleza que gime solitaria y contempla rústica y dura la desesperación de quienes, crispando las manos, agonizan clavados sobre la arena bajo el influjo alucinógeno propio del que muere sin una gota de agua en su cuerpo, serán recogidos en este pequeño libro.

Algunos acontecimientos se tomarán de relatos consignados en vetustos libros; otros, de la narración de antiguos habitantes y especialmente de las experiencias vividas en aproximadamente 44 años en Galápagos.

Se hará una ligera exposición de la geología, geografía e historia de los asentamientos humanos en las cuatro islas cronológicamente habitadas, escenario sobre el cual se fueron hilando lentamente con lágrimas y hechizo, las historias que se van a narrar.
En fin, hago mías las palabras de Arturo Vergara: “lo que cuento lo vi o lo escuché y lo cuento como lo comprendí... Asumo la culpa por los defectos que tenga el libro, porque al fin y al cabo, es mi hijo”.

El Autor
Capítulo I
Himno a Galápagos

“Somos luz y esperanza en la Patria.......”
Letra: Mons. Víctor Maldonado
Música: Padre Fray Agustín de Azkúnaga

Mons. Víctor Maldonado misionó por primera vez en Galápagos entre los años 1953-1954. Como estuviera de Superior Religioso un compañero y amigo suyo, por tanto conocedor de sus dotes poéticas, le pidió que compusiera la letra de un HIMNO A GALAPAGOS. Así lo hizo.

En la primera oportunidad que saliera al continente, el Superior llevó consigo la letra del Himno y pidió al Padre Agustín de Azkúnaga, también religioso Franciscano, inspirado músico y compositor español de mucha fama, que adapte a la letra la música. El anciano sacerdote tomó el papel, lo leyó y, sin más, lo dejó sobre su escritorio. Pasados unos días, el Superior tuvo que regresar a las islas, sin tener el gusto, por lo menos, de tararear el Himno.

Al año siguiente, en una nueva salida a Quito, golpeó la puerta del artista; cual su sorpresa al ver el papelito un tanto empolvado en el mismo lugar, sobre el escritorio. El Padre Agustín también se sorprendió al ver al misionero, desde luego, ofreció cumplir sus deseos y parece que esto sirvió para su inspiración. Al día siguiente entregó al misionero la adaptación musical, quien satisfecho y contento regresó al lugar de trabajo, Isabela, donde pacientemente esperó una oportunidad para enseñar el HIMNO... y esa oportunidad llegó, pues en 1957, al aprobar el Gobierno, (siendo Presidente Constitucional el Dr. Camilo Ponce Enríquez y su Ministro de Educación el Dr. Alfaro), la creación de la primera Escuela Fisco-Misional “Cornelio Izquierdo” en Galápagos, tuvo la satisfacción de enseñarlo a sus alumnos. Isabela fue la isla donde por primera vez se entonaron las notas del HIMNO A GALAPAGOS.

Posteriormente, Mons. Hugolino Cerasuolo, en 1966, rescató la partitura de los archivos de la Misión de Isabela y empezó a divulgar en la Escuela y Colegio Fisco-Misionales de San Cristóbal.

En el acto solemne de Provincialización, el 18 de febrero de 1973, se entonaron las notas del himno públicamente. Poco después, por Decreto, fue admitido como Himno Oficial de la nueva Provincia
de Galápagos, debiéndose por tanto entonar obligatoriamente en todos los actos públicos.

Si leemos con detenimiento cada una de las estrofas, cada uno de los versos, podremos aquilatar el numen poético del artista compositor, Mons. Víctor Maldonado, que no obstante haberlo escrito en 1953-1954, años en que las Islas Galápagos eran tan difíciles y atrasadas, en las que ni por sospecha se hablaba de turismo, se adelanta en los acontecimientos y va pintando a cada isla en la dimensión que tienen actualmente en el boom turístico, en pleno desarrollo...

Creo muy oportuno iniciar el relato de los hechos históricos de este libro, con la letra del “Himno a Galápagos”, compuesto por un amigo y compañero.

**CORO**
Somos luz y esperanza en la Patria de hermosura y riqueza sin par nuestras islas son reinas del orbe soberanas del cielo y del mar.

**ESTROFAS**
En la bruma lejana del tiempo se vislumbra su historia inicial que con otros valientes tejiera Fray Tomás de Berlanga a la par. De esos héroes el brazo invencible donde brilla más fulgido el sol para el mundo forjó una epopeya y a la Patria un tesoro donó. Nuestras islas de azul fantasía, de poetas y sabios imán, de turistas gentil atractivo y del mundo tesoro ideal San Cristóbal, riqueza ignorada; Isabela, de gran porvenir; Santa Cruz, la fértil y activa y Floreana, la bella y gentil.
Generalidades
de las Islas Galápagos

El grupo de islas hoy conocidas con el nombre de “Galápagos”, afloraron sobre las aguas océanicas del Pacífico Oriental en la era actual, esto es, entre los cinco y un millón de años.

Entre islas grandes, medianas y pequeñas, rocas y arrecifes, son en número de 87, todas de origen volcánico. Tienen una superficie terrestre total de 8.006 km², la superficie del mar insular es de 45.606 km² y una superficie de mar territorial de 817.392 km². Galápagos es un gran territorio (871.004 km²), rico en recursos naturales, turísticos e ictiológicos.

El clima está considerado como el mejor del mundo. Tipificado como “tropical seco” y tentativamente ubicado, según Köpen, entre Bw, siendo sus modificantes principales los alisios del sureste y las corrientes marinas. El clima así visto, es el determinante último en la formación de los suelos de las islas y en el asentamiento de los seres vivos, plantas y animales, siendo al mismo tiempo, en el transcurso de los años y siglos, el factor decisivo en la formación y sostenimiento de los ecosistemas galápagueños.

“Esto es Galápagos, un puñado de islas dispersas, como lanzadas al azar en la imensidad del océano, guardando en sus entrañas un cúmulo de motivos de primitiva belleza, duros, abruptos, salvajes, que atraen, encantan, deleitan y elevan; pero, sobre todo, pican la curiosidad por su rareza, delatando a las islas como tablas de salvación del pasado”.

Un escenario de rocas, lava, volcanes y mar sobre el que se implantó como ley, la del más fuerte, del más resistente, del más valiente. Primero la lucha, luego la adaptación y por fin la supervivencia. Y sobre este escenario, también el hombre, siguiendo casi los mismos parámetros de las demás especies, puso sus plantas, luchó, se adaptó, sobrevivió y quedó establecido.

Veamos en síntesis estos pasos o hitos históricos del hombre en Galápagos: son llamadas Galápagos, por la tortuga gigante, único lugar
en el mundo donde pudo sobrevivir este reptil, al que Tomás de Berlanga, primer descubridor casual e histórico de las islas el 10 de marzo de 1535, les puso el nombre de galápago.

• Desde tiempos muy antiguos, las islas eran visitadas por nuestros intrépidos navegantes los huancavilcas o indios de la costa ecuatoriana. Lo dicen los restos de ollas encontrados en la Isla Florena que delatan la Cultura Manteña, sacando la conclusión lógica de que los huancavilcas fueron los primeros descubridores de nuestras islas.

• De 1684 a 1822, las Islas Galápagos sirvieron de refugio a barcos piratas que asaltaban las embarcaciones de los españoles cargadas de oro para la corona de España.

• No bien pasó la época de los piratas, los mares e islas galápaguenses fueron ocupadas por la flota no menos destructora de balleneros y expediciones científicas. De las expediciones científicas, la de más renombre y significado para las islas fue la realizada por el sabio naturalista Charles Darwin, que arribó a las islas el 15 de septiembre de 1835 y permaneció en ellas durante cinco semanas.

• El 12 de febrero de 1832, el Ecuador tomó posesión de esta región dando comienzo así a la colonización de este grupo de islas.

• Colonización de las islas según orden cronológico:
  - Floreana..............................................1832
  - San Cristóbal.......................................1866
  - Isabela...............................................1897
  - Santa Cruz...........................................1926

• En 1861, el Dr. Dn. Gabriel García Moreno, elevó a la categoría de Provincia a la Región Insular.

• En 1885, dejó de ser provincia y quedó bajo la jurisdicción de la Provincia del Guayas.

• En 1973, 18 de febrero, el General Guillermo Rodríguez Lara, nuevamente decretó la Provincialización de las Islas Galápagos, siendo Capital San Cristóbal.

• La población actual de las islas es de 9785 habitantes (censo de 1990).
RAPIDA DESCRIPCION DE LAS ISLAS HABITADAS
DE ACUERDO AL ORDEN DE OCUPACION

Isla Floreana

GEOLOGÍA:
Floreana es de origen volcánico, formada por erupciones sucesivas. Topográficamente está cubierta de volcanes y conos que le dan el aspecto de una superficie lunar. En algunos puntos de la isla hay lava desprovista aún de vegetación.

GEOGRAFÍA:
La isla se encuentra ubicada al sur del archipiélago.
Superficie: 172.530 km²
Mayor Altura: 640 msnm.
Cerros Principales: Cerro Pajas, el más alto; C. Vertiente; C. Montura; C. Luz del Día, entre otros.
Bahías: B. Post Office, B. de las Cuevas
Playas: P. de los Perros, P. Picona, P. Prieta (es la del Puerto).
Agua: Hay una vertiente pequeña que abastece a la poca población de la isla.

HITOS HISTÓRICOS:
Nombres de la isla: “Charles” en honor al Rey Carlos II de Inglaterra. “Floreana” desde 1832, en atención al Presidente Flores que autorizó la toma de posesión de las islas. “Santa María” en 1892, conmemorando el IV centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. Es indiferente el uso del nombre; pero comúnmente se la llama Floreana.

PERÍODOS DE COLONIZACIÓN:
Primer Período: 1832-1845: Sociedad Colonizadora del Archipiélago de Galápagos.
Colonizador: General José de Villamil.
Segundo Período: 1870-1878: Compañía Orchillera.
Colonizador: Don José de Valdizán.

Tercer Período: 1884-1886 Compañía Colonizadora Suizo-Escandi-
nava.
Colonizador: Sr. Adolfo Beck.

Cuarto Período: 1930 hasta nuestros días: ocupación de la isla por fa-
milias alemanas.

POBLACIÓN: 60 habitantes
Desde 1973 es considerada parroquia perteneciente al Cantón San Cristóbal. En ella por tanto funciona una Tenencia Política, la Cap-
pitanía de Puerto, hay un dispensario médico y para la educación de los niños, una escuela unitaria. El Puerto está en Playa Prieta y tiene el nombre “Velasco Ibarra” y una capilla católica.

LUGARES DE IMPORTANCIA TURÍSTICA:
Is. Onlow (Corona del Diablo) -Colonia de corales (Buceo).
Punta Cormorán -Colonia de flamencos.
Bahía Post Office -Oficina postal antigua (1793).
Puerto Velasco Ibarra -Almacén de objetos típicos.
Lobería -Colonia de lobos marinos.

RECURSOS ECONÓMICOS:
Las fuentes de trabajo son la agricultura, la pesca y el turismo. Los pobladores son muy laboriosos. Han logrado establecer sus peque-
nas industrias de vino de naranja que lo venden envasado con etique-
tas propias. Igualmente mermeladas de frutas, que por su sabor y cali-
dad tienen mercado dentro y fuera de las islas.

Isla San Cristóbal
GEOLOGÍA:
La Isla San Cristóbal, como las demás, es de origen volcánico. Su constitución externa, revestida en partes de lava fluente de carácter ex-
trusivo y en partes de material intrusivo, nos hace pensar en dos eta-
pas de formación: la parte hacia el noreste desde Cerro Brujo es más jo-
ven que la parte del suroeste.
La isla está ubicada al extremo este del archipiélago.

*Superficie:* 558 km²

*Mayor Altura:* 735 msnm.

*Cerros Principales:* San Joaquín, es el más alto; C. Mundo, C. Azul, C. Santo Tomás, El Junco, C. Brujo, Pan de Azúcar, Media Luna, C. Pitt, C. Pelado, C. Verde, entre otros.

*Lagunas Y Riachuelos:* Es la única isla en el archipiélago que tiene agua dulce superficialmente. En ella se encuentra la laguna “El Junco”, a 650 msnm. Además, nueve riachuelos de agua permanente que corren en forma de cañadas por las laderas sur de la isla hasta el mar.

*Bahías:* B. Naufragio, en sus costas está el Puerto; B. Stephens, B. Hoobs, B. Rosa Blanca y B. de Agua Dulce.


*Cabos:* Cabo Norte.

*Islotes:* Pitt y Lobos.

*León dormido:* 5 fingern.

**HITOS HISTÓRICOS:**

*Nombres de la isla:* Chatam, en recuerdo de un importante navegante inglés.

“Cristóbal” desde 1892.

Por extensión “San Cristóbal”, patrono de los navegantes.

**PERÍODOS DE COLONIZACIÓN:**

*Primer período:* 1845-1866: primeros inmigrantes, desconociéndose nombres y fechas.

*Segundo período:* 1866-1870: Sociedad Orchillera.

Socios responsables: Hnos. Cobos y José Monroy.

*Tercer período:* 1870-1904: Establecimiento de la hacienda azucarera “El Progreso” y su producción de 20.000 sacos al año.

Propietario: Don Manuel Julián Cobos.


Herederos: Rogelio Alvarado y Josefina Cobos.
Quinto período: Liquidación de la hacienda: 1925-1930.
Sexto período: 1930-1950: Se establece la colonia con la libre posesión de las tierras.

DIVISIÓN POLÍTICA:
Al terminarse el intento de colonización en la Isla Floreana y comenzar la ocupación de la Isla San Cristóbal, pasaron también a ésta sus derechos políticos. Así fue como en 1861, al erigir en Provincia a la Región Insular, se determinó que San Cristóbal fuera su capital y, aunque en 1885 fue nuevamente anexada a la Provincia del Guayas, siempre se la ha considerado Capital del Archipiélago, siendo confirmada como tal en 1973.

El Decreto No. 164 de creación de Provincia, en el Art. 3ro. dice: “El Cantón San Cristóbal” con su cabecera cantonal Puerto Baquerizo Moreno tendrá como parroquia el “Progreso” con sus recintos La Soledad, el Socavón y el Chino; la Isla Santa María (Floreana) con el Puerto Velasco Ibarra... etc.

Población: 3.603 habitantes (censo de 1990)

Costumbres: Los habitantes son de costumbres indeterminadas, debido a la heterogeneidad de su procedencia u origen, pues los hay de la sierra, la costa y el oriente y, todos, una vez radicados han sido influenciados por el aislamiento, que ha modelado el carácter de los individuos y su manera de actuar, al quemeimportismo, copia tal vez, del quemeimportismo del Gobierno y la sociedad continental hacia los galapagueños en períodos largos de tiempos pasados. Las fiestas son las tradicionales y comunes al Ecuador continental relacionadas con recuerdos o aniversarios cívicos y religiosos.
RECURSOS ECONÓMICOS: Las fuentes de trabajo desde sus inicios son la agricultura y la pesca, especialmente esta última ha caracterizado a la isla hasta la entrada del turismo que en la actualidad está copando las actividades tradicionales de los habitantes con mucho rendimiento económico.

Lugares de importancia turística:
1. La Lobería, cerca al puerto  - Colonia de lobos marinos y balneario.
2. Isla Lobos       - Colonia de lobos marinos, de piqueros patas azules, fragatas e iguanas marinas.
3. Roca León Dormido - Belleza paisajística.
4. Laguna del Junco  - Belleza paisajística.
5. Puerto Grande    - Balneario.
7. Punta Pitt       - Colonia de piqueros patas rojas y enmascarados y también de fragatas.
8. Las Chorreras   - Paisajístico.

Isla Isabela

GEOLOGÍA:
La Isla Isabela está conformada por la unión de seis volcanes, cinco de los cuales son activos. Fernandina, una isla, o mejor dicho un gran volcán, separado de Isabela por el Canal Bolívar, sin embargo es considerada parte de Isabela, toda vez que sus rocas tienen la misma polaridad paleomagnética (Nordly).

Al afirmar los geólogos que la actividad volcánica en el archipiélago comenzó al sureste avanzando gradualmente hacia el oeste y noroeste, Isabela, que está al oeste, es considerada aún en formación; en muchos puntos de la isla se pueden ver zonas de piedra compacta y negra de caprichosas formas que revelan ser fruto de recientes erupciones volcánicas. Más de 2.500 conos diseminados por toda la isla le dan un aspecto majestuoso, la mayor parte de los cuales son volcanes durmientes, pero con capacidad de activarse en cualquier momento.
<table>
<thead>
<tr>
<th>FECHA</th>
<th>VOLCÁN</th>
<th>FISURA</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>27 de agosto de</td>
<td>1953 Cerro Azul</td>
<td>Radial Este</td>
</tr>
<tr>
<td>29 de junio de</td>
<td>1959 Cerro Azul</td>
<td>Radial Sur</td>
</tr>
<tr>
<td>1 de marzo de</td>
<td>1958 Fernandina</td>
<td>Cráter Central</td>
</tr>
<tr>
<td>13 de abril de</td>
<td>1963 Volcán Wolf</td>
<td>Radial Este</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td>(Cabo Marshall)</td>
</tr>
<tr>
<td>11 de junio de</td>
<td>1968 Fernandina</td>
<td>Cráter Central</td>
</tr>
<tr>
<td>12 de agosto de</td>
<td>1969 Cerro Azul</td>
<td>Cráter Central</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td>(erupción sin derrame)</td>
</tr>
<tr>
<td>31 de enero de</td>
<td>1973 Fernandina</td>
<td>Cráter Central</td>
</tr>
<tr>
<td>9 de diciembre</td>
<td>1975 Fernandina</td>
<td>Cráter Central</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>1977 Fernandina</td>
<td>Cráter Central</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>1978 Fernandina</td>
<td>Cráter Central</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>1979 Cerro Azul</td>
<td>Radial Sureste</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>1979 Sierra Negra</td>
<td>Circunferencial</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td>(Volcán Chico)</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>1982 Volcán Wolf</td>
<td>Cráter Central</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>1990 Fernandina</td>
<td>Radial Este</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td></td>
<td>(Punta Espinoza)</td>
</tr>
<tr>
<td>septiembre</td>
<td>1991 Marchena</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

**GEOGRAFÍA**

*Superficie:* 4.585 km²

*Ubicación:* Se encuentra al oeste del archipiélago, atravesada por la Línea Equinoccial en el norte.

**Volcanes principales y sus alturas:**

- Volcán Ecuador: 805 msnm.
- Volcán Wolf: 1710 msnm.
- Volcán Darwin: 1330 msnm.
- Volcán Alcedo: 1130 msnm.
- Volcán Sierra Negra: 1110 msnm.
- Volcán Cerro Azul: 1686 msnm.

*Agua:* Carece de manantiales de agua dulce superficiales, pero los hay subterráneos que desembocan al mar en el sur.


Rocas: R. Bura (Viuda), R. la Unión, R. Redonda, R. Sin Nombre.
El Istmo Perry es el último punto de unión de la isla, entre Sierra Negra y Alcedo. Tiene 11 km entre Bahía Elizabeth y B. Cartago.
Playas: Las tiene muy amplias y hermosas al sur y este; pero al oeste solamente se encuentran acantilados, en partes, de alturas hasta los 100 m. que reciben el choque de las afloraciones de la Corriente de Cromwell, rica en plancton que alimenta y mantiene una espectacular fauna marina y terrestre, como pingüinos, cormoranes, lobos peleteros, etc.

HITOS HISTÓRICOS:
Primer período: 1897-1904: Familia Gil, Comienza la formación de una hacienda cafetalera con 80 enganchados. Colonizador: Don Antonio Gil.
Cuarto período: Revertidas las tierras al Estado, los trabajadores se aporrian de ellas y las colonizan.

Don Antonio Gil Junior, dejó descendencia que prácticamente es el núcleo de la actual población. De 1946 a 1959, la Isla Isabela fue castigada con el establecimiento de una Colonia Penal. En ella fueron recluidos hasta unos trescientos penados que protagonizaron la famosa sublevación el 9 de febrero de 1958, que en el continente se la puso el nombre de ALBORADA DEL TERROR.
DIVISIÓN POLÍTICA:
El 16 de marzo de 1973, el presidente Guillermo Rodríguez Lara, dictó el decreto de cantonización de Isabela que en su Art. 1ro. dice: “Créase el Cantón Isabela, con su Cabecera Cantonal Puerto Villamil, tendrá como parroquia la población de Santo Tomás que en adelante se llamará Tomás de Berlanga, con sus recintos: Las Merceditas, Esperanza, San Antonio de los Tintos, Cerro Azul y Alemania. Estarán bajo la jurisdicción de este Cantón, las islas Fernandina, Teodoro Wolf y Charles Darwin con sus islotes cercanos”.

Población: 864 habitantes (censo de 1990)

RECURSOS ECONÓMICOS: Pesca, agricultura y un poco de turismo.

Lugares de Importancia Turística:
1. La pista aérea -A 5 kms. de la orilla, es un antiguo lecho de mar.
2. Centro de Crianza -Sala de conferencias y galápagos en cautiverio. “Arnaldo Tupiza Chamaíñán”
3. Volcán Chico -Huellas claras de la erupción de 1979
4. Sierra Negra -Cráter muy grande (10 x 9 kms. de diámetro)
5. Volcán de Azufre -Hermoso yacimiento de este mineral
6. Islas Tiburón -Paisajístico; iguanas marinas y lobos marinos
7. Isla Bratle -Lugar de reproducción de aves marinas
8. Hermosas playas -Balneario
9. Muro de las Lágrimas -Recuerdo macabro de la Colonia Penal

GEOLOGÍA:
La Isla Santa Cruz tiene dos etapas de formación: la parte noro-oriental es efecto de derrames submarinos emergidos aproximadamente
hace 5 millones de años; el resto, como las demás, fruto de erupciones sucesivas entre un millón y medio de años.

GEOGRAFÍA:
Superficie: 985 km²
Mayor Altura: 864 msnm
Ubicación: Está en el centro del archipiélago, posición muy ventajosa en todo sentido, especialmente para las comunicaciones con las demás islas y el continente, si tomamos en cuenta que, junto a ella, separada tan solo por el Canal de Itabaca, se encuentra la Isla Baltra, donde durante la II Guerra Mundial Estados Unidos construyó el campo de aviación, actualmente utilizado por el flujo turístico.


Puntas: P. Estrada, P. Núñez y P. Tamayo.
Agua Dulce: Igual que la Isla Isabela, carece de aguas superficiales. Para el abastecimiento de las poblaciones se extrae el agua de grietas.

HITOS HISTÓRICOS:
Antes de 1926, en que se inició su colonización, la isla fue ocupada esporádicamente por solitarios como Casanova, confinado por Manuel J. Cobos, o naufragos como el Capitán del barco “Alexandra” australiano, con sus siete marineros, rescatados en 1908, menos uno que murió de enfermedad. (“Impresiones de un viaje” por Nicolás Martínez, 1915).

Primer período: 1926-1954: establecimiento de la colonia agrícola noruega a la que el Gobierno cedió 100 has. para cultivo.


Cuarto período: 1970 hasta nuestros días: comienza el boom turístico que ha ido siempre en aumento. Hoy es una realidad que sobrepasa las aspiraciones de sus habitantes y que hace de Santa Cruz una rica, interesante y activa población; pero que ha perdido el cariz galápaguense.

DIVISIÓN POLÍTICA:
En el Art. 2do. del Decreto de Provincialización de Galápagos se lee:

"El Cantón Santa Cruz, con su Cabecera Cantonal Puerto Ayora; tendrá como parroquia la población de Bellavista con sus recintos: El Carmen, Santa Rosa, El Camote y Salasaca; estarán bajo la jurisdicción de este Cantón las islas: Santiago, Marchena, Pinta, Pinzón, Rábida y Baltra con sus islotes cercanos."

Población: 5.318 habitantes (censo de 1990).

La Isla Santa Cruz fue un caso único en la colonización de Galápagos. Después de los noruegos, poco a poco iban ave cinándose familias de diversas nacionalidades. Pronto se formó una pequeña población cosmopolita. El ingreso paulatino de familias de otras nacionalidades, no obedeciendo directivas de algún líder o patrón, sin ánimo de hacer explotación de recursos para su enriquecimiento personal, sino solamente en busca de un lugar tranquilo donde se pueda vivir lejos de un mundo turbulento y mezquino, rodeado de una naturaleza generosa y pródiga, dio a los primeros habitantes un carácter especial e indefinible de autosuficiencia y ensimismamiento; a pesar de los años y los cambios experimentados con el flujo turístico, el habitante de Santa Cruz aún conserva esos rasgos, junto con un espíritu de independencia y libertad.

Dos son los factores principales que sirvieron de base para su adelanto: el ingreso de nuevas familias al amparo de cooperativas agro-
pecuarias y el establecimiento de una entidad científica internacional, con lo cual Santa Cruz sigue guardando su tradicional formación cosmopolita.

**RECURSOS ECONÓMICOS:**
Ganadería y turismo. Aplicó desde hace más de 10 años la inseminación artificial. Hoy tiene una ganadería casi pura que puede competir con cualquier ganado de las mejores ganaderías del continente. La mayor parte de la población vive del turismo.

**Lugares de Interés Turístico:**
La ubicación central de la isla es una de las mejores ventajas de Santa Cruz. De ella parten a los diferentes lugares de turismo en el archipiélago.

1.- Estación Científica Charles Darwin -Centro de Interpretación. 
- Centro de Crianza de galapaguitos, galápagos adultos e iguanas terrestres 
-Sala de conferencias.

2.- Isla Plaza Sur
-Abundancia de lobos marinos.
-Colonia de gaviotas de cola bifurcada
-Fragatas y otras.

3.- Isla Bartolomé
-Geología paisajística.

4.- James Bay
-Lobos peleteros, cráter de sal.

5.- Santa Fe
-Lobos marinos, iguanas terrestres, gavilanes.

6.- El Chato
-Observación de galápagos en su habitat.

7.- Española
-Colonías de lobos marinos, iguanas marinas; colonia de aves como piqueros de patas azules y enmascarados, y especialmente albatros: única isla en la que se reproducen.
Galápagos, asilo de paz

Para abordar este sugestivo tema: GALÁPAGOS, ASILO DE PAZ, es necesario volver nuestra mirada a los primeros pasos dados por el hombre ecuatoriano en playas galapagueñas y así leemos: “el 19 de febrero de 1832, el Coronel Ignacio Hernández puso en posesión de los terrenos de Floreana a los representantes de la Compañía Colonizador de las islas..... Constituidos en Floreana, la autoridad nombrada, el Capellán Dr. Eugenio Ortiz y los primeros colonos que fueron 80 soldados del Batallón Flores que se habían sublevado e iban a ser diezmados y a los que salvó el General Villamil, se pensó seriamente en buscar el lugar apropiado para fundar la población. Eligieron uno de mil pies de elevación sobre el nivel del mar y distante, cinco millas de la costa. Este sitio fue designado con el nombre de “ASILO DE PAZ”. Allí se levantó un altar bajo un rústico techo, y el Dr. Eugenio Ortiz, celebró en esta ocasión por segunda vez en las islas el augusto sacrificio de la misa, allá por el mes de marzo de 1832 (Bognoly y Espinosa 1905).

De esta manera nuestros compatriotas, subyugados por ese ambiente de dulce tranquilidad, lejos de la persecución humana, que por distintos motivos egoístas pusieron en peligro sus vidas y, amparados por las bendiciones de Dios, bautizaron con este nombre al lugar donde ellos pensaban encontrar la ansiada felicidad.

Todo se deslizaba sin contratiempos y en armonía con el entorno; pero el inesperado arribo de grupos de delincuentes enviados por el Gobierno, rompió increíblemente el anhelado esquema de paz en la isla, visualizado por los primeros fundadores de la colonia en Galápagos.

Parece mentira que en ese mismo lugar, así cuenta la historia, cuando hacían las excavaciones para agrandar una fuente de agua, encontraron restos oxidados de barretas y otros hierros, lo que demuestra la presencia, en ese mismo lugar, de los piratas o filibusteros, a donde acudían para proveerse de agua..... y, hablar de piratas es recordar muertes, guerras, asaltos, robos, crímenes, y sangre.

Esto es Galápagos, una sucesión larga de hechos paradójicos, de luz y de sombra, de paz y de lucha, de bulla y silencio, de bruma y cla-
ridad, de amor y de odio. Justamente esta mezcla incomprensible de acciones y sentimientos, hace del ambiente humano isleño único en el mundo en consonancia del medio ambiente natural también único por ese contraste de hermosura paisajística frente a fenómenos naturales inconstantes como el clima, sorpresivos como las erupciones de los volcanes, mansos e indefensos como sus animales.

¡Cuántas veces estas playas, estas rocas, este mar, presenciaron el ir y venir de hombres perseguidos en busca de paz y de silencio, pero ellos mismos lo convertían en teatro de orgías, placeres y vicios!

¡Cuántas veces la sociedad continental, asediada en sus bienes por ladrones y sus vidas por criminales, quiso deshacerse de ellos y buscó la paz enviando a dichos delincuentes al mismo Asilo de la Paz “Galápagos”! ¡Cuántos, narra la historia, arrastrados por las corrientes, arribaron a estas islas pensando salvarse, y quedaron como escombros entre rocas y malezas pagando con sus vidas el tributo al silencio y paz galapagueños!

Sin embargo, de todo lo que conserva o no la historia en sus páginas como recuerdo, podemos decir con toda verdad y a todo el mundo que GALÁPAGOS SIGUE SIENDO UN ASILO DE PAZ. En nuestras islas, por lo menos hasta el momento, no hay guerras, no hay asaltos a mano armada, no hay temores; y si alguna vez llega hasta aquí el hálito mal oliente de las ciudades convertido en huelgas, paros o invasiones, estos se esfuman como el viento.

¡Qué lejos nos sentimos de tantos acontecimientos que entristecen al espíritu: la droga, el terrorismo, las revoluciones, el robo, las violaciones, el hambre y una infinidad de hechos que abruman en las ciudades y que mantienen en zozobra y preocupación constante al hombre!

Es por esto que también Galápagos es buscado por propios y extraños, para en este lugar ocultarse y descansar un poco, lejos del tumulto, la aglomeración y el ruido.

ESTO ES GALÁPAGOS: ASILO DE PAZ
Una mañana invernal, de sol claro y penetrante, a las orillas del mar, entre el postrer suspiro de las olas en marea baja y las últimas salpicaduras del agua en marea alta, un grupo de tijeretas, fragatas, o pájaros piratas, como usted quiera llamarlos, empezaron a dar picadas rápidas, para con la misma velocidad ascender, girar y bajar y volver a subir hasta que por fin una de ellas, muy atrevida y confianzuda, robó de la misma boca del chinguillo de un pescador lleno de lisas, una más grande que mediana y con ella, esquivando los ataques codiciosos de sus compañeras hizo el intento de engullirla, con tan mala suerte que se le escapó, y hubiera caído a la playa a no ser por otra que la tomó al vuelo y se la tragó en un santiamén. Quiso huir luego, pero se vio acometida en todas direcciones por sus compañeras que lanzándole picotazos la obligaban a regurgitar. Pobre tijereta, mal que le pese, lo hizo; pero esta vez, cosa rara en esta especie, ninguna pudo hacerla suya y la lisa cayó sobre las turbias aguas de una poza cercana a la orilla entre portulacas y troncos de mangles viejos pintados de blanco y gris por el tiempo, el sol y las sales.

Justamente en la poza, estirando su largo cuello y con pasos lentos y medidos, una garza azul buscaba algo que comer. Al sentir casi en sus patas la caída de la lisa, no hizo más que de un salto apoderarse de ella; pero no estaba de suerte: al momento que la garza levantando la cabeza intentó desayunarse, una ave pirata golpeó con su pico la presa con deseos de robarse arrojándola un tanto más lejos..... sobre ella cayó pesadamente un alcatraz que ya para entonces se había hecho presente en compañía de algunas gaviotas y, comenzó lo que en nuestro romance llamariamos “la merienda de negros”: gritaban las gaviotas, graznaba tembloroso el alcatraz, irrumpían el aire los aleteos giratorios de las tijeretas sobre la cabeza de la garza, que evitando los golpes, con una pata sobre la lisa, se defendía con su agudo y largo pico esgriméndolo como espada a diestra y siniestra, arriba y abajo gimiendo ronca y amenazadora. Por fin, en un momento de descuido cogió su bocado y, tan rápido como pudo, se ocultó bajo las ramas de un vecino mangle donde no podían molestarla ni gaviotas, ni alcatraces, ni tijeretas.
La competencia es uno de los factores que modifican el comportamiento de las especies de plantas y animales, que han influido en el desarrollo lento de características físicas adaptativas con las que han conseguido liberarse y escoger su medio propio donde puedan sobrevivir.

Las Islas Galápagos son el clásico y moderno ejemplo de adaptación evolutiva de las especies en un ambiente físico lleno de contrastes impredecibles y únicos no encerrados en reglas o normas sistematizadas.

Aquí la supervivencia es todavía para muchas especies una meta inalcanzable.
Los Huancavilcas

Los restos de ollas antiguas encontrados en la Isla Floreana, que según estudios arqueológicos pertenecen a la cultura mantense, forman la evidencia clara de que los indios de nuestra costa ecuatoriana fueron los primeros descubridores de las islas.

La presencia, por tanto, de los huancavilcas en playas galapagueñas, fundamenta el derecho sobre el archipiélago, no siendo el 12 de febrero de 1832, sino el nexo aclaratorio que unió el presente conocido con el pasado legendario en la integración de nuestras islas al Patrimonio Nacional Ecuatoriano.

EL ECUADOR ES EL HEREDERO LEGÍTIMO DE ESTE GRUPO DE ISLAS LLAMADAS GALÁPAGOS
Un Galápagos, una misa y una cruz

En los albores mismos de la historia de Galápagos, el 10 de marzo de 1535. El Obispo de Panamá, Fray Tomás de Berlanga, casual descubridor de las islas, al desembarcar en una de ellas y recorrería, entre piedras y hierbas se sorprendió, por no decir se asustó, cuando de manos a boca se topó con una inmensa tortuga que caminaba lenta, tranquila y cabizbaja. Nunca había visto una tortuga de tierra de aquellas dimensiones. Pasadas sus primeras impresiones, y al ver tan inofensivo al animal, lo examinó detenidamente y por fin le dijo: “galápago” (primer bautizado). ¿Sabe usted por qué?. Pues, sencillo, el carapacho del animal es parecido a la montura que usan los españoles para cabalgar, a la que llaman galápago.

Y esto no es todo. Al no encontrar agua en esta segunda isla (ya había visitado otra), pese a los días de búsqueda desesperada e infructuosa, el Obispo dispuso que desembarcaran lo necesario para celebrar la misa, porque además, era domingo de pasión. Fue la primera misa celebrada en nuestras islas teniendo como Mesa Eucarística una roca; como altar los campos de lava; como templo, la bóveda celeste; el bramido de las olas y el rugido de los leones marinos, como fondo musical; y en medio de este raro entorno, el hombre postrado de rodillas musitando la divina y universal oración: “Padre Nuestro que estás en los cielos.....”

Terminada la función religiosa, el milagro se cumplió: ¡encontraron agua! pero las islas cobraron su tributo: un hombre no resistió la sed y murió. Su cuerpo fue sepultado en playas galapagueñas, quedando como señal simbólica, una cruz tosca de palo, la primera en una larga lista de infelices que dejaron sus despojos mortales en estas desoladas tierras.

Así fueron descubiertas nuestras Islas Galápagos por el Obispo Fray Tomás de Berlanga en circunstancias adversas de navegación y de una manera casual. El 10 de marzo de 1535, es el primer hito histórico de la Región Insular de Galápagos; pero al mismo tiempo, evoca el prematuro desvelo al mundo de este rincón natural en el que se realizaba con tranquilidad asombrosa la evolución de especies entre rocas, soledad y aislamiento.
La incorporación de Galápagos al territorio ecuatoriano es más que un acontecimiento histórico, es la expansión territorial, es el aumento de unas islas que actualmente son baluarte de la dignidad de nuestra patria, tantas veces pisoteada; es riqueza natural que empuja al pensamiento y le da vigor para escudriñar los secretos que se ocultan en cada roca, en cada planta, en el sin igual comportamiento de los animales pocas veces vistos por el ojo humano.

Feliz idea la de aquel hombre ecuatoriano que, remontando los siglos, vislumbró la importancia de estas “yermas y rocosas islas”. Heroico el sacrificio de los primeros colonizadores que rubricaron con sus vidas la legal posesión de esto que más tarde se llamó “Patrimonio Natural de la Humanidad” y desde sus tumbas SIN CRUZ Y SIN EPITAFIO, nos dicen: “las Islas Galápagos son del Ecuador”.

José de Villamil, Juan José Flores, José Joaquín Olmedo, José Ignacio Hernández, el Clérigo Eugenio Ortiz y 10 valientes más, forman el núcleo y son el eje del pequeño mundo humano que vivió y ahora vivimos en Galápagos sumando generación tras generación. Estos 160 años (1832-1992), es tiempo corto en el desarrollo social de la persona humana, pero está lleno de leyendas que son historias vividas al contacto de seres inofensivos únicos, participando de elementos físicos especiales, haciendo un solo ambiente, es decir siendo parte de los ecosistemas insulares.

Que el hombre, en general, está inmerso en los ecosistemas, es una realidad, y lo está en todas partes inevitablemente, pero en Galápagos, esta participación es tan directa que hasta hace poco tiempo las poblaciones humanas eran grupos étnicos ya caracterizados, habiendo influido para ello, de un modo enfático, el aislamiento y la lucha por sobrevivir.

\*\*\*

**EL ECUADOR TOMÓ POSESIÓN**

**DE LAS ISLAS GALÁPAGOS EL 12 DE FEBRERO DE 1832**
**Ansiada integración**

“Galápagos es un mundo aparte”. Esto es muy cierto. Los 1000 km. de mar que separan a las Islas Galápagos del continente, las mantiene aisladas física y culturalmente.

Hasta fines de los años sesenta, los viajes a Galápagos se los hacía en barcos con todas las incomodidades imaginables. Con la rehabilitación de la pista aérea de Baltra, antigua base militar norteamericana construida durante la ocupación en la segunda guerra mundial, TAME (Transportes Aéreos Militares Ecuatorianos), estableció sus vuelos comerciales turísticos, prestando también atención, aunque con mil dificultades, a los habitantes de las islas. En 1986, en San Cristóbal, el INGALA y la FAE hizo entrega de la pista aérea iniciando sus vuelos comerciales la Compañía SAN (Servicios Aéreos Nacionales).

Con estas dos compañías de aviación, la población de Galápagos está satisfactoriamente atendida en cuanto al transporte, siendo el avión el vehículo rápido y fácil de integración al continente y su civilización, aspiración muy buscada especialmente por las instituciones de desarrollo y cultura; de entre ellas el INGALA (Instituto Nacional Galápagos), funciona en Galápagos con una cobertura integral de asesoramiento técnico y apoyo económico, cuya acción, a partir de julio de 1980, ha ido cambiando paulatinamente el aspecto insular en lo que a la población humana se refiere, procurando elevar la dignidad humana, tanto en su forma de vida como en su cultura, que es precisamente lo que en otros términos llamariamos “la integración”.

Como todas las acciones que se relacionan con el hombre que promueven cambios o transformaciones tienen sus tropiezos, desde el principio aparecieron brotes de resistencia, que en resumidas cuentas no son sino consecuencias de los complicados procesos de integración.

En San Cristóbal, el 10 de noviembre de 1981, por primera vez la población despertó alarmada en vista de un acto canallesco cometido por un grupo de personas amargadas, inconformes y envidiosas, que amparadas por la oscuridad de la noche, se dedicaron a manchar las paredes de edificios públicos, privados y educacionales, con escritos insultantes precisamente contra personeros del INGALA.
Este vergonzoso acto sucedió a raíz de una sesión en la que se discutió un anteproyecto de Decreto en el que se limitaba el número de turistas a Galápagos a 25.000 personas por año, con el propósito de evitar la alteración de los ecosistemas insulares y que equivocadamente se atribuyó la autoría del proyecto al INGALA.

Naturalmente, surgió inmediata la protesta pública por la emisora local por parte del representante en esos momentos el Ing. Adib Ramadán; pero también por el grueso de la población que hizo público su disgusto con el siguiente manifiesto radial:

“La ciudad de Puerto Baquerizo Moreno ha sido vilipendiada y herida en su dignidad. La sarta de insultos escritos en las paredes y muros en contra de una institución del Estado legalmente constituida y cuya finalidad es buscar la comodidad del galapagueño, como lo viene haciendo, pone en alerta y cuidado al grupo mayoritario de nuestra población de San Cristóbal.

Elevamos nuestra más energética protesta por estos actos de vandalismo que además de ser la demostración de la incultura de los que así proceden, quieren escudar su hipócrita y cobarde ataque en esos escritos, amparándose en la oscuridad de la noche.

El MAI (Movimiento Anti Ingala), siglas puestas al pie de los escritos, no es sino un grupo de tres ó cuatro amargados que manejan a otros tantos asalariados, a quienes les decimos: si se sienten mal o marginados en Galápagos, que abandonen nuestras islas y nos dejen vivir en paz; pero si continúan en pie de lucha, se enfrentarán con el grueso de galapagueños honrados y tranquilos que saldremos también a la lucha.

POR UN GALÁPAGOS PRÓSPERO Y TRANQUILO firman a continuación muchas familias y personas particulares”.

Con esto se dio comienzo en Galápagos, como una hiriente paradoja, a una especie de “desintegración social”, dentro de una población horizontalista en la que no existía división de clases ni la exagerada desigualdad de grandes fortunas en manos de unos pocos. Y no sólo esto: 17 días después, es decir el 1 de diciembre se produjo el primer acto de terror: un vehículo del INGALA, parqueado frente a las oficinas del mismo instituto, voló en pedazos al explotar una bomba colocada por manos criminales, las cuales nunca fueron identificadas, por sancionadas, no obstante haber sido señaladas por el dedo público.
Este horroroso atentado se produjo mientras personeros del INGALA, en reunión con las autoridades provinciales y representantes de las instituciones, elaboraban el programa de festejos del Sesquicentenario de la Toma de Posesión de las islas por el Ecuador.

Es así como, sin quererlo o buscarlo, va ingresando juntamente con lo bueno, lo malo y lo negativo de la civilización y, en muchos casos, más pesan estos últimos y de una manera irreversible, la droga, los robos, los asaltos a mano armada, las violaciones, etc. que llegan como la etiqueta del tan decantado TURISMO.
El huaque y los políticos
en Galápagos

Todos o casi todos los que vivimos en Galápagos conocemos a esta garza de costumbres nocturnas.
¡Huack! es su voz, que alerta al descuidado viandante nocturno que, por cualquier circunstancia, se ve obligado a transitar por calles oscuras y solitarias de nuestras pacíficas ciudades o también en el campo.
Este grito insospechado, repentino y tosco, traslada al caminante con su imaginación a escuchar sonidos de ultratumba y, sin control, de pies a cabeza le circula una corriente fría de susto..... ¡Es el huaque! exclama e instintivamente busca algo para silenciarlo..... mas solamente siente un aleteo que, soplando las narices, se pierde en la penumbra, invitándole unos cuantos pasos más adelante. Y así le acompaña largo trecho. Muchos huaces, particularmente juveniles inexpertos, pagan con sus vidas esta jovial costumbre huaquense.
HUAQUE es el nombre onomatopéyico de esta ave y, antes que me lances la piedra, estimado lector, quiero invitarte unos pasos más adelante.
Ahora escucha hombre de Galápagos: ¿Por qué transitas en silencio y a oscuras en estas islas alejadas? Desconocido del resto del mundo. Olvidado por mucho tiempo de los poderes públicos. Manejado, a veces, por la voluntad codiciosa de unos cuantos que te dicen resolver los problemas que te aquejan, con ofrecimientos que nunca cumplen y que sólo sirven de plataforma política.
Cada cierto tiempo vienen aves de alto vuelo que se llaman políticos, procedentes del continente, con alas desplegadas, cacareando la consabida frase: ¡Yo nací en Galápagos!..... tengo derechos, mi cédula lo dice..... quiero salvar a Galápagos, a mi provincia. ¡DADME EL VOTO!
¡HUACK! Alto hombre de Galápagos.... ¿salvar de qué?
La vida en nuestras islas se hace cada vez más difícil. Mientras más se empeñan nuestros llamados representantes en el adelanto de nuestra Región Insular, mayores son los problemas o nuevos. Todavía andamos en la oscuridad. Nadie quiere o puede llegar a la raíz misma
de nuestros problemas, pues hace falta una Ley Especial para esta Región Especial y única del mundo; pero no una Ley que aplaste a las instituciones que laboran en nuestra región; no una Ley que soliviente al pueblo y se lancen a la lucha unos contra otros; no una Ley que atente contra el medio ambiente. Queremos una Ley que una, que armonice, que coordine acciones, que busque el bienestar para el hombre del presente y del futuro. Comprendamos que destruir la naturaleza es condenarnos a nosotros mismos. Tengamos presente lo siguiente: “Dios muchas veces perdoná, pero la naturaleza nunca”, como lo dijo el Sr. Presidente de Bolivia en la Novena Cumbre de Brasil.

Por lo mismo, sigamos de trecho en trecho a imitación del huaque, hasta cuando un nuevo sol aclare nuestra ruta y podamos correr juntos, unidos, libres por estas tierras en las que Dios nos ha colocado, sin engaños, sin temores, sin envidias, sin rencores, gozando de la belleza natural de este medio ambiente que es Galápagos.

El 18 de Marzo de 1998 se publicó en el Registro Oficial N° 278, la Ley de Regimen Especial para la conservación y desarrollo de la provincia de Galápagos.

¿Será la Ley que necesita la provincia?

Lo importante, como dice el representante por Galápagos, es: “El presente está escrito... el futuro está en nuestras manos... sigamos juntos”
La pesca en Galápagos

La población en Galápagos se ha caracterizado desde años atrás por su dedicación a la pesca. Sus viviendas, sus playas y rocas aledañas, mantenían casi siempre viejas redes, embarcaciones y remos dispersos que daban el aspecto de una pesquería primitiva, cuya imagen penetraba muy hondo en el ánimo del visitante, que le hacía sentirse atraído por la presencia de esos sencillos hombres de cuerpo esbelto, fornidos y tostados por el sol, que se presentaban con esa frescura, sencillez y libertad que "trasmite el mar al corazón del hombre..... curados de esas pequeñas tonterías que nos martirizan en tierra", como dice Arturo Vergara.

Actualmente esas poblaciones casi han perdido ese carácter de puertos pesqueros y las artes de pesca antes mencionadas han sido reemplazados por el cemento, grandes oficinas, maquinarias y complejos hoteleros que nos hablan de centros turísticos, administrativos y burocráticos, remedo del continente. ¡Qué pérdida! Sin embargo se conservan algunos botes dedicados a esta labor que nos dicen que aún hay una comunidad de pescadores.

Al hablar de este tema, "la Pesca en Galápagos", mi intención no es otra que el presentar cómo se lleva a cabo esta labor en nuestro medio, aunque, si bien es cierto, podemos describir la acción mecánica del pescador en contacto con el espacioso mar donde pasa prolongados periodos de tiempo: la emoción de ver su bote repleto de peces, fruto de sus esfuerzos. O al contrario, su malestar por alguna jugarreta del mar o del clima que dificultó sus trabajos, el recuerdo de su familia, la ilusión por regresar a sus hogares, el constante riesgo en su diario flotar sobre las aguas; pero nunca podremos describir o comprender la personalidad del pescador, formado física y moralmente entre el vaivén de las olas de un mar inconmensurable, profundo, eterno y rebelde apenas estudiado por el hombre.

La pesca blanca en Galápagos está condicionada a la Semana Santa. Tan sólo cerca a esa fecha tiene valor el pescado seco-salado en el continente. Pasado este tiempo, se fondean los botes y los pescado-
res los arreglan y pintan, cosen sus redes o pueden dedicarse a cual-
quier otra labor.

Ordinariamente, la pesca comienza en el mes de octubre. Los
botes parten de dos en dos y se ausentan de 15 a 20 días. Llegados a los
lugares de pesca, alrededor de las islas, a media milla marina de la cos-
ta, su primera preocupación es proveerse de carnada, que consiste en
la captura de peces pequeños de cardumen como sardinas, lisas, ojo-
nes y otros a los que pescan con una red o chinchorro en los vados, cer-
ca de las orillas, faena diaria en horas muy tempranas (cinco a seis de
la mañana o también la víspera).

El instrumento usado por el pescador de Galápagos es rudimen-
tario: una línea o cordel de 150 a 250 m. de largo. En su extremo se
unen por medio de destorcedores un alambre de 60 a 80 cm. al que le
llaman empate (un tubo con plomo fundido). Del alambre madre par-
ten dos o tres reinales (alambre delgado acerado) unidos igualmente
con un torcedor en cuya punta están atados los anzuelos. La pesca por
tanto es selectiva.

Hecha la carga, como suelen decir los pescadores, con el pesca-
do abierto, salado y macerado, aún fresco, retornan al puerto y acode-
rados en el muelle, hacen la selección de la captura por montones: en
un primer montón se depositan los bacalao, norteños y cabrillas y en
otro van las demás especies que llevan el nombre genérico de “rebus-
ca”. Del primer montón, el 60% corresponde al dueño de la embarca-
ción y el 40% restante a los pescadores. De la rebusca, el 50% al dueño
y el 50% a los pescadores. Se hace excepción del cocinero, que partici-
pa de los dos reportos además de tener un diario convenido con el due-
nio del bote. Hecho ya el reparto, llegan los comerciantes o intermedia-
rios, lo que perjudica enormemente la economía del pescador, que
muchas veces se ve obligado a entregar su trabajo por deudas contraí-
das.

Uno de estos pescadores antiguos es el señor Juan Mendoza, de
58 años de edad, nacido en Isabela y desde muy temprana edad dedi-
cado a esta labor de la pesca. Vive del mar y mantiene una numerosa
familia. Se ha preocupado de dar buena educación a sus hijos, algunos
de los cuales, casi todos, han concurrido a las aulas de colegios y uni-
versidades de Quito. Su ocupación diaria es en el mar y cuando está en
tierra, son las redes y aparejos de pesca a los que o remienda o mantiene y limpia. Conversemos un poco con él.

- Díganos, don Juan, ¿desde qué edad empezó a pescar?
- Desde los 14 años.
- Sabemos que el mar es un elemento muy peligroso. ¿Ha tenido usted algún percance?

Cuéntenos alguno de los muchos que le han sucedido.

- "Pues mire, un día cualquiera, no recuerdo bien, salí en la panga como de costumbre con mi hijo Juan, quien me acompaña siempre y lo tengo en este trabajo desde muy pequeño. El mar era muy tranquilo, el día un tanto nublado. Pusimos la proa hacia Bratle, a los bajos de la Viuda, esto es a una hora más o menos de navegación. Eran las ocho de la mañana cuando empezamos a lanzar los anzuelos. Eran las diez, nada. Era la una de la tarde, nada. ¡Qué día! Como pocas veces, mejor dicho como nunca. Mi lema siempre es “regresar con algo a mi casa”, esta vez no me fue posible y contra toda mi voluntad envolvimos los cordeles con la intención de regresar a casa; pero con tan mala suerte que no bien nos pusimos en marcha, se nos apagó la máquina. No pudiéndola arreglar, pues estaba rota una pieza, ya muy entrada la tarde, nos vimos obligados a usar los dos pequeños remos. Para colmo, el día, de nublado pasó a formar negros nubarrones que pronto empezaron a descargar copiosa lluvia: el mar se puso insospechadamente bravo. Grandes olas anulaban casi totalmente nuestro esfuerzo. Empapados por la lluvia, cansados, hambrientos y envueltos ya en la oscuridad de la noche, seguimos bregando lentamente, esquivando el golpe de las olas que a veces se rompían no bien alcanzábamos a pasarlas y sólo veíamos la amenazadora espuma a nuestras espaldas. ¡Adelante hijo, adelante! era la frase que de vez en cuando decía a Juan para que no decaiga. A las tres y media de la madrugada anclamos en el puerto. Después supimos que habían salido a buscarnos. Así es la pesca, señor, así es el mar.

- Sabemos que usted es cristiano, ¿se encomienda usted a Dios en esos momentos?
- Siempre me encomiendo al “Flaco” que está arriba. Yo tengo fe en Dios.
Y así es cómo se sucedían los pescadores y se heredaban los instrumentos de pesca, de padres a hijos. Desde muy tierna edad estaban junto a sus padres, junto al timón, con un pequeño cordel en la mano. Felices tiempos aquellos en que la vida era tan simple como un cordel de pescar y tan grandiosa como el mar.

Esta tradicional actividad pesquera, por desgracia, fue alterada en 1992 por la fiebre del pepino de mar, creando en el ánimo del pescador tranquilo de Galápagos el fervor por este nuevo recurso abundante, por el momento, fácil y rentable, a tal punto que se está abandonando el cordel y el empate.

Los jugosos precios que se ofrecieron (y ofrecen) por este producto incitó la codicia de los pescadores, a quienes no les importó la destrucción de áreas del Parque, especialmente la tala de manglares, obligando al Gobierno a prohibir con Decreto la captura y comercialización de los holoturios.

Esta determinación desde entonces ha sido duramente combatida por las empresas explotadoras que mueven a los pescadores a realizar paros, huelgas y amenazas reiteradas contra las instituciones conservacionistas, Parque y Estación, sumándose posteriormente a estos movimientos de interés económico, el interés político que propició en septiembre de 1995, un paro provincial de consecuencias desastrosas especialmente para el sector turístico, cuya actividad se vio afectada con perjuicio para la mayor parte de los habitantes galapagueños.

En la actualidad (1996), la pesca, en apariencia legal, con vedas y por especies, está viciada por la corrupción, al parecer a distintos niveles, que permite el contrabando de la pesca del pepino de mar a la vista y paciencia de quienes deben autorizar y controlar la actividad pesquera. Además, hay el agravante del incremento incontrolado de pescadores venidos del continente, muchos de ellos dueños ya de botes o de pangas dedicadas a la pesca.

Se habla de la pesca de altura, una nueva línea de explotación en el mar. Muchas son las propuestas, grandes las expectativas. Esperamos que nuestros mares sean lo suficientemente ricos para soportar esta avalancha incontenible de codicia. Lo peor del caso es que nuestros sencillos pescadores no son sino instrumentos, como siempre, de enriquecimiento de empresas extra-insulares.
Capítulo II
La cerrazón en Galápagos

Todos los galapagueños sabemos y hemos experimentado, especialmente los pescadores, que en ciertos periodos de tiempo hay días en que las islas se cubren totalmente de neblina tan densa, que se pierde visibilidad, no siendo posible distinguir los objetos más allá de dos metros. A esto los galapagueños conocemos con el nombre de CERRAZÓN.

Antiguamente, los navegantes, al dirigirse a Galápagos, se topaban con este fenómeno natural, tornándose imposible arribar a ninguna isla y, perdidos en la imensidad del océano, navegaban a la deriva, llegando después de larga y penosa travesía a otras islas del Pacífico o a las costas de Centro América. Entonces los marineros decían, y de esto estaban convencidos, que las Islas Galápagos habían desaparecido por algún encantamiento, de aquí su nombre de Islas Encantadas, como también se las conoce. Casos de estos tenemos algunos. Para ejemplo citemos los siguientes:

Como antecedentes, debemos recordar que en los primeros años de este siglo, la ruta Guayaquil-Galápagos y viceversa tan solo se hacía con veleros de propiedad de las haciendas “El Progreso” en San Cristóbal y “Santo Tomás” en Isabela, el “Manuel J. Cobos” y “Josefina” de propiedad del Sr. Manuel J. Cobos y la balandra “Tomasita” del Sr. Antonio Gil, dueños de las haciendas primera y segunda respectivamente. En cuanto a los barcos del Estado, nos dice el Sr. Nicolás Martínez:

“Cuando se trataba de algún acontecimiento notable, como por ejemplo cambio del jefe territorial, el Crucero Cotopaxi, se daba el lujo de lanzarse al mar y hacer la travesía; pero a más de que el viaje resultaba muy largo, había riesgo inminente de naufragar por el mal estado de su casco; tardaba tanto tiempo o más que un velero, y siendo lo peor, que una ocasión regresó a Guayaquil, sin poder encontrar las islas, habiéndose perdido varios días en el mar, entonces... se dijo que sin duda, el archipielago había desaparecido”.

Y no solamente en los primeros años de este siglo. Hacia la década de los cuarenta, cuando la navegación se hacía ya con barcos a motor, Galápagos seguía presentando problemas. Lo que voy a narrar, es un hecho verídico; pero se cuenta como anécdota: uno de los bar-
cos del Estado, hizo un viaje de rutina a las Islas Galápagos, armado y equipado.

Pasados los tres días de navegación, el barco quedó encerrado en esta famosa neblina que les impidió divisar ninguna isla. Preocupado, pues debía estar ya en el archipiélago, en la mañana del quinto día, el Comandante ordenó regresar a la costa continental, argumentando que Galápagos había desaparecido. En este preciso momento, el vigía lanzó un grito angustioso y desesperado: ¡Ballena, ballena! A estas voces, todos los marineros se pusieron alerta y al ver que se acercaba una enorme sombra, el Comandante ordenó desenfundar los cañones y disparar. Felizmente se despejó un tanto más y pudieron ver claramente que se trataba del Cerro Ballena de la Isla Isabela.

¡LA ROCA, CHOCAMOS!

En estas mismas circunstancias, envueltos en este fenómeno natural de la neblina, en el mes de febrero de 1968, desde Puerto Baquerizo Moreno a Puerto Ayora, algunos colonos navegábamos a bordo del barco Mallorca que hacía cabotaje en las islas.

Zarpamos de San Cristóbal a las dos de la mañana, calculando llegar a Santa Cruz a las 07:00 a más tardar. Eran las ocho de la mañana y no veíamos tierra por ningún lado. Había preocupación entre los pasajeros y se oían murmullos y comentarios: estamos perdidos era la frase que se pasaban de boca en boca. Se sembró la inquietud en unos y en otros; los más conocedores, como un motivo de distracción, procuraban ubicar al barco Mallorca en base a la dirección, tiempo recorrido, vientos, etc. Debemos estar en Santa Fe decían unos; no, muy cerca a Punta Núñez, contestaban otros, nos arrastró la corriente, estamos muy desviados, comentaban los demás.

El Capitán y el Piloto en la cabina de mando, silenciosos y serenos, con la mirada fija más allá de la proa de su barco, buscaban alguna sombra que indique la presencia de cualquier isla. El barco, a media máquina, se deslizaba suavemente rompiendo pequeñas olas que se abrían en blanca espuma al chocar con la proa; esto y el golpeteo monótono de los motores, era el único sonido que irrupcía en el ya pesado ambiente de preocupación, dentro y fuera del barco. De pronto
un grito: ¡la roca, chocamos! lanzado a todo pulmón por el Padre Pinto que también viajaba, (un misionero muy querido en Galápagos) turbó el silencio. Al momento, todos los pasajeros pudimos ver entre sombras un enorme acantilado que, al parecer, se venía contra nosotros.

A una orden del Capitán, el Piloto viró la caña noventa grados a estribor y pudimos evitar el choque, pues el barco iba directamente contra los grandes farallones de Santa Fe. Por fortuna, el mar es muy profundo en las orillas de la isla en esta parte.

Al día siguiente se supo en todo el archipiélago, que la lancha langostera “María de Lourdes”, fue víctima de la CERRAZÓN, yéndose a pique al chocar en los bajos de Punta Albemarle, donde se hizo pedazos. Los marineros, juntamente con el Capitán, salieron a nado a la orilla, al mismo lugar donde pereció de hambre y sed el Capitán Chapella y su familia hacía algunos años. Por fortuna, pasó por allí un bote y rescató a los naufragos.
Naufragios

El elemento de mayor significado para el galapagueño es el mar. Por él transita diariamente; en él encuentra el sustento para sí y su familia; en el mar se pone en juego su vida, la prolonga o la disminuye, quien sabe desde corta edad, constituyéndose en un elemento peligroso, que si bien diáfano y tranquilo en la mañana, cambia en poco tiempo y se enrespa zarandeando al bagel cual cáscara miserable con el terror consiguiente de los pasajeros. A veces el mar se convierte en teatro de espantosas tragedias, muchas de ellas sin testigos; han desaparecido gentes y memorias para siempre; muy pocas son recogidas en los anales de la historia que pasan a ser leyendas, entre estas, las siguientes: Naufragio del “Dinamarca”. Pérdida del “Cayambe”. Incendio de la Lancha “San Cristóbal”.

“El Dinamarca”

El relato de este naufragio acaecido en los años veinte, lo vamos a transcribir íntegramente del “Noticiero de Galápagos” un semanario que se publicaba en 1982 bajo la dirección del Dr. Marco Polo Torres, Promotor Social del INGALA.

El Dinamarca era un velero que transportaba mercadería entre Guayaquil e Isabela, lo mismo que a las demás islas. Arrastrado por las corrientes, fue a chocar en los farallones de Santa Fe o Barrington. La narración de la tragedia se conserva en forma de verso de la siguiente manera:

Somos los náufragos del Dinamarca bajó el piloto para esas tierras que bien partimos a Guayaquil hasta llegar a la Isabel (bis) cueros y carne llevara a Manta que nos mandaba Antonio Gil (bis).

Pero el destino fue tan fatal que a San Cristóbal quisiémos entrar más las corrientes nos arrastraron a la isla de Barrington a naufragar (bis)

Allí quedamos sin más destino sin más clemencia sin más merced acongojados, sin un suspiro bajó el piloto para esas tierras hasta llegar a la Isabel (bis) Acompañaban tres al piloto y de los tres uno murió fue Benavides un colombiano que en esas tierras se sepultó (bis)

El pobre Luna que madrugaba hojas de tuna iba a pelar de allí sacaban una agua verde que era un brebaje para tomar (bis)
muertos de hambre, de frío y sed (bis) Luzmila Ochoa inocente niña
que en una piedra iba a machacar su pobre madre que recibía
pobre familia también sufrió en una tira para filtrar (bis)
las necesidades de todo naufrago Cuarenta y siete días estuvimos
que en la isla de Barrington sucedió.
José Olaya, Daniel Piloso la Flor del Guayas, que así llamaban
Celmín Infante que ahí trabajó la que nos iba a favorecer (bis)
que el bravo mar atravesó (bis) Nos embarcaron ya moribundos
A los diez días de travesía y a bordo vimos la salvación
Punta Ballena alcanzó a coger y al gran piloto de Juan Villón (bis)
y con la cruz de un compañero Suerte fatal la del marinero
que en esa isla allí murió que alegre sale a navegar
agonizándose reclamaba a las alturas a naufragar (bis)
un tarro de agua dénme por Dios (bis)

"El Noticiero de Galápagos" termina diciendo: “si bien no es un
canto épico, el poema nos refleja las aventuras que vivieron nuestros
antepasados..... Debemos la letra al trabajo conjunto de Rosendo Ola-
nya, Celmín Infante y Damián Químí”.

Oigamos lo que nos cuenta un testigo presencial y participante
indirecto de este acontecimiento, Don Olmedo Gil Fajardo, que a la sa-
zón tenía 15 años, hijo de Don Antonio Gil Q. y nieto del Fundador de
la colonia en Isabela, quien nos dice:

“El Dinamarca era un velero grande que recorría periódicamen-
te Guayaquil-Galápagos y viceversa; en él exportaba mi padre pieles de
reses y otros productos de la isla. El Cap. Bonof convivía con la señora
Clemencia Castillo, madre de Luzmila, la niña que sufrió el horrible
percance. La señora Castillo tenía por costumbre viajar acompañando
al Capitán y con una de sus hijas, Felícita o Luzmila. Esta vez vino con
Luzmila y se hospedaron en la casa de la hacienda, como solían llamar
a la casa de mi padre que era el punto de concentración y manejo de
los bienes y trabajadores de la hacienda.

En el tiempo que permanecieron en la isla, que fue más de un
mes, trabajamos amistad Luzmila y yo, desde luego con mucha cautela,
especialmente evitando ser descubiertos por mi padre o de quien pue-
da avisa... a excepción de un trabajador de mi confianza, que al mismo tiempo era muy respetado en la hacienda.

Al tener conocimiento del retorno del barco a Guayaquil a bordo del cual saldría Luzmila, sin que nadie se entere hice también los preparativos para embarcarme con la ayuda de mi amigo y su respaldo para evitarme el castigo de mi padre, pues era muy severo. Me hice embarcar aprovechando la oscuridad de la noche. Ya a bordo me disponía a bajar a la bodega; pero en el mismo momento fui descubierto por otro trabajador que, temeroso del disgusto que causaría a mi padre, me obligó a desembarcar. Al poco rato, el Dinamarca con velas desplegadas zarpó con rumbo a Guayaquil.

Pasados algunos días y encontrándome con otro amigo en los arenales de Bratle, a 5 km. del poblado de Villamil, alcanzamos a ver a distancia, un cuerpo humano tendido junto a un pozo de agua dulce (bebedero de animales)..... era don José Olaya, que esta vez salió como Capitán del Dinamarca. Estaba inconciente y con mucho esfuerzo lo subimos a una acémila para poder trasladarlo al poblado donde le dieron los primeros auxilios. Una vez que se recuperó y pudo hablar, dió la noticia del naufragio dando los detalles indispensables del caso. Con esto mi padre de inmediato organizó un grupo de gentes para ir en busca de los náufragos que arribaron a tierra y una embarcación para auxiliar a los que estaban en Santa Fe. De los primeros, uno murió como dice el poema “Benavides” colombiano; el otro compañero, pasados dos días se hizo presente en la hacienda, muy tranquilo y sereno. Contó que pudo sobrevivir tomando sangre de galápago”.

El mismo Celín Infante, atento parece a todo acontecimiento, le compuso el siguiente poema:

Olmedo Gil,
mucho de gran valor
de Puerto Villamil
a una niña se sacó.
Luzmila Ochoa se llama
la menor que se salió
dejando a su pobre madre
transida de dolor.
En un potro brioso
llamado “El Clavel”
montaron los dos amantes
y echaron a correr.
A las cuatro de la mañana
a Santo Tomás llegó
y en casa de María Luisa
ahí desayunó.
Chapín muchacho astuto
a la pareja encontró
y pasando mucho susto
a Alemania les llevó.

Así termina la narración de este desgraciado suceso. Sin embargo Don Olmedo Gil da gracias a Dios por dos razones: Primera, porque le libró de tan espantoso naufragio; segundo porque debido a esto pudo ver a su amiga y esta vez sí, embarcarse no en un barco de vela para navegar a la deriva, sino en el matrimonio, pues se desposó con Luzmila con la que procreó hijos e hijas que son el eje de una larga descendencia.

Pérdida del “Cayambe”

En 1952, se hizo al mar un grupo de cinco personas con rumbo San Cristóbal-Isabela, en campaña política. Siguiendo la costumbre de nuestro Ecuador continental, en la política, los candidatos forman Comités que se encargan de buscar adeptos a su causa por todos los medios disponibles: pancartas, letreros, y, con relativa frecuencia, veladas bailables subvencionadas por el respectivo representante o candidato. Estas reuniones tienen casi siempre un lleno completo, desde luego, no por simpatía, sino para aprovechar los momentos de diversión.

Pues bien, el grupo de personas de nuestra historia, una vez en Isabela, cumplió satisfactoriamente con este cometido y se dispuso a tomar el bote para el retorno a San Cristóbal. La hora de zarpe era entre las ocho y nueve de la noche. La travesía se calculaba entre las 20 horas, de manera que en San Cristóbal debían estar aproximadamente a las seis de la tarde del día siguiente. Así quedó determinado se haga la comunicación radial a San Cristóbal para conocimiento de la Capitanía de Puerto y también de los familiares de los pasajeros.

Con anticipación ambarcaron gran cantidad de productos de la isla; buena parte de ellos eran obsequio de sus amigos y partidarios. Hechas todas estas gestiones y cumplidas las disposiciones reglamentarias, zarpó el “Cayambe”, así se llamaba la embarcación, de Puerto Villamil a San Cristóbal. “El Cayambe” era un pequeño bote pesquero de doce metros de eslora, movido por un motorcito a gasolina y ayudado por velas (un motovelero pequeño).

A bordo, todos estaban contentos y eufóricos, comentando sobre el éxito de su campaña, ya que el número de asistentes a la reunión, sobrepasó sus aspiraciones. Con ellos se embarcó también un misionero.

Lentamente navegaba el bote entre la oscuridad de la noche, con velas a medio desplegar, pues soplaban muy poco viento. De pronto, algo pasó en el motor y dejó de funcionar quedando el bagel al garete, flotando a la deriva, arrastrado por las corrientes y sin rumbo.

Los pasajeros al amanecer empezaron a avizorar tierra, con la certeza de tan sólo haberse desviado, sin imaginar el gran drama ya iniciado, del que ellos eran los protagonistas. Anocheció ese primer día.
sin ver la más leve sombra de isla. Amaneció el día siguiente y así iban
desgranándose los días y las noches. Para los primeros días tuvieron
agua y víveres suficientes; pero el capitán al verse perdido en la inmen-
sidad del mar y sin recursos para componer la máquina o motor, juz-
gó conveniente racionar el agua y la comida. Había angustia reprimi-
da en todos los pasajeros

De repente, un sonido lejano de motor, rompió el silencio. To-
dos de pie, miraron hacia distintos puntos por el agua y por aire. No
tardó mucho tiempo en dibujarse entre las nubes un avión. ¡Estamos
salvados, nos buscan! fue el grito espontáneo y unánime de los ocu-
pantes del bote, que hacían señales con pañuelos, alzaban las manos y
daban voces de auxilio. El avión les dio una vuelta, les dio otra muy ba-
jito y otra y, desapareció. Nuevamente el silencio inmenso en un mar
azul y reverberante, envolvió al grupo de pasajeros cuyos comentarios
terminaban siempre en esta frase: nos están buscando.

En efecto, los parientes, amigos, partidarios y toda la población
de San Cristóbal preocupados intervinieron ante las autoridades ma-
ritimas y éstas ante las altas esferas gubernamentales, en demanda de
ayuda para rescatar el bote perdido. Como consecuencia de esta preo-
cupación, sobrevoló el avión los mares galapagueños. Desafortunada-
mente no tuvo éxito, por aquello de exagerar las cosas: se buscó un
barco pesquero (así se pasó la noticia) y se la publicó en los diarios del
país, no un bote pesquero. La respuesta del avión fue No hay el barco
“Cayambe”. Mientras tanto los perdidos seguían pasando los días y las
noches con una monotonía enervante y mortal. En sus largas horas de
agonía, no hacían sino ver el horizonte, con la esperanza de localizar
algo.

Allí viene! gritó alguien: era un punto que se dibujaba en la lí-
nea de confluencia entre el mar y el cielo. Un barco con la proa hacia
ellos. No podían creer. Gritaban, reían, lloraban de emoción. Una vez
que el barco estuvo junto a ellos, vieron que se trataba de un enorme
trasatlántico. ¡Se veían tan pequeños en su bote!

Al no poder entenderse sino con señales, el Capitán compren-
dió que se trataba de náufragos y ordenó recogerlos con toda embar-
cación. Hubo gran movimiento a bordo: los marineros agitaron cuer-
das, cabos, prepararon pescantes y bajaron aparejos; pero sucedió algo
inexplicable: no bien iban a sujetar el bote, una nueva orden impidió continuar la maniobra y, acto seguido, recogieron todo, retumbaron los motores y se alejaron lo más rápido del bote.

¿Qué sucedió? Al ver a los ocupantes de la pequeña embarcación macilentes, mal vestidos y la presencia de un misionero, que por mejor hacer se vistió del hábito, el Capitán pensó que se trataba de un enredo y que el grupo de falsos náufragos, eran presos que se fugaban de la Colonia Penal de Isabela, por lo cual no quiso involucrarse en el problema ni tener dificultades con las autoridades respectivas. Esta fatal determinación fue un golpe mortal para esa pobre gente que viendo tan cerca su salvación, fueron abandonados nuevamente a su suerte.

Ocho..... nueve..... diez días. Todos tirados en cubierta, sin fuerzas, casi perdida la esperanza. Solamente con la mirada puesta en Dios. No tenían agua ni comida. Así pasaban largas horas con una monotonía terrible, golpeados sin cesar por el vaivén de las olas de un mar inmenso y funesto para ellos en esos momentos.

Alguien vio una sombra como perfil de tierra. Tantas veces les había pasado lo mismo. De manera que no dando crédito a sus ojos llamadamente consultó con otro y este con otro. ¡Increíble, era el perfil de una isla!. Como soplará un poco de viento, el Capitán izó las velas y se dirigió hacia ella, ya un poco más cerca, se dio cuenta y reconoció el sur de la Isla Floreana. Costeando llegaron al puerto. Allí fueron recibidos con demostraciones de alegría. Se repusieron de su quebrantada salud, arreglaron el motor y nuevamente se hicieron al mar, esta vez con la proa hacia Puerto Baquerizo Moreno.

En San Cristóbal, todos los teníamos por muertos y hasta se celebraron las funciones religiosas por el eterno descanso de sus almas; pero al día siguiente, el duodécimo de espera, El Cayambe con velas desplegadas anunció su presencia en la Bahía Naufragio (así se llama la bahía de este puerto), terminando esta dura pesadilla.
Incendio en la lancha “San Cristóbal”

ANTECEDENTES

Me encontraba tomando unas cortas vacaciones en Puerto Villamil, Isla Isabela, cuando sucedió el incendio de la lancha San Cristóbal. Después de ayudar en el rescate de los náufragos, regresé de inmediato en la misma panguita de la lancha siniestrada para observar de cerca el artefacto en llamas y tomar unas fotografías, de manera que la descripción de este horrible incendio se ajusta a la más estrecha verdad.

Espero con esto contribuir a la perpetuación histórica de este acontecimiento y entregar a los que sufrieron esta enorme e increíble pesadilla, un recuerdo de lo que para todos los galapagueños hubiera podido ser una tragedia. Sucedió así:

Fue un 31 de marzo de 1984. El incendio de la lancha San Cristóbal, de propiedad del Ilustre Municipio de la Capital Provincial, comenzó a las 10:30 frente a la Isla Tortuga, cinco millas antes de llegar a Puerto Villamil. A bordo de esta lancha se encontraban siete mujeres, doce niños comprendidos entre uno y doce años, y veintidos jóvenes deportistas. El equipo futbolístico pertenecía al Club “Chatham”, fundado y dirigido por el Ing, Luis Alberto Cruz S., Alcalde de San Cristóbal, quien planificó el viaje para dar cumplimiento a un partido amistoso pactado con el seleccionado de Isabela.

La lancha, llegada hacía ocho días del continente (nuevecita, construida en Posorja), zarpó de Puerto Baquerizo Moreno a las 04:00 horas. Hasta Santa Fe, según informaciones recibidas por radio, hizo tan solamente dos horas, lo que quería decir, que normalmente debía estar fondeada entre las 09:00 a 10:00 h. en Puerto Villamil.

SEÑALES DE INCENDIO

A las 11:00 empezó a notarse preocupación entre los habitantes de la Isla Isabela. Un pescador que acababa de llegar, anunció: “la lancha está navegando lentamente, pero viene echando mucho humo”. Con esta noticia, nuestras miradas se dirigieron hacia Isla Tortuga. Efectivamente se hizo visible una columna de humo detrás de los manglares, señal inequívoca de incendio.
Inmediatamente las tres pequeñas embarcaciones fondeadas en la rada de Puerto Villamil, levaron anclas, zafaron amarras y, sin más, tronaron motores con la proa al lugar de la posible desgracia. No tardó mucho tiempo en llegar la panguita de la lancha en busca de auxilio. Con su presencia se sembró la inquietud entre los habitantes de la isla que ansiosos acudieron al muelle en espera de noticias, todos afligidos y en silencio sospechando la más horrible tragedia.

**EL RESCATE**

Las pequeñas embarcaciones ya mencionadas: dos pangas (en una de ellas estaba yo) y un bote de pesca, imprimiendo toda la velocidad a sus motores, se perdieron en pocos minutos detrás de la “tranca” (un lugar estrecho y poco profundo que permite el paso de embarcaciones de poco calado en marea alta).

Los minutos pasaban rápidos. En contraposición, cualquier velocidad de nuestras embarcaciones se hacía lenta ante la magnitud del accidente. La distancia que debíamos vencer era de cinco millas náuticas..... Ya pudimos ver la lancha: abrasada en llamas y envuelta en negros nubarrones de espeso humo, avanzaba lentamente arrastrada por la corriente, al principio de sur a norte, luego hacia el oeste como buscando un arrecife donde sepultar sus escombros.

**¿LOS NÁUFRAGOS?**

Nuestra mirada inquisitiva pasaba de ola en ola, unas veces cerca, otras más lejos, queriendo descubrir vestigios, restos, seres vivos debatiéndose entre la vida y la muerte, tal vez cadáveres flotando.....

Que incierto y oscuro se presentaba el panorama, incierto y oscuro como las profundidades de ese mar impenetrable sobre el que flotábamos y que amenazaba, en esta mañana, sepultar para siempre, sino a todos, quien sabe a alguno o algunos de nuestros hermanos.

Instintivamente brotaban de nuestros labios las plegarias. Estos acontecimientos en los que se desdobla la conciencia en el reconocimiento profundo de la Omnipotencia de Dios, única fuerza que podía salvar a los ocupantes de la lancha que se consumía entre llamas. Y, así fue. El bote y las pangas de salvamento empezaron a recoger a los náufragos..... ¡Increíble! Todos sobrevivieron, niños, mujeres y hom-
bres, los cuarenta y un pasajeros de la lancha San Cristóbal. A las 13:30 horas, estaban en puerto, sanos, y salvos. ¿Un milagro? Así lo hemos reconocido todos los que estuimos presentes, de una u otra forma, en este feroz accidente.

LA LANCHA
Mientras tanto la lancha, sola y abandonada, iba consumiéndose poco a poco. Como una inmensa hoguera flotante se acercaba ola tras ola a los arrecifes que rodean las Islas Tiburón, frente al puerto. Media hora antes de que chocara contra las rocas, presentaba una macabra configuración, era esta: mantenía la forma de bote o lancha, desde la mitad hacia la proa. Las llamas y el humo salían a borbotones del fondo y se dispersaban por los orificios abiertos en ambos lados del casco; en la proa, como respetado por el fuego se mantenía intacto el nombre: SAN CRISTOBAL; de la popa aún quedaba el armazón casi desde la línea de agua, dejando al descubierto los dos tubos de escape de las máquinas ardiendo al rojo vivo. Alrededor se observaban restos de tablas carbonizadas humeantes: en armonía dantesca, llenaba el aire, el bramido de las olas de un mar embravecido y el crepitar del fuego que destruía la embarcación de los galapagueños y, con ella, todas las ilusiones de una mejor atención en la de por sí difícil travesía de estos mares.

¡ÚLTIMO ADIÓS!
A las 14:30 horas, una enorme ola levantó al enrojecido artefacto y lo lanzó sobre los acantilados. Al desbaratarse, dos lenguas de fuego, como dando el último adiós, se elevaron a mucha altura, habiendo sido vistas claramente desde el puerto y, después, el silencio. Así quedaron sepultados los escombros de la lancha, en un mar que no sabe de sacrificios, anhelos, sueños ni esperanzas; pero que a veces se convierte en aterrador instrumento de prueba o de justicia que nos obliga a decir: “Dios sabe por qué”.

LO QUE SUCEDIÓ A BORDO

Según relato de los tripulantes y algunos pasajeros, viajaban tranquilamente y con la esperanza de ver pronto Puerto Villamil, pues navegaban en apariencia, sin disturbios frente a la Isla Tortuga. De repente sintieron algo raro y casi todos al mismo tiempo, vieron con terror que salía humo por todas partes de la lancha. Fue inmediata la alarma y, entre exclamaciones de susto y llanto de mujeres y niños, buscaron descontrolados sus pertenencias; algunos las tenían cerca o a la mano; pero las que se encontraban en las cabinas, no fue posible tomarlas por la cantidad de humo asfixiante que salía sin interrupción y siempre en aumento y las llamas que empezaron a lamer la cubierta.

El Alcalde, al sentirse responsable de la vida de todos los pasajeros, empezó a ordenar la evacuación: embarcó a las mujeres y niños, los que alcanzaron, en la panga de la misma lancha para dejarlos en la orilla más cercana (una milla de distancia); a los demás entregó los chalecos salvavidas, con ellos, otro grupo se lanzó al agua; un tercer grupo, diez en total, con el Alcalde a la cabeza, se quedaron a bordo haciendo esfuerzos sobrehumanos para sofocar el fuego. Arrojaron lo inflamable, esto es, tres chimbuzos de gasolina y un cilindro de gas. Con el agua de mar, retardaron, según les pareció, el incendio; pero, las llamas estaban apoderadas de la embarcación en tal forma, que impidió toda operación, no quedándose otra alternativa que, encomendándose todos a Dios, el Alcalde y sus valientes compañeros, abandonar la lancha. Pero..... cómo hacerlo si ellos que se dieron cuenta habían quedado a bordo tres personas que no se lanzaban por no saber nadar y una de ellas en avanzado estado de embarazo, la que entre lamentos y gritos desgarradores se negaba a arrojarse al mar y aferrándose a la casi caldeada baranda de la lancha como buscando salvación en ella decía: prefiero morir quemada antes que ahogada. Con mucho esfuerzo la zafaron dejándola caer suavemente al agua. Igual hicieron con las otras dos personas. Por fortuna una tabla plywood, nadie sabe por qué estuvo a bordo flotaba sobre las aguas. La tomaron y, acercándola, colocaron en ella a la grávida y los demás, agarrándose de los bordes, simplemente mantuvieron el equilibrio. Así permanecieron durante una hora y cuarto hasta ser rescatados.
Ya en la población, los habitantes dieron generosa acogida a los hermanos de San Cristóbal que sufrieron esos momentos de mortal agonía. Este acontecimiento será registrado en los anales de la historia de Galápagos con caracteres imborrables, constituyéndose en permanente recuerdo de cómo, por encima de lo que el hombre puede hacer por el hombre, está un Dios que protege a Galápagos y a los galápagueños.

EL VOLCÁN

Por descomunal coincidencia, entre las 09:00 y 10:00 horas de este inolvidable día sábado 31 de marzo de 1984, se produjo el primer estampido del Volcán Fernandina, 120 km al norte de Puerto Villamil. Por la noche, dos bocanadas de fuego, confirmaron el fenómeno: “Fernandina entró en actividad”.
El 7 de mayo de este mismo año de fuego de 1984, se produjo el famoso incendio de las oficinas o edificio “Cristóbal Bonifaz” donde funciona la administración de la Estación Científica Charles Darwin. En este edificio se guardaban los archivos más antiguos, que en frase del Dr. Günther Reck: “Son los cimientos de la historia de la Estación”.

El Dr. Günther Reck (izquierda), Director de la Estación Científica Charles Darwin, conversa con una de las personas interesadas en la pronta reconstrucción del edificio incendiado.
Las ballenas “suicidas”

Los mares galapagueños, igual que los de todo el mundo, encierran en su seno un maravilloso ecosistema que contiene desde el rico y abundante plancton, en cadena, hasta las ballenas, incluidas la asesina, la azul y la “suicida”.

El presente relato está hecho en base a un fenómeno natural acaecido en San Cristóbal. Desde las primeras horas de la mañana del día 12 de mayo de 1984, una manada de ballenas, 17 en total, entró en la Bahía Wreck, San Cristóbal. Nadaban superficialmente dando tumbos lentos alrededor de las embarcaciones que estaban fondeadas en la bahía.

Poco a poco iban acercándose a la orilla. Al medio día empezaron a vararse en la playa y a golpearse contra las rocas frente al faro. La curiosidad de los pobladores creció a tal punto que en poco tiempo se concentró todo el pueblo alrededor de estos monstruos marinos para ver sus coletazos y angustiosos movimientos de agonía.

Es sabido que estos mamíferos del mar, obedeciendo a leyes naturales aún no bien comprendidas por el hombre, cuando se sienten morir buscan las orillas para, en la blandura de la arena o en la dure-
za de las rocas, exhalar su último suspiro, entregando sus despojos a la tierra, como un tributo al estrato que soportó y alimentó a sus antecesores en tiempos inmemorables.

ACCION DEL HOMBRE: Los hombres, siempre ágiles en sus pensamientos, rápidos en su acción y, hasta cierto punto, movidos de piedad, muchos empezaron a empujarlas de la playa al mar, creyendo prestarles alguna ayuda, sin sospechar el agudo dolor que seguramente inferían a quienes, por razones inexplicables, deseaban vivamente morir tranquilas en estas playas, desafortunadamente ocupadas por el hombre y en su presencia.

Conseguidos al parecer los primeros buenos resultados, la ayuda se convirtió en deporte un tanto cruel, ya nadando junto a las ballenas, subiéndose sobre los lomos y, lo que es peor, muchos esperaban los últimos rayos del sol para apoderarse de sus cuerpos vivos aún y destrozarlos en busca de algo que les sirva de fuente de lucro o para adorno. Muy pronto veremos lucir en los pechos de los turistas como pendientes, los colmillos labrados en diferentes formas. Este es el hombre.

El espectáculo duró toda la tarde. A las seis, estaban tiradas en la orilla, 16 ballenas. No bien se ocultó el sol, comenzó la ingrata tarea, o voraz tarea, como alguien dijo, de descarnar, a como dé lugar, estos pobres animales aún con vida. Una de las ballenas del grupo, la más grande, con el ánimo de salvarla, fue amarrada con gruesos cabos a un barco fondeado en la bahía; el animal forcejeó hasta romper las amarras. Una vez libre, se lanzó furiosa contra las rocas para morir como las demás.

POSIBLE CAUSA DE LA MUERTE: A decir verdad, nadie podía determinar la causa de la muerte de este grupo de ballenas. Sin descartar la posibilidad de una enfermedad infecciosa contagiosa, como determinaron los médicos del lugar, razón por la cual prohibieron utilizar su carne o su aceite, hay ciertos datos que nos hacen pensar en cuál pudo haber sido la verdadera causa de la muerte de estos cetáceos. Para mejor entenderlo digamos algo sobre la vida y ciertas costumbres de las ballenas, enormes animales que aún quedan en el mundo. La historia natural nos dice lo siguiente:
Las ballenas forman un grupo de animales marinos muy grande, que viven en alta mar y también se las puede ver a lo largo de las costas continentales del mundo. Hay muy pocas especies que viven en ríos y lagos de agua dulce. Las dimensiones van desde los dos metros (los delfines), hasta las enormes ballenas azules que pueden alcanzar 30 m de largo, con un peso de 115 Tn.

Las ballenas son descendientes de animales terrestres. El esqueleto muestra reminiscencias del cinturón pélvico característico de los mamíferos, pero ha perdido todo vestigio externo de las extremidades inferiores, en tanto que las delanteras, convertidas en lanzaderas, conservan los huesos que delatan la presencia, alguna vez, de los cinco dedos. La cola es desarrollada en forma horizontal, a diferencia de los peces que la tienen vertical.

COSTUMBRES: Como los mamíferos, las ballenas respiran aire, para lo cual suben a la superficie para resoplar o respirar. Después de este acto, particularmente las grandes ballenas, pueden permanecer dentro del agua durante una hora. Están tan bien adaptadas para vivir en los océanos, que su esqueleto no podría soportar su cuerpo en tierra. Si las ballenas entran, por cualquier circunstancia, en bahías de aguas someras, encallan fácilmente y pronto mueren. Paren un sólo crío pequeño, que al nacer es la mitad del cuerpo de la madre. Esta le prodiga sus cariñosos cuidados como lo hacen todos los mamíferos.

DIVISIÓN: Las ballenas están divididas en dos grupos: ballenas desprovistas de dientes y ballenas dentadas. El primer grupo es de las más grandes, entre ellas la ballena azul y se caracteriza por tener dos orificios soplo-respiratorios y, en vez de dientes, unos huesesillos semejantes a balas, insertos en la mandíbula superior y de los que se sirven para capturar, de una sola bocanada, millones de pequeños anima- litos del mar.

Las dentadas en cambio, tienen un solo orificio soplo-respiratorio y están provistas de afilados dientes cónicos. En este grupo está ubicada la ballena de nuestra historia. Digamos un poquito más de este animal, al que tuvimos la oportunidad de conocerle tan de cerca. Se la conoce como: “Pez Negro”
“Puerco Marino” (por la trompa)
“Píloto” (por su costumbre de viajar en grupo siguiendo a un jefe).
Su nombre científico es: Globicephala melaena.

HÁBITAT: Vive tanto en el Océano Atlántico como en el Pacífico. Se la puede ver a lo largo de las costas continentales. Es perseguida por los cazadores de ballenas por su carne y aceite. Mide de 5 a 6 m de largo.

Por su costumbre de viajar en grupo con sujeción a un líder, corren el riesgo también de morir en grupo. Si, por ejemplo, el jefe tiene la desgracia de desviarse y entrar en una bahía, encallar y morir, todo el grupo encalla y muere.

PENSAMIENTOS CONSERVACIONISTAS:
1. No critico la buena intención de quienes, animados por un espíritu de ternura y delicadeza para con estas criaturas, empujaban a las ballenas mar adentro; pero debemos tener un poco de precaución o mejor no hacerlo, porque al fin y al cabo es un acto de conducta propio de estos animales: "morir en tierra". Además son monstruos marinos que con cualquier pequeño movimiento en defensa propia podían causar graves daños a quienes estaban junto a ellas. Felizmente se trató de ballenas pacíficas y agónicas.

2. En cuanto a la voracidad de ciertos individuos que cayeron como buitres sobre los cuerpos aún no muertos de las ballenas, para extraer los dientes, aletas, carne, o qué sé yo de cuanto útil tiene una ballena, se aprovechó de esto para hacer comentarios un tanto desorientados contra las instituciones conservacionistas existentes en Galápagos. Entre otras cosas se preguntó: ¿Qué se hizo primero para salvar la vida de estos interesantes seres y luego para impedir la voraz descarnada de los mismos?

Las respuestas son tan claras y se las puede hacer también con preguntas: ¿Qué podía hacer la Estación Científica Charles Darwin o El Servicio Parque Nacional Galápagos para impedir la muerte buscada de estos extraordinarios seres? ¿Sabíamos acaso los motivos que les indujeron para lanzarse contra las rocas y morir? Es la primera vez que
sucede un caso semejante en nuestro medio. Lo mejor era dejarlos tranquilos y no fastidiarlos.

En cuanto a lo segundo, ¿acaso la Estación Darwin y el Parque Nacional, son instituciones de justicia que podían impedir con sanciones actos como los que se cometieron? El representante de la Estación se hizo presente y trató de impedir que se las toque; pero el juego era tan del agrado de quienes estaban en ello, que nadie hizo caso, más aún cuando vieron que las cámaras de TV les enfocaban.

Y en fin de cuentas, ¿hasta cuándo se piensa que estas dos instituciones conservacionistas son las únicas en afrontar los problemas de destrucción y daños del medio ambiente, si Galápagos es de los ecuatorianos y galapagueños? ¿No existen autoridades que tienen el poder en sus manos, la fuerza legal y capacidad necesarias para sancionar actos como estos que están reñidos con la dignidad humana?

Además, si nos asustó o llamó la atención el ver hombres con afilados instrumentos destrozando el cuerpo de estos enormes animales, fue porque, con relación al porte, el acto, nos pareció también grande, si no, preguntó: ¿Qué hace un ama de casa para satisfacer nuestro deseo de comer una gallina? Matarla con igual fiera que un pescador cuando logra capturar un pez, sin piedad lo descarnara para sacar el anzuelo y luego lo mata a golpes y pasa desapercibido porque juzgamos necesario.

¿Qué hace el tractor, cuando con motivo de construcciones va rompiendo y aplastando todo cuanto encuentra a su paso, matando con peor fiera, miles de pequeños seres vivos que tienen tanto derecho a la vida como una ballena?

Lo que sí podemos decir es, que con este acto, se hizo más claro el conocimiento de nosotros mismos, el hombre más de cerca: “nuestra voracidad insaciable y sabernos como los seres más destructores de la naturaleza”.
Hacia los años 1953-1954, a velas desplegadas entró en Bahía Wreck, San Cristóbal, un motovelero pequeño gobernado por su propietario, un extranjero que gozaba de la paz y alegría que brindan los océanos y los mares en una gira alrededor del mundo. Este solitario navegante había puesto en su ruta las Islas Galápagos para descanso.

Ya en la Isla San Cristóbal, recorrió las destetlaladas calles de Puerto Baquerizo Moreno; habló con una, dos y tres personas; trabó amistad con Mons. Pedro Pablo Andrade, un ilustre y venerable anciano sacerdote que ejercía su ministerio en esos tiempos heroicamente. Pasados algunos días, reabastecido moral y físicamente, nuestro hombre, dueño del San Pedro, su bote, siguió su ruta hacia las Islas Marquesas, engolfándose en un mar lleno de misterios, peligros y silencio; pero llevando en el fondo de su alma un recuerdo, cual remanso espiritual: Galápagos y su amigo Fray Pedro Pablo Andrade.

Transcurrieron los meses y pasó el año. Nuevamente la Isla San Cristóbal, con sus milenarias montañas, vio dibujarse en las aguas tranquilas de sus mares adyacentes a sus costas el motovelero de albas velas y blanco casco. El San Pedro regresó. Su dueño saltó a tierra para refocilarse en la pacificidad de una población que no sabía de inquietudes, ni soñaba siquiera con el famoso desarrollo que hoy nos atosiga.

Con el paso grave pero firme llegó a las puertas de la casita de la Misión ubicada entre las calles Charles Darwin y Manuel J. Cobos, hoy injustificadamente desapropiada por la administración municipal de 1984-1988, casa y terreno adyacentes con más de treinta años de tranquila posesión. Golpeó la puerta. Fue recibido cortés y amigablemente por Mons. Pedro P. Andrade. Dialogaron por algún tiempo interesándose mutuamente en asuntos personales. Resultado de esta conversación fue la compra del bote San Pedro, instrumento necesario para la
difusión de la doctrina en las islas. Así fue como el San Pedro circunscribió su itinerario en los mares de Galápagos, llevando de puerto en puerto la luz del Evangelio con lo cual hacía al mismo tiempo honor a su nombre: San Pedro el Apóstol.

En 1959, Mons. Andrade se vio obligado a dejar las islas, pues sufrió una caída que le imposibilitó continuar su obra misionera en Galápagos; pero el bote naturalmente quedó al servicio de la Misión Franciscana, aunque un tanto deteriorado, como todas las cosas, pues no en vano pasa el tiempo. En los últimos años de la década del sesenta descansó para siempre en una de las playas aledañas a Puerto Baquerizo Moreno. Sin embargo, el nombre San Pedro continuó haciéndose presente en nuestros mares: en Santa Cruz la familia Moncayo-Rivadeneira bautizó con este nombre otra embarcación de su propiedad que la dedicó a la pesca y, por segunda vez, hace honor a su nombre: San Pedro, El Pescador.

Después de un tiempo fue vendido. Al pasar a manos de otro propietario, también cambió su nombre convirtiéndose en el Andy; pero apareció el San Pedro II de la misma familia antes mencionada, con miras al turismo. Luego de navegar un tiempo, una compañía turística propuso a la familia la compra, no tanto de la embarcación que fue a morir abandonada en una playa, sino de la patente o permiso de navegación en turismo con lo cual sobrevino a nuestros mares un yate San Pedro, construido en el continente con un diseño para aguas tranquilas, es decir, con mucha obra muerta sobre cubierta y con un error más: las boyas de agua sobre la caseta. Sin embargo, iba y venía por nuestros mares, transportando turistas de diversas nacionalidades, sin que a nadie le preocupase el peligro en que se encontraban.

A los cuatro o cinco años de navegar sin percances, sucedió lo que nadie esperaba. En noviembre de 1986, con 18 pasajeros a bordo, se dirigía hacia el famoso paso del Canal del “León Dormido”, a dos horas de navegación desde Puerto Baquerizo Moreno. La vista de esta inmensa roca y la aproximación a ella causa una sensación extraordiaria, indescriptible. Ninguno de los pasajeros se queda adentro. Todos buscan las partes más claras abiertas o altas de la nave, para admirar las afiladas aristas y perpendiculares cortes de las rocas que ascienden hasta los 148 msnm. Fue precisamente en estas circunstancias,
mientras todos se prestaban a contemplar la extraordinaria belleza y grabar el recuerdo en sus cámaras, cuando vieron con estupor, asombro, miedo y angustia como el San Pedro se inclinaba a babor y sin dar tiempo a nada se produjo el estrepitoso y completo escoraje de la nave, llenándose de inmediato de agua todos los compartimientos hasta quedar a flote tan solamente la parte superior de la caseta, precisamente debido a la mal colocada boya de agua. Los tripulantes y pasajeros fueron lanzados prácticamente al agua en medio de los gritos, lamentos y voces desesperadas de auxilio.

Por fortuna navegaba cerca otra lancha que hacía el mismo trabajo, la que recogió a todos los náufragos. Posteriormente el bote fue reflotado con tanques y remolcado a las aguas tranquilas del Canal de Isla Lobos, donde recibió las primeras atenciones de reparación para luego terminar en el puerto su arreglo definitivo. Con esto el San Pedro volvió con más bríos a sus faenas turísticas; pero estaba escrito: el 28 de abril de 1988, se estrelló contra las rocas, en las costas de Santa Cruz, destruyéndose por completo. Los pasajeros también se salvaron, aunque algunos con lastimaduras y golpes no de consideración. De esta manera el San Pedro dejó de itinerar en mares galápagos.
Capítulo III
Caleta Iguana en la Isla Isabela

Al extremo oeste de la Isla Isabela, a orillas de Cerro Azul, está Caleta Iguana. Es una pequeña ensenada circundada por acantilados de hasta 100 m. de alto. El desembarcadero, es un brazo de mar relativamente estrecho y oculto, cuya entrada normalmente agitada por grandes olas, queda en ciertos momentos muy tranquila, lo que es aprovechado por los expertos marineros para entrar con su embarcación, quedando eso sí siempre en expectativa, a fin de salir con su bote en cualquier momento, pues el mar en este lugar, en cuestión de minutos cambia, volviéndose muy peligroso.

ESPECIES: Las especies que habitan las orillas de Caleta Iguana son: pingüinos (Spheniscus mendiculus), iguanas marinas (Amblyrhynchus cristatus), Lobos marinos (Zalopus californianus), piqueros patas azules (Sula nebouxii), gaviotas morenas (Larus fuliginosus) y otros.
Las orillas carecen de playas arenosas, no pudiéndose ver sino rocas y acantilados, contra los que chocan espumosas las olas del mar. Tierra adentro, de los 200 m. a los 900 y 1000 m. sobre el nivel del mar, que forman los flancos de Cerro Azul, hay hermosas pampas de hierba o pasto siempre verde, donde pacen numerosas partidas de reses en estado salvaje. Esta franja está cobijada por los vientos alisios que en verano (julio a octubre), se hacen presentes convirtiendo en garúa su humedad al chocar con las capas frías de la atmósfera que rodea en esos tiempos a las islas. Pasada esa altura, cesa la influencia de los alisios, dominando un clima de costa: cielo descubierto, temperaturas altas durante el día y bajas en la noche y vegetación xerófita o de Zona Arida. A los 1.685 msnm culmina el cerro en un impresionante hundimiento o caldera del volcán de 5 kms. de diámetro y 300 m. de profundidad. En muchos puntos de esta caldera se localizan fumarolas que despiden constantemente humo, vapor y gases, sedimentando por doquier pequeños yacimientos de azufre. En el evento de El Niño 1982-1983, esta caldera recogió tanta agua que se formó una preciosa laguna, la que es mantenida por los subsiguientes períodos de inverno.

LA COMPAÑÍA GANADERA: Por los años 1958-1960, los mares de Galápagos empezaron a ser surcados por dos barcos, el Ancón.
Trader y el Cristóbal Carrier, ambos pertenecientes a una Compañía Bananera de Esmeraldas, “La Astral”, siendo su propietario el señor Anderson.

Con la aprobación del Gobierno, esta compañía se propuso establecer una hacienda ganadera en las laderas oeste de Cerro Azul, teniendo como puerto “Caleta Iguana”. Al parecer, la intención primordial fue la explotación de la ganadería cimarrona o salvaje ya existente en el lugar, pues se calculaba en alrededor de 10.000 cabezas.

Comenzaron los trabajos. El barco Cristóbal Carrier era el medio de comunicación entre Guayaquil y Galápagos, al mismo tiempo hacía cabotaje en las islas y, algo más, con él se dio comienzo al turismo con la primera organización de esta naturaleza “CETUGA” (Compañía Ecuatoriana de Turismo en Galápagos). Para mejor atención de los turistas, trajeron una lancha rápida muy bien equipada y un guía, Jacobo Lumb, un noruego antiguo habitante de las islas, conocedor del ambiente y muy culto. Fue el primer guía naturalista de Galápagos.

ORGANIZACIÓN DE LA HACIENDA: Una dotación de alrededor de 15 hombres fue desembarcada en Caleta Iguana para los distintos trabajos de la finca ganadera bajo el asesoramiento y dirección de un capitán en retiro. Todo el material fue traído desde Guayaquil, esto es, alambre de púas, postes, cemento, madera para la construcción de las habitaciones y un gran aprovisionamiento de víveres. El agua dejada mensualmente por el barco, se almacenaba en grandes recipientes.

El Cristóbal Carrier visitaba cada mes las islas observando el siguiente itinerario: Guayaquil Galápagos-Galápagos Guayaquil. Cuando la compañía Egas empezó a explotar la mina de sal de Santiago, también visitaba James Bay de donde sacaba a Guayaquil de 3 a 4 mil sacos de sal.

FRACASOS: Todo parecía marchar viento en popa. Grandes corralones con entradas en forma de embudo, listos a recibir el ganado con sólo abrir las puertas y azuzar las grandes partidas de animales que merodeaban las cercas con curiosidad; un barco propio para el transporte.

1. El primer obstáculo con el que tropezó fue la inestabilidad del mar en este punto. Una noche cualquiera, en pocos minutos, la pequeña ensenada, se tragó prácticamente la hermosa lancha, arrojando
a la orilla, como para macabro recuerdo, los escombros de la pan-
ga con sus remos.

2. Las reses, efectivamente entraron con facilidad a los grandes corre-
lones; pero con la misma facilidad saltaron las cercas o las rompi-
eron, anulando todo el esfuerzo realizado en muchos meses.

3. El cansancio de los trabajadores que empezaron a sentir la nostal-
gia de sus hogares iba mermando el número de ellos. Estas y otras
dificultades hicieron imposible el sostenimiento de la famosa finca
ganadera. Hasta 1960 todo quedó abandonado con la salida del úl-
timo trabajador. Hoy tan sólo se ve como un bosquejo de muelle
que nos recuerda el paso de la Compañía Astral en esas lejanas tie-
rras tan prometedoras y ricas, pero al mismo tiempo muy defendi-
das por el embravecido mar que rodea sus costas.

EL SR. ENRIQUE LAD: Hacia los años 1967-1968, el señor En-
rique Lad, un rico comerciante de Guayaquil, compró a la Junta de Me-
joras, entidad de desarrollo en Galápagos, algo parecido a lo que ahora
es INGALA, un lote de 500 reses de los hatos de Caleta Iguana. Para ha-
cer la explotación, instaló trabajadores con la intención de renovar los
corralones abandonados por la Compañía Astral pero, igual que ésta,
no obtuvo resultado alguno. Por tanto las reses salvajes de Cerro Azul
constituyen un recurso natural inexplicable siempre en aumento, toda
tvez que el Servicio Parque Nacional Galápagos, en 1983, realizó un
buen programa de extinción de perros salvajes, que a más de las reses,
depredaban iguanas y lobos marinos.

UNA TUMBA MÁS EN LAS LADERAS DE CERRO AZUL: En-
tre el 27 de octubre y 5 de noviembre de 1979, en los flancos oeste de
Cerro Azul, tuvo lugar un lamentable suceso con tinte de tragedia. Un
sencillo hombre de la sierra encontró en ellas la muerte. Su nombre, no
interesa. Era oriundo de la Provincia de Imbabura. Su edad, no mayor
de 25 años.

Vino a Galápagos (San Cristóbal), enrolado entre los trabajado-
res del IEOS. Terminado el contrato, no quiso salir de las islas y se que-
dó buscando trabajos particulares; el último que encontró, rogando,
fue de cocinero en una embarcación de pesca, el San Alberto. Días an-
tes de zarpar, se ocupaba moliendo la sal necesaria para los diez o quin-
ce días de pesca.
El 26 de octubre se hicieron al mar. Era la primera vez que salía a esta incierta y dura tarea, sabedor de que permanecería alrededor de 15 días flotando a merced de las olas. No bien salieron del puerto empezó a sentir los estragos del mareo. Solo quien lo ha experimentado podrá darse cuenta de esta enfermedad, que sin ser mortal, le pone al borde de la muerte, sin ser dolorosa, le debilita sus miembros hasta el agotamiento. Así navegó de 12 a 14 horas con rumbo para él desconocido. Cuál sería su emoción, cuando a primeras horas de la mañana fondearon en Puerto Villamil y saltaron a tierra.

Grandes fueron sus deseos de quedarse en esta isla buscando cualquier trabajo; pero el contrato con el patrón del bote le impedia hacerlo y, mal que le pese, tuvo que embarcarse nuevamente para seguir navegando en un mar mucho más embravecido y, esta vez, sin esperanza de saltar a tierra. Al parecer, la suerte le fue favorable, el patrón de la embarcación resolvió fondear en Caleta Iguana para proveerse de leña, designando a nuestro hombre, como cocinero que era, el saltar a tierra para recolectar la necesaria para algunos días. Cogió la hachuela y al saltar, levantando los brazos dijo en alta voz a sus compañeros que aún estaban a bordo, “no me verán más” y, soltando la herramienta salió corriendo (es la declaración del patrón del bote y de los demás marineros).

Nadie se imaginó que sus intenciones eran no volver; pero al no regresar, salieron en su busca, sin obtener resultado. No llegó a la noche. Al día siguiente salieron nuevamente. Caminaron por las orillas y por la parte alta sin poder siquiera escuchar un grito o divisar una señal cualquiera.

Regresaron al puerto en el momento en que fondeaba un bote del Parque Nacional con un grupo de guardaparques, entre ellos el señor Pedro Cartagena, gran conocedor de esos lugares.

Les contó el patrón lo sucedido, a lo cual, los guardaparques muy comedidos y preocupados, dejando por el momento su programa, salieron de inmediato en pos del perdido. Muy arriba de los corralones pudieron ver huellas de un hombre impresas en el suelo con dirección a la caldera del cerro, pero se perdían en las pampas y, en esa inmensidad, no se divisaba ninguna imagen humana. No había respuesta, ni a los gritos y disparos de fuego.
Retornaron a Puerto Villamil para formar patrullas de rescate, al mismo tiempo el Patrón del San Alberto hacía la denuncia en la Capi- tanía de Puerto y acto seguido partió a San Cristóbal, de donde las au- toridades le obligaron a volver con más gente para buscar al hombre. Toda acción fue inútil. Pasados los 15 días, dieron por terminado todo movimiento, juzgando muerto al pobre sujeto, de hambre, de sed, de cansancio o devorado por los perros salvajes que en ese tiempo aún abundaban en esos sectores y acometían a todo ser viviente. Cualquie- ra que haya sido la causa de su muerte, decimos: "Una tumba más en las laderas de Cerro Azul" R.I.P.
Alas destrozadas

Tres hombres, ajenos a todo problema humano, un geólogo y dos asistentes, empleados de la Estación Científica Charles Darwin, entre estos yo, ascendemos lentamente, cargando una pesada mochila, por las laderas empinadas del Cerro Azul hasta alcanzar su cima. Allí, sobre el cinturón de los alisios, a 1685 msnm, sentamos nuestras carpas, al borde de la caldera del volcán, enorme, profunda y humeante.

Los tres hombres, unidos por un solo ideal, la ciencia, nos aislamos del mundo civilizado, para vivir al contacto de la naturaleza por el lapso de veinte días, entregados a la observación y estudio, como en un libro abierto, del volcán en formación, de chimeneas caldeadas y humeantes; el suelo cubierto de acordonada lava que parece que aún corre vertiginosa hacia el interior de la caldera; de grietas enormes recientemente abiertas; de cortes perpendiculares que dan vértigo; un volcán que vomita fuego en periodos tan cortos como diez años.

Aquí, el geólogo, con pasión, con avidez, con amor, busca entre esas grietas, en la lava, en cada roca, las etapas de formación del volcán, su crecimiento, antigüedad, mecanismos eruptivos, y todo aquello que por doquier puede aportar algo para la ciencia. Mientras tanto nosotros, unas veces junto a él ayudábamos a tomar muestras; otras recorriendo las vastas planicies arenosas de la cumbre del cerro, buscamos y señalamos galápagos, o también proveemos al campamento de carne de res y agua, ocupación que realizábamos cada dos ó tres días.

Una mañana, tomando una dirección cualquiera, empezamos el descenso del volcán en busca de agua. Envueltos en la neblina y mojados por la garúa, separadamente buscábamos el preciado líquido en las cuencas de las cañadas o en las hendiduras naturales, con la consigna de avisar el primero que encuentre. Así caminábamos a la deriva, hasta que mi compañero anunció la presencia de algo blanco a través de la neblina, que a la distancia parecía receptáculo de agua y conforme nos acercábamos, el objeto se hacía más blanco; pero no se trataba de agua; era el blanco brillante de las alas de una avioneta destrozada, no sabemos cuándo. La avioneta había chocado contra una roca muy saliente del cerro, esparciéndose en fragmentos sobre un área de más de 100 m a la redonda.
Las máquinas estaban partidas en pedazos; la hélice incrustada en la roca; la cabina desfigurada, las alas separadas. No había restos humanos. Posiblemente el piloto y copiloto fueron devorados por los perros salvajes. Examinada una de las alas, debajo de ella, en letras muy claras estaba la sigla LIA. Macabro epitafio de una tumba solitaria escrita por el destino, casi siempre esperado por los aviadores.
El solitario de Punta Esex

Punta Esex se encuentra al oeste del Volcán Cerro Azul de la Isla Isabela. Este desamparado risco estuvo habitado durante cerca de tres años por un solitario norteamericano de nombre Roy Sudbury, Capitán en retiro de la Armada Norteamericana, que había comandado un barco en la II Guerra Mundial contra los japoneses, a consecuencia de lo cual buscó las Islas Galápagos huyendo de la destrucción del mundo. Estaba muy seguro que estas islas, y de ellas Isabela, y de ésta, Punta Esex, era el único lugar que no sería destruido.

SU ARRIBO: Y es así como una mañana, entre los últimos meses de 1958, a bordo del barco Cristóbal Carrier, arribó a las playas de Puerto Villamil este hombrachón, extraño, gordo y corpulento. Traía consigo todo un surtido de cosas en dos grandes baúles sellados; una panga con motor fuera de borda, gran cantidad de dólares y muchos deseos de libar whisky, lo que demostró desde el primer día de su llegada a Puerto Villamil.

EN BUSCA DE SOLEDAD: Unas cuantas palabras en español, algo de inglés y la mayor parte con señales, consiguió explicar su proyecto: “vivir lejos de la civilización”. Contrató ocho hombres, alquiló un bote y con todos sus bártulos se dirigió a Fernandina, la isla más lejana y más joven del archipiélago. Se había informado que en la caldera de este volcán (pues toda la isla es un enorme volcán) existía una laguna de agua dulce. Ingenuamente pensó él que podía vivir junto a esta laguna y para ello trajo la panga, para recrearse en sus aguas, pescar y sobrevivir.

Cuatro hombres llevarían la panga a hombros y el resto de cosas en repetidos viajes. La isla tiene 1490 msnm. Comenzaron el ascenso...un día...dos...¡Es imposible! Quien conoce Fernandina sabe que es una isla difícil, escarpada, cubierta casi totalmente de lava volcánica reciente, peligrosa, revuelta. Las laderas del cerro impresionantemente inclinadas, permiten a lo sumo la subida de una persona con poco equipaje, más no la marcha acompasada de cuatro personas con el peso de una embarcación, no importa cuán pequeña sea. Ante esta dificultad, los trabajadores resolvieron comisionar a dos de sus compañeros para hacer una exploración. Subieron con Roy hasta la cumbre y,
sorprendidos, constataron que había desaparecido la laguna. Unos meses antes, el cráter central hizo erupción y posiblemente se agrietó el fondo y se filtró el agua. Ante esta contingencia, resolvieron regresar con todo nuevamente a la orilla.

PELIGROSA AVENTURA: Como el bote fue contratado sólo para dejarlos, cuando ellos retornaron, ya no estaba allí. Con esta nueva dificultad, Roy resolvió lo siguiente: tomó a uno de sus trabajadores como práctico, montó el fuera de borda en su frágil panguita y se aventuró al mar, desafiando los elementos y la distancia. El relato de este viaje lo hace el práctico Sr. Abelino Jaramillo: “Salimos de Punta Espinosa a las diez de la mañana. Ahora verá, no navegamos por el Canal Bolívar que era lo aconsejado. Se le ocurrió al gringo dar la vuelta a Fernandina. Usted conoce, por esos mares, las olas golpean sin piedad y nuestra pequeña embarcación se llenaba constantemente de agua. Llevábamos a bordo un pequeño náutico esmeraldeño que más era carga que ayuda. Por fin, ya bastante entrada la tarde, indiqué al Cap. Roy que pusiera la proa hacia Punta Moreno. No me va a creer señor, llegamos ya avanzada la noche. Felizmente conocía el lugar, pero con mucha dificultad di con la entrada. Saqué con gran esfuerzo al mister y lo dejé bajo las ramas de un frondoso árbol. Qué me iba a fijar yo, qué clase de árbol era, tal fue la coincidencia que había sido un manzanillo (planta venenosa, cáustica, siendo peligroso sólo su contacto). Mientras yo me encargaba de bajar la panga, el gringo buscó varas y leña del árbol en mención. Como por el viaje tenía los ojos irritados, se restregó con las manos manchadas de manzanillo y, ahí fue cuando: gritaba el hombre del ardor y los ojos empezaron a hincharse. Los tres estábamos mojados y nos comía el frío y el hambre. Yo ni corto, ni perezoso, armé una fogata y de uno en uno iba tomando la ropa para secarla al rescoldo. Pasamos como quiera la noche picados por los mosquitos. Al día siguiente, el Cap. Roy tenía totalmente cerrados los ojos. ¿Qué hacer? Se muere el gringo me dije.

Por fortuna, el mister era entendido en medicina. De una cajita que habíamos puesto en la panga me hizo sacar una pomada con la que se frotó repetidas veces los ojos. Empezó a mejorar, pero tuvimos que permanecer en Punta Moreno tres días. ¿Agua, comida?
El negrito ya se me desmoralizó y llorando decía: ¡me muero, me muero!... Entonces le dije pedazo de c...no te mueres. Ahora verá, cogí un cuchillo y me fui a la poza o laguna de tortugas, donde hay por miles de estos animalitos. Capturé una rápidamente, la sajé en la base de una de sus aletas de la que brotó de inmediato un hilo de sangre. Llamé al negrito y le obligué a tomar la sangre.

También tomé yo. Maté al animalito y de su carne pudimos sobrevivir los tres días. El agua sacaba de una grieta que yo conocía.

Ya fuera de peligro y casi sanos todos, nos hicimos al mar. Al pasar frente al campamento de los americanos (Punta Cristóbal), el oleaje del mar nos zarandeó a gusto; pero pasamos. Pusimos proa a Caleta Iguana, a donde llegamos en la tarde. Aquí ya era otra cosa. Fuimos recibidos por la gente o trabajadores de la Compañía Astral. No bien saltamos de la panga y la aseguramos, vimos con emoción que bajaban una mula llena y cargada de carne de res. Tuvimos buena comida y buena bebida. Después de un día de descanso en este lugar, zarpamos con rumbo a Puerto Villamil. Lo que en bote se hace 6 horas de navegación, en la panga hicimos una hora y media, pero llegamos con las últimas gotas de gasolina. Cuando salté a tierra, puse las manos al cielo, di gracias a Dios y no quise saber más de gringos. Roy, como de costumbre, se refugió en su consabido descanso: el whisky.

HACIA PUNTA ESEX: Pasados unos cuantos días, alquiló nuevamente un bote para trasladar todas sus pertenencias, esta vez, desde Fernandina hasta Punta Esex, su futuro domicilio. El mar en esta parte forma una larga ensenada que termina en una anchurosa playa. Pocas veces es accesible por la turbulencia constante de las olas que chocan en los acantilados de la entrada y revuelven toda el área, haciendo prácticamente imposible el ingreso de las embarcaciones hasta la playa. Punta Esex como paisaje es muy hermosa, pero inhóspita para el hombre. Sin embargo, allí escogió Sudbury para vivir su vida huyendo de la vorágine del mundo civilizado.

SU VIVIENDA: En una parte alta y vistosa, levantó su carpa, puso a buen recaudo, entre malezas y rocas, todas sus pertenencias. Sus provisiones, especialmente maíz y avena, tenía por quintales. Trajo
consigo una serpentina de cobre para destilar licor, que adaptándola a tanques de hierro de una manera rudimentaria, producía su bebida favorita. En fin, hizo del lugar lo menos ingrato que le fue posible y desnudo, entre lobos y aves marinas, se deslizaron sus tres años.

Los primeros días tuvo como vecinos a los trabajadores de la Compañía Astral; pero al fracasar ésta, abandonaron el lugar y Roy se quedó totalmente solo. En los meses de pesca era visitado por uno que otro pescador. Generalmente no le agradaban las visitas. Cuando se las hacían debían anunciarle con gritos del lado opuesto de la ensenada, unos quinientos metros antes de llegar a la vivienda. Si era hombre el visitante, lo atendía tal como estaba, a veces desnudo; pero si era mujer la recibía decentemente, por lo menos puesto el pantalón corto. Roy entendía mucho de medicina y las tenía en abundancia y aparatos que ya quisíéramos tenerlos en nuestros dispensarios médicos. Esta rara y oportuna cualidad era aprovechada por los pescadores que acudían a él en sus enfermedades, especialmente heridas. El, gustoso, los atendía gratuitamente.

LA ERUPCIÓN: El 1 de julio de 1959 se produjo una erupción en los flancos sur de Cerro Azul, 7 a 8 km aproximadamente de donde vivía Roy, el solitario. Como cura párroco de Puerto Villamil, preocupado por la suerte de este hombre y de los tres trabajadores de la compañía que aún quedaban cuidando ciertos materiales y objetos en Caleta Iguana, zarpé la misma noche del suceso a bordo de un pequeño bote de la Misión Franciscana para prestarles ayuda. El volcán en erupción, no tanto por la cercanía, sino por los gases y ceniza que arrastraba el viento hacia los lugares habitados por estas gentes, constituía un peligro para ellos.

A mi llegada, los tres ecuatorianos, con demostraciones de gratitud y alegría, subieron de inmediato al bote; pero Roy, no sólo se manifestó indiferente, sino que se negó a salir, alegando que no es la erupción la que produce gases y humo, es -decía- han comenzado a cumplirse las profecías de Jeremías acerca de la destrucción del mundo y que todas las ciudades del continente, incluida Villamil, estaban destruidas y seguirán acabándose las demás y solamente quedará Punta Eses.

Los rayos del sol, al cernirse entre el humo y las cenizas del volcán, se proyectaban sobre las aguas con un color rojizo que daba la im-
presión de un mar de sangre. Roy, observando a través de sus prismáticos, decía que el sol también está afectado y que todo es efecto de las bombas lanzadas por los rusos. En fin, fue imposible convencer a este hombre, que siguió firme en su ansiada soledad.

VISITA DE SU HERMANO: Desde los Estados Unidos llegó su hermano preocupado por el estado lamentable de Roy. Permaneció con él durante tres días tratando de convencerlo para que regrese a su hogar. Nada pudo conseguir y con pena tuvo que dejarlo tranquilo. Entonces se supo que Roy tenía gran fortuna y que uno de sus baúles estaba lleno de prendas de vestir y un surtido completo de cosméticos. Era casado y tenía la esperanza de que su esposa viniera a acompañarlo, cosa que nunca sucedió.

SU ENFERMEDAD Y MUERTE: Así pasó el tiempo hasta cerca de tres años. Las privaciones y soledad fueron minando su salud lentamente. Su robusto cuerpo fue perdiendo peso y actividad hasta que le fue muy difícil atenderse a sí mismo. Tenía un hombre de confianza, que en períodos de uno o dos meses le visitaba y proveía de lo necesario. Sintiéndose imposibilitado, le pidió que le consiguiera un compañero para que le atienda y cuide. Ya postrado vivió cerca de un mes. Cuando vio que sus días eran contados, despachó al cuidador pagándole todos sus servicios. Pocos días más, uno de los pescadores comunicó en Villamil, que Roy estaba mal de salud. Aunque yo sabía que Roy no era católico, sin embargo, emprendí el viaje para ayudarlo espiritualmente. Lo encontramos muerto. Su cuerpo empezaba a dañarse. Como también viajara el Teniente Político, se hizo el levantamiento del cadáver y se procedió a darle sepultura junto a su pobre cabaña. Después de esto se hizo el inventario de sus pertenencias nombrando a uno de los tripulantes apoderado, hasta dar aviso a su hermano.

Así terminó sus días el Capitán Roy Sudbury “EL SOLITARIO DE PUNTA ESEX”.

Relatos de 44 años en Galápagos
Así fue encontrado el cuerpo del Cap. Sudbury por las autoridades, que procedieron al levantamiento del cadáver y luego dieron cristiana sepultura.
La Cantuta es una clavellina de la familia de las Cariofiláceas que se reproduce en la América Meridional. Es una planta típica del Perú y tiene una flor de color rojo muy hermosa. Un grupo de aventureros puso este nombre a una balsa, también peruana, cuya historia vamos a relatar.

Fue construida, como su nombre lo dice, de maderos de grandes palos de balsa sobrepuestos y amarrados con gruesos cabos de manila. Sobre la plataforma de tablones se levantaba una caseta de techo rústico de paja; fue hecha bajo los lineamientos de la Kom-Tiki y las Siete Hermanitas. Tenía 9 m de largo, por 4 m de ancho, y la cabaña era de 4x2 m y de 3 mástiles. La vela del centro tenía pintada en rojo la flor típica del Perú y el nombre de la balsa “La Cantuta”; sobre el palo mayor cruzado posaba graciosamente una lora. El grupo de aventureros era el siguiente: Eduardo Ingris, australiano, jefe de la expedición; Joaquín Guerrero, argentino; Andy Post, irlandés; Lirko Gureki, checo, operador de radio; y Natalia Mazuelos, peruana, la única mujer.

Se hicieron al mar el 4 de diciembre de 1954, desde Talara. Como toda aventura, los cinco tripulantes en los primeros días navegaban felices, risueños, alegres y cantando. Luego, la monotonia, el cansancio y especialmente el mareo de Natalia Mazuelos, preocupó a todos. Por medio de los radioaficionados sabía el mundo de esta aventura, y Lirko mantenía informes diarios sobre el lamentable estado de salud de Natalia. Por esta causa todos resolvieron regresar, pero ella no consintió y siguieron lentamente su viaje, arrastrados como estaban por la corriente. El 21 de diciembre por la mañana, los pobladores de Puerto Villamil, Isla Isabela, entre sorprendidos y asustados, contemplamos el agitarse lento de mástiles y velas desplegadas que aparecían y desaparecían entre las espumosas aguas de olas que reventaban sobre los bajos arrecifes tan peligrosos que rodean el puerto.

Como es costumbre en la Isla Isabela, todos curiosos nos concentramos en el muelle; mientras tanto un bote de pesca, el único que había, llamado Danubio Azul, partió de inmediato en pos de las velas.
náufragas, según pensábamos. Después de tres horas, el bote regresó al puerto remolcando la enorme balsa.

Fue un día excepcional. Al saltar a tierra los ocupantes de la balsa, se sintieron halagados de la cordialidad y sencilla acogida de la gente y muy pronto se ambientaron, resolviendo quedarse unos días a fin de que se cure y descanse la afligida Natalia o se determine retornar al Perú; pero los baños de sol y el reposo en tierra firme, la reestablecieron prontamente, confirmando así su decisión de seguir adelante en su aventura. El día 23 llegó el barco Tropic-Trader, que visitaba periódicamente las islas, en el que Natalia podía regresar al continente y, aunque sus compañeros de viaje le pedían, ella se negó rotundamente.

El 24 de diciembre, como misionero de la isla, en unión con los pobladores, habíamos elaborado un nutrido programa de festejos navideños: juegos deportivos durante el día, y la noche una velada terminando con la conocida Misa del Gallo. Los tripulantes de la Cantuta se unieron a la alegría popular durante el día y por la noche tomaron parte en la velada. Natalia se presentó con los atuendos típicos peruanos e interpretó magistralmente danzas folklóricas de su tierra. Joaquín Guerrero el más festivo del grupo, hizo muchas manifestaciones de su habilidad en malabarismo y declamación. Eduardo Ingris tocó diestramente la guitarra e interpretó música popular y clásica. Fue una noche inolvidable. Asistieron luego a la misa y solemnemente dejaron instalado en el Belén de la capilla, un Belén en miniatura que ellos portaban en su balsa, como recuerdo y gratitud al pueblo de Isabela.

Terminada la ceremonia religiosa, se despidieron con lágrimas en los ojos para luego emprender nuevamente su incierta, larga y peligrosa aventura. Remolcada la balsa por el Tropic Trader fueron dejados en la corriente, a 50 millas de la isla. Después de larga y difícil navegación, quedaron atrapados en un gran remanso de la mitad del Pacífico del que no podían salir. El barco Greenville al escuchar sus señales, les rescató el 8 de marzo de 1955, dejando en Panamá al grupo de aventureros con su balsa.

El propósito de la expedición, además de llamar la atención del mundo, fue comprobar que los incas hacían viajes a la Polinesia, al mismo tiempo filmar una película; esto justificaba la presencia de Natalia Mazuelos. Por desgracia, ninguna de las dos cosas pudieron realizar. Y, por lo que a nosotros toca, Tupac-Yupanqui, nunca estuvo en Galápagos.
El incendio forestal en la Isla Isabela

El incendio que consumió miles de hectáreas de bosque desde el 28 de febrero hasta fines de abril de 1985, tuvo lugar al sur de la isla en la zona agrícola donde se detectó el primer brote y luego un segundo brote en áreas del Parque Nacional. El primero fue controlado; pero el segundo sólo terminó con las lluvias naturales que sobrevinieron casi a finales del mes de abril.

No obstante, debe reconocerse la labor desplegada por los pobladores, teniendo al frente del movimiento a la Junta de Defensa Civil Cantonal; instituciones locales y provinciales, nacionales e internacionales y a las Fuerzas Armadas Ecuatorianas que hicieron todo lo humanamente posible para apagar el fuego aplicando las últimas técnicas usadas para combate esta clase de flagelos.

El propósito de la presente exposición elaborada en base a experiencias vividas en el incendio es reavivar la memoria de este acontecimiento muy duro, que tuvo resonancia mundial; conservar ciertas experiencias que pueden servir para enmendar futuras acciones ante hechos semejantes y presentar los sucesos en su verdad escueta tanto del incendio en sí como de la acción tomada por el hombre en la sofocación de las llamas: presencia de la instituciones y su organización, divulgación periodística, daños ocasionados en el sector poblado y en las áreas del Parque Nacional.

ORIGEN DEL FUEGO Y ACCIÓN ORGANIZADA DE LOS HABITANTES: El fuego comenzó en una de las propiedades de los agricultores (sector Los Tintos), pues, tienen la costumbre de quemar la vegetación talada en la preparación de los terrenos para los cultivos en la llegada de la garúa. Fue el 28 de febrero y se declaró de peligro al sector de Los Tintos, por la inmediata contaminación del fuego, debido a la vegetación seca por los cinco meses de sequía y los fuertes vientos que afectaban por ese entonces la zona. Fue el momento en que la población de la Isla Isabela demostró su unión. Todos espontáneamen-
te se concentraron en el lugar del flagelo procurando controlar el avance de las llamas utilizando sus propias herramientas de acuerdo a la iniciativa de cada uno. Posteriormente fue necesario organizarse para encomendar responsabilidades.

Tomó la iniciativa el señor Jefe Político, quien desempeñaba la función de Presidente de la Junta de Defensa Civil del Cantón. Se hizo presente con los siguientes comunicados: Comunicado 01-JDC-ISA-85 del 1 de marzo de 1985 y dice así:

"Mientras se gestione ante los niveles máximos nacionales la declaración de emergencia en este Cantón, por los incendios generalizados en la zona de Santo Tomás, en mi calidad de Presidente en la Junta de Defensa Civil, de acuerdo a lo dispuesto en los Cuerpos de Leyes respectivos, especialmente: Ley de Seguridad Nacional, tomo a cargo la dirección de todos los trabajos y gestiones que se realizarán a partir de la hora y fecha que se supere la siguiente emergencia. Hasta segunda orden dispongo:
1. Se requisan todas las unidades motorizadas pasando las mismas a disposición de esta presidencia.
2. A los varones mayores de 18 años quedan recluidos pasando a disposición de esta presidencia.
3. Se prohíbe terminantemente el expendio y consumo de bebidas alcohólicas (Archivo Municipal)."

Por este primer comunicado la población de la Isla Isabela quedó prácticamente en sitio, lo que al mismo tiempo demuestra la magnitud del flagelo y el peligro que representaba para todas las propiedades y viviendas de los agricultores.

Aunque al parecer no hubiera sido necesario actuar de esta manera, sin embargo, dada la idiosincrasia de los pobladores, fue lo más acertado. La gente cooperó cumpliendo a cabalidad estas primeras normas, hasta cuando prácticamente se alejó el peligro.

Con la misma fecha, 1 de marzo de 1985, el señor Presidente de la Junta de Defensa Civil promulgó el siguiente comunicado 002-JDC-ISA-85:

"A la ciudadanía se le comunica del nombramiento de jefe del frente de combate del incendio a los cuales se les va a asignar personal, materiales y facilidades para combatir el incendio. Serán los únicos que
recibirán órdenes de esta presidencia y que, a su vez, impartirán órdenes en el sitio del incendio.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Sector La Esperanza:</th>
<th>Sr. Luis Gil, Jefe de Patrulla # 1</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Los Tintos:</td>
<td>Sr. Francisco Yépez, Jefe de Patrulla # 2</td>
</tr>
<tr>
<td>Barrio Loja:</td>
<td>Sr. Albino Sinche, Jefe de Patrulla # 3</td>
</tr>
<tr>
<td>Sector Gregorio:</td>
<td>Sr. Marcelo Caiza, Jefe de Patrulla # 4</td>
</tr>
<tr>
<td>Sector Segura:</td>
<td>Sr. Heriberto Gil</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Sr. Arnaldo Tupiza, Supervisor General</td>
</tr>
</tbody>
</table>

f). Vicente Freire Z., Jefe de Operaciones”.

Además de este comunicado general, a cada una de las personas mencionadas les da a conocer por medio de un escrito la designación y sector del que se hará responsable en la dirección y toma de formas adecuadas para extinguir el fuego.

Para conformar las patrullas o grupos de los cuatro sectores afectados por el fuego, con fecha 2 de marzo pasó la siguiente comunicación:

“En razón de las facultades extraordinarias de tipo legal que dispongo al momento y bajo los cuerpos de Leyes respectivos, ordeno la presencia inmediata en las Oficinas del INGALA donde está funcionando esta Presidencia, de las siguientes personas: (a continuación hay una lista de 35 personas jefes de familia). f).- Vicente Freire Z.”

Así organizados y dando muestras de disciplina en el trabajo, hombres, mujeres y niños, cada uno en las medidas de sus fuerzas, acometieron el fuego día y noche hasta alejar el peligro y evitar el incendio de casas, aunque fue imposible impedir la destrucción de ciertos cultivos y especialmente la ruptura de cercas, lo que afectó a la economía de muchos finqueros.

En este estado de cosas, el señor Gobernador de la Provincia se hizo presente en la isla a nombre y como Presidente de la Junta de Defensa Civil Provincial, quien asumió toda responsabilidad y dirección del combate al fuego.

FUEGO EN ÁREAS DEL PARQUE NACIONAL: El 3 de marzo por la tarde, el fuego había perdido fuerza y todos se retiraban a descansar en sus hogares; pero un nuevo brote de características dantescas apareció en los flancos sur de Sierra Negra, en el sector denominado
“San Antonio”, siendo este el principio de la catástrofe con perfiles de flagelo, que azotó duramente la vegetación en muchos miles de hectáreas dentro del Parque Nacional.

Se dijo, y casi llegó a comprobarse, que fue producido intencionalmente, toda vez que las autoridades privaron de la libertad a los sospechosos. Es el caso, que dos cazadores, habiendo pernoctado en el monte, olvidaron, así fue la noticia, de apagar las brasas que utilizaron para la preparación de su comida. La vegetación seca y los fuertes vientos hicieron lo demás.

Fue increíble el espectáculo nocturno que ofrecía la columna de humo y fuego a las faldas del cerro; daba el aspecto de una erupción volcánica, tanto, que se pensó en un plan de evacuación de la isla. Las llamas en éste y los días subsiguientes eran empujadas por el viento hacia todos los frentes, especialmente con dirección a la caldera del volcán, con una fuerza y velocidad incontenibles.

NUEVO FRENTE DE LUCHA: En uno de los informes del señor Arnaldo Tupiza, Representante de la Estación Científica Charles Darwin en Isabela, leemos: “El Gobernador aprovechó la organización primera para hacer un frente de lucha al nuevo fuego, sin descuidar el de las chacras, exigiendo a cada propietario el control en sus predios”.

Como toda la población estaba en esta actividad dejando a un lado sus ocupaciones y trabajos personales, fue de todo punto necesario ordenar la cuestión logística en base a las erogaciones que ya estaban llegando tanto de otras islas como del continente. Para esto, las autoridades responsables, Gobernador, Presidente del Municipio, Jefe Político, Comisario Nacional, Teniente Político, INGALA, en sesiones diarias iban conformando comisiones, unas para recepción y distribución de víveres, otras, particularmente mujeres, para la preparación de comidas; los pescadores, proveyendo de langostas y pescado; grupos de cazadores de reses salvajes. Todo esto para reparto gratuito tanto para los que se encontraban junto al fuego, como para sus familiares.

PRESENCIA DE LA PROVINCIA: Mientras tanto, las radios de Santa Cruz y San Cristóbal mantenían contacto diario con la Isla Isabe-
la para ir informando a la ciudadanía de la Provincia el avance de los operativos en la sofocación del fuego.

Como las noticias se hacían cada vez más alarmantes, los otros cantones empezaron a reclutar voluntarios para ayudar a la vecina isla. Por otro lado, la Cruz Roja Provincial empezó a recolectar el apoyo voluntario de las familias: víveres, ropa y dinero para socorrer a los que, supuestamente, se encontraban en necesidad, pues las noticias, falsas desde luego, eran de que se estaban incendiando las casas y propiedades y las familias estaban abandonando las fincas y trasladándose a la playa.

El Municipio de San Cristóbal facilitó una barcaza para transportar maquinaria pesada y personal especializado en el manejo de los aparatos; el INGALA puso a disposición la Lancha Ingala II que permaneció mientras duró el fuego en la rada del Puerto Villamil, para el transporte de gente, materiales y víveres; el SPNG concurrió al lugar del flagelo con todo el personal de guardaparques y una embarcación; la ECCD facilitó algunos viajes con el Beagle IV y de una manera inmediata la ayuda y asesoramiento de su Representante; la Jefatura de Salud, con médicos, medicinas y enfermeras.

PRESENCIA DE INSTITUCIONES NACIONALES E INTERNACIONALES: La noticia del incendio en la Isla Isabela era difundida por todos los medios de comunicación, nacionales e internacionales: prensa, radio, televisión, con grandes titulares como estos: “Cuadro Tremendo y Desolador” “Lenguas de Fuego Amenazan Parque de las Tortugas” “Combatiendo Incendio en la Isla Isabela” “Los Pumas fueron a Galápagos con su mascota” “8 Días y no se Extingue el Fuego en Galápagos de Origen Volcánico”

En el pie de imprenta de la fotografía de un cráter pequeño cualquiera dice: "Este es uno de los cráteres del sistema volcánico más activo de la Región Insular. Se cree que el origen del incendio que comenzó hace 18 días se debe a una pre-erupción volcánica" (El Universo). ...Así como estos, todos los días y en todos los periódicos del país.

Con tales noticias impactantes y dada la importancia de las Islas Galápagos, hubo un despliegue loco de todas las instituciones de desa-
rrollo y conservación, tanto nacionales como extranjeras, que empezaron su peregrinación hacia el punto de fuego en la Isla Isabela, con representantes y técnicos en la materia.

- El Gobierno ecuatoriano, midiendo la peligrosidad y magnitud del flagelo, decretó declarando a la Región Insular en estado de emergencia.
- AID envió herramientas, dinero y tres especialistas en apagar incendios forestales.
- La Junta de Defensa Civil de Quito se hizo presente casi desde el inicio del fuego. Personalmente llegaron muy cerca a las llamas su Presidente General Antonio Moral Moral y dos miembros de la Cruz Roja.
- Representantes de PRONAP Y PRONAF y dos personeros de SEDIP.
- El Ing. Jorge Montesdeoca, Técnico Forestal que fue nombrado Jefe Unico contra incendio.
- El Cap. Moncayo de las Fuerzas especiales con 80 Pumas, que pasados unos días fueron reemplazados por un número igual del Cuerpo de Ingenieros del Ejército.
- Un técnico Canadiense y su intérprete.
- Los Ministros de Obras Públicas, de Agricultura y Ganadería y de Bienestar Social acompañados del Representante por Galápagos ante el Congreso Nacional, Freddy Herrera, y representantes de los diferentes Ministerios.
- El Gerente General del INGALA, Dr. Farid Yapur.
- Periodistas de Ecuavisa de Guayaquil, Diario El Comercio de Quito y dos periodistas japoneses del Japan News.
- Dos vulcanólogos voluntarios que a la noticia de brote de erupciones volcánicas, como propalaban las radios y prensa del continente, no vacilaron en ofrecer sus servicios técnicos y sus conocimientos para investigar el fenómeno.

Con ésto la Isla Isabela se convirtió en el centro de la atención nacional y mundial en los días del incendio. Mientras tanto, el fuego seguía consumiendo cientos de hectáreas, quemando plantas que son consideradas de importancia ecológica y poniendo en peligro la fauna nativa y animales cimarrones útiles al hombre.
ORGANIZACIÓN: Con fecha 13 de marzo, el Director Nacional de Defensa Civil expidió la Directiva 0010-85, constituyendo en Zona Especial de Defensa Civil, la Provincia de las Islas Galápagos y creando un Centro de Operaciones de Emergencia en la Isla Isabela (COEGAL) y nomó Jefe de este Centro al Coronel Kléver del Castillo.

Con la misma fecha se nombró Jefe de Incendios al Ing. Jorge Montesdeoca y Asesor al señor Robert Gara, experto de AID. Se escogió al Cap. Moncayo como Jefe de Logística que ayudaría al Jefe de Incendios. A órdenes de los mencionados señores se nombraron 4 Jefes de Brigada. Cada Jefe de Brigada tendría bajo su mando 10 cuadrillas; cada cuadrilla estaba compuesta de 7 hombres cargados y equipados con instrumentos para sofocar incendios: polaskis, macleods, palas, motosierras y radios walkie-talkie. Todo el personal de las patrullas estaba compuesto por 126 pumas, 32 reservistas y 21 guardaparques, más 95 voluntarios, fuera de los empleados del INGALA y del Municipio tanto de Isabela como de San Cristóbal, que acudieron al manejo de volquetes, tractores y palas mecánicas.

El Jefe de Logística, Cap. Moncayo y los Asesores de AID, se constituyeron en el Grupo Operativo del Incendio y establecieron las siguientes fases:

Primera fase: Control del Incendio
Segunda fase: Liquidación del Incendio
Tercera fase: Evaluación cuantitativa y cualitativa del incendio
Cuarta fase: Investigación para establecer responsabilidades (Archivo ICI)

Con esta organización se establecieron prácticamente dos frentes de operación: el primero el COEGAL, conformado por el Director del mismo, Coronel Kléver del Castillo, el Gobernador como Presidente de la Junta de Defensa Civil Provincial, el Presidente de la Junta de Defensa Civil Cantonal, el Presidente del Municipio, un representante del INGALA, y el Rector del Colegio Fray “Agustín de Azkúnaga” como Secretario, con permanencia en Puerto Villamil para la administración, manejo y coordinación de acciones continente-Galápagos, interislas y dentro de la isla.

El segundo cuerpo operativo presidido por el Ing. Jorge Montesdeoca, estableció su campamento junto al fuego para acciones rápidas y eficaces a fin de no desperdiciar materiales y esfuerzo. Tanto uno co-
mo otro grupo sesionaban diariamente para evaluar el trabajo del día, calcular los logros y enmendar errores.

Con esta acción ordenada y el uso de los instrumentos para apa-
gar incendios proporcionados por AID y demás instituciones, maneja-
dos por todas las patrullas, se supone que el fuego hubiera cedido en
poco tiempo...¡Qué fuego aquél!...no fueron suficientes todo lo dicho,
ni siquiera los aviones cisterna venidos desde Canadá. Lo único que se
consiguió fue aumentar la destrucción.

En ciencias naturales, el fuego está considerado como parte de la
Trilogía enemiga de la vegetación: el diente, el fuego, el hierro. Esta vez
la Isla Isabela soportó la acción conjunta de estos tres enemigos, siendo
de ellos el peor y de consecuencias casi irreversibles, la acción del hie-
rrro: tractores, motosierras, picos, palas, hachas, machetes, todo a órde-
nes de por lo menos doscientos hombres durante más de treinta días
con sus noches. Un verdadero ataque ininterrumpido de fuerzas arma-
das dirigido contra un elemento natural, el fuego que, desde la antigüe-
dad es considerado uno de los cuatro elementos de la naturaleza, de-
structivo en sí pero reintegrador.

AVANCE DE LAS LLAMAS: El incendio que comenzó hacia la
mitad de las laderas del cerro, subió a la cima para luego descender al
fondo de la caldera quemando toda la vegetación de gran parte de las
paredes internas del sur del volcán.

Ya en la planicie, las llamas consumieron rápidamente algunos
kilómetros dificultando la acción de la gente, particularmente por el
transporte de agua. Fue necesario abrir un camino hasta la cima del
volcán para la transportación de materiales, agua y gente. De esta ma-
nera, la caldera de Sierra Negra se constituyó en un nuevo frente de lu-
cha contra el fuego. Allí se instalaron un piquete de infantes y el grupo
de Guardaparques que trabajaron día y noche, ya haciendo barreras
junto al fuego, ya echando agua. Por fin, el 31 de marzo se apagó el úl-
timo rescoldo del fuego en este lugar.

LAS PROPIEDADES, LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS: Las
chacras de los habitantes agricultores, además de presentar un aspecto
desmejorado por la prolongada sequía, estuvieron a punto de ser devo-
radas por las llamas. Algunas sí fueron arrasadas por el fuego. Las viviendas también estuvieron en peligro. Felizmente no se quemó ninguna gracias a la intervención oportuna de los mismos colonos.

Algunos de los animales domésticos, desorientados por el humo, quedaron atrapados por las llamas y murieron. De dentro del bosque en llamas, los animales huían despavoridos. Entonces fue posible ver grandes toros semisalvajes y salvajes salir en apretada carrera o a las pampas o a las trochas abiertas por el tractor; pero algunos, al salvarse de las llamas caían en las brasas y, si de éstas lograban escapar quemados las patas y chamuscados, eran víctima fácil de los pumas o extinguidores.

Los seres vivos que no pudieron escapar al fuego, además de muchos invertebrados, fueron las plantas. En este incendio se quemaron plantas de mucho valor ecológico, por tratarse de plantas propias de la isla, como bosque de lechosos (Scalesia cordata), helechos árboles (weaterbyana), pequeños girasoles (Darwiniothamnus sp.), en el fondo de la caldera una rara planta que solamente se reproduce en ese lugar llamada Euphorbia equisetiformis y como éstas, muchas otras.

EL CASO DE LOS GALÁPAGOS: El 24 de marzo, el Ing. Jorge Montesdeoca, ordenó se haga la evacuación de 15 galápagos, entre machos y hembras, de cada una de las galapagueras "La Unión" y "Cabo Rosa". Esta orden obedecía a falsas informaciones sobre el inminente peligro en que se encontraban estas galapagueras. De nada sirvieron la experiencia y argumentos del Intendente del Parque Nacional, que se resistía a remover los galápagos por juzgarlo innecesario. ¡Era una resolución inapelable!

Después de hacer en la playa o Puerto Villamil un corral provisional, el 26 del mismo mes, partió el Intendente en persona con todos los guardaparques para poner en ejecución la operación: "salvamento de galápagos". El señor Arnaldo Tupiza, Representante de la ECCD, hombre muy importante en todas las operaciones en este acontecimiento por su gran conocimiento del campo, emprendió un viaje de observación por los últimos avances del fuego frente a las galapagueras en mención, con el propósito de calcular la inminencia del peligro. Meticuloso y preciso, evacuó todas las formas utilizables para obtener da-
tos ciertos, entre otras, subirse a un jaboncillo y desde un altura de treinta metros calcular la distancia entre fuego y galapagueras, sacando como resultado que el riesgo era remoto.

Además, pudo ver, y esto es muy útil para el futuro, que el fuego conforme iba llegando a la Zona Arida, perdía fuerza y se apagaba por sí solo. La información del señor Tupiza fue válida y evitó la salida de los galápagos de sus lugares de origen, aunque los personeros del Parque ya habían cumplido su cometido, es decir, tenían listos los 15 galápagos en las dos galapagueras encerrados en corralones de piedra.

EVALUACIÓN DE DAÑOS: Estrictamente hablando, no se ha hecho una concienzuda evaluación cuantitativa de los daños ocasionados por el fuego durante los más de dos meses que tardó el incendio, particularmente lo relacionado con las especies nativas del Parque Nacional. Sin embargo, disponemos de dos informes: el uno relacionado con el área agropecuaria y el otro sobre los perjuicios dentro de las áreas del Parque Nacional. Tanto el primero como el segundo, ofrecen datos estimativos, pero nos dan una idea de los daños causados por el incendio.

DAÑOS EN LA ZONA AGRÍCOLA: Con el subtítulo “Efectos del desastre” dice el primer informe lo siguiente: Estimativamente podemos decir que: 26 propiedades agrícolas rurales fueron afectadas por el incendio. Los daños materiales son: 20 has. de café, 25 has. de pasto, 10 has. de guineo, 2 has. de cultivos menores, 120 has. de monte, 32.000 m. de alambre de púas, y 2.000 estacas de guayabo y espino (archivos municipales)

Pero más que el daño físico, los tranquilos pobladores de la isla experimentaron como un latigazo la pérdida de su libertad desde los primeros momentos, ya que el puerto, parroquia y recintos entraron en estado de sitio desde el I de marzo, es decir, al día siguiente de haber comenzado el incendio; el abandono de sus diarias ocupaciones en la búsqueda de los medios económicos para su familia, toda vez que, día y noche debían entregarse a la sofocación del fuego, muchos sin regresar a sus hogares con la preocupación consiguiente de si tendrá su señora e hijos el alimento diario; el deprimente estado moral de quienes de un momento a otro entraron en una etapa militarizada con todas las...
características alienantes que impone esta clase de manejo a las personas; en fin, la intoxicación anímica producida por el ingreso casi diario de personas de toda clase y su aglomeración en la población, algo totalmente fuera de lo acostumbrado.

Estas experiencias vividas por la gente de Isabela dejó en el corazón de todos un recuerdo no grato y que perdurará por mucho tiempo.

DAÑOS EN ÁREAS DEL PARQUE NACIONAL: Es muy cierto que esta catástrofe afectó grandemente, además de las plantas propias y extrañas, a los animales, aves e invertebrados que poblaban las áreas afectadas; pero no es menos cierto, que llegadas las primeras lluvias, la regeneración de plantas, y con ellas, la reintegración de los ecosistemas será rápida y en algunos casos abundante y, aunque el fuego está alineado entre los tres enemigos de la vegetación, a la larga es menos dañino que el hierro. Por desgracia, en sofocar este incendio se usaron tres tractores de oruga, motosierras, etc. con los que se abrieron amplias mangas con la lógica remoción de la tierra o roca, tanto que podemos decir, lo que no hizo el fuego, hicieron los tractores: abrir vías carrosables en distintas direcciones dentro de las áreas del Parque Nacional.

Insertamos a continuación parte del informe del señor Arnaldo Tupiza dirigido al Dr. Gunther Reck, Director de la ECCD del 15 de mayo de 1985:

"Hasta la presente fecha (05-05-85), el incendio forestal de mayor magnitud que se ha suscitado en la Provincia Insular de Galápagos, sigue destruyendo la vegetación que ha quedado dentro de la barrera, especialmente el bosque de Psidium galapageium (guayabillo). La trocha que se hizo con toda la maquinaria introducida a esta isla para controlar el flagelo tiene un total de 74 kms. lineales de desbroce"...a continuación hace una lista de las principales especies de plantas de importancia incineradas y luego continúa diciendo:

"Después de haber transcurrido 45 días desde que se produjo el incendio, con las primeras lluvias que hubo los días 15 y 16 de abril, algunas especies que fueron destruidas por el flagelo, comienzan a regenerarse. El 20 de mayo he comprobado,... que hay grandes áreas verdes
cubiertas por helechos de la nueva vegetación que están recuperándose en un período relativamente corto”...(Arch. SPNG, Isabela).

Con esta parte del informe del Sr. Tupiza, queda comprobado ampliamente que el fuego, como elemento natural, no producido intencionalmente desde luego, en las áreas que no suponen peligro para el hombre, el trato debe ser distinto a como se hace cuando hay peligro para los humanos.

PROVISION DE AGUA DULCE PARA CONSUMO DE LA GENTE Y PARA SOFOCAR EL FUEGO MIENTRAS DURÓ EL INCENDIO: La Isla Isabela ha demostrado en el incendio que acabamos de describir, su enorme, diría interminable capacidad reservativa de agua dulce.

Aunque la isla carece de corrientes superficiales o reservorios naturales externos, llámense cañadas, riachuelos, pozas o lagunas, tiene ingentes cantidades de aguas subterráneas cuyas filtraciones se hacen visibles en las orillas a lo largo de la costa sur de la isla. Estas son:
1. En ciertas grietas de lava no muy profundas y que se pueden encontrar hasta algunos kilómetros lejos de la orilla. Por ejemplo: El Chapín, a 3 km. del puerto y de la que se extrae para uso de la población; el Manzanillo a 5 kms.
2. Brotes externos en las orillas casi en contacto con el agua del mar, visibles únicamente en baja marea. Por ejemplo, El Estero 2 km. al oeste del puerto y muchos puntos a lo largo de la costa sur desde Villamil hasta San Pedro.
3. Corrientes en forma de ríos que siguen o fluyen por cavernas internas, visibles solamente en ciertos lugares donde se ha producido el derrumbarse de una parte de la caverna. Ejemplos: El Porvenir y Quinta Playa.
4. Lagunas cubiertas de grama (marismas) en medio de la lava llamadas por los lugareños “grameros”. Ejemplo: El Cocal, a 3 kms. del puerto.
5. Pequeñas y grandes pozas a orillas del mar donde se han juntado las filtraciones de agua dulce con las filtraciones de agua de mar, las cuales, al mismo tiempo han formado interesantes hábitats de raras y atractivas especies como los flamencos (Phoenicopterus ruber...
ruber). Ejemplos: Pozas del Cementerio, Pozas de Guamán, Quinta Playa, Barahona, Punta Moreno, entre otras.

OBRA DEL MUNICIPIO DE ISABELA: El Ilustre Municipio de Isabela hacia 1981-1982, para el abastecimiento de agua dulce a la población de Villamil, realizó la siguiente obra:

- A 3 kms. del puerto, en el lugar conocido con el nombre de “Chapín” (antiguo trabajador de la hacienda Santo Tomás de Don Antonio Gil), acondicionó una grieta donde había agua casi dulce, muy clara y limpia y sin peligro de contaminación.
- Junto a ella construyó un pequeño edificio en el que funciona una bomba con motor propio.
- Protegió cuidadosamente el lugar a fin de impedir el ingreso de animales.
- Muy cerca a la caseta, en una pequeña hondonada, hay un gramero rodeado de vegetación en su mayor parte nativa: lechosos, algarrobos, palo santos, anos, entre otras, las que además de aportar humedad, hacen el paisaje acogedor y hermoso.
- A 300 m. de la grieta, en una parte elevada, sobre 9 pilotes de cemento de 4 m. de alto está construido un tanque reservorio de 45.000 litros de capacidad a donde se bombea diariamente dos o tres veces el agua para distribución a la población de Villamil por medio de una red de mangueras. El líquido permanece bajo cubierta para evitar la contaminación y evaporación. Este tanque ya no abastece a la actual población.
- Para la atención de los finqueros se construyó un aljibe de 70.000 litros de capacidad, el que igualmente, en tiempos de sequía, es alimentado todos los días por un tanquero de agua del Chapín. De este tanque se sirven algunas familias por medio de mangueras hasta sus domicilios. Las familias que no gozan de esta comodidad, son abastecidas también por tanqueros, igual que para los bebederos de los ganados.
- El aljibe está bajo cubierta de Eternit en unos 80 m², que además de mantener bajo sombra, recolecta agua lluvia. Todo el sistema está resguardado por una cerca de malla de 30 x 30ms. bajo llave, manejado por un guardián, con lo cual se impide el ingreso de gente y animales.
El consumo del agua está controlado por medio de medidores. Mientras duró el incendio, cuatro tanqueros de 2.000 galones c/u transportaban agua diariamente tres y cuatro veces a los lugares afectados por las llamas, tanto para extinguir el fuego como para el consumo de más de 250 hombres dedicados a la tarea de apagarlo; atención a los finqueros y sus ganados, amén del diario uso de las familias del puerto; sin embargo, no afectó en lo más mínimo a la fuente proveedora del precioso líquido. Podemos decir con verdad, que la Isla Isabela es muy rica de este compuesto indispensable para la vida.

COMENTARIO: Es preciso deslindar responsabilidades, para lo cual debemos partir del significado de “catástrofe”. El diccionario dice: “catástrofe es un suceso infausto que afecta gravemente el orden de las cosas”. Basándonos en esto y siguiendo los Postulados de Educación Ambiental, podemos considerar dos clases de catástrofes: la una problemática y la otra no problemática.

Dícese catástrofe problemática aquella que amenaza destruir a la población humana; catástrofe no problemática es aquella que no afecta al hombre, cualquiera sea la intensidad del fenómeno.

El incendio forestal de Isabela tuvo estos dos aspectos: fue problemático, mientras hubo peligro para la gente y sus propiedades; pero dejó de serlo cuando empezó el incendio a consumir o mejor dicho se produjo en Areas del Parque Nacional sin peligro para la población.

Ahora bien, si deslindamos responsabilidades podemos decir que fue muy oportuna y digna de felicitación la intervención y ayuda de las Juntas de Defensa Civil Local, Provincial y Nacional, lo mismo que de las instituciones de desarrollo como Municipio, INGALA y AID en favor del pueblo de Isabela; pero en el momento que su acción pasó a las áreas del Parque Nacional, se salieron de sus funciones, toda vez que el flagelo en este sector no involucraba peligro para la gente, en cuyo caso la responsabilidad pesaba directamente sobre las autoridades del Parque Nacional e instituciones conservacionistas, quienes son conocedoras y manejan las Leyes y Regulaciones que rigen el Parque Nacional. No olvidemos que la organización del Servicio Parque Nacional Galápagos está reconocida como una de las mejores del mundo.
Para mayor claridad pongamos otro ejemplo, un fenómeno catastrófico en el que no intervino el hombre: el 31 de enero de 1979, se produjo la erupción volcánica a las faldas de Cerro Azul 80 a 90 kms. distante del puerto, por tanto, sin peligro para la gente o poblaciones humanas de la isla. El volcán arrojó, cerca de un mes, tal cantidad de lava, ceniza y ripio que cubrió inmensas zonas del Parque Nacional, sepultando flora y fauna nativas, inclusive galápagos; sin embargo, a pesar de que se divulgó la noticia a todo el mundo, nadie tuvo la menor idea de impedir esta destrucción, pues se trataba de un fenómeno natural no problemático.

En diciembre del mismo año de 1979, entró en actividad un nuevo volcán al norte de Sierra Negra en el sector denominado “Volcán Chico”, a 40 kms. del puerto y 20 de la zona cultivable. Aunque no la lava, pero sí la ceniza, en notable cantidad cubrió todos los cultivos de consumo agrario y pastos, por lo cual la gente empezó a sufrir escasez y los animales se enfermaban y morían, costituyéndose en una catástrofe problemática, susceptible por tanto de la ayuda de la Defensa Civil o demás instituciones, no para impedir el avance de la lava o caída de la ceniza, sino para ayudar a resolver la precaria situación de los agricultores, desde luego nada se hizo.

Queda pues muy clara la diferencia y por lo mismo bien definidas las responsabilidades. Esto no quiere decir que, de producirse una catástrofe no problemática controlable nos crucemos de brazos, no. Debemos actuar, pero encuadrándonos dentro de las responsabilidades ya definidas.

CONCLUSIONES:
• El incendio forestal acaecido en la Isla Isabela en 1985 ha sido uno de los más largos que ha sufrido la vegetación en los últimos tiempos.
• La ayuda, bajo diferentes aspectos, de instituciones locales, nacionales e internacionales, ha puesto de manifiesto la consideración que de nuestras islas se tiene, como el verdadero “Patrimonio Natural de la Humanidad”.

Relatos de 44 años en Galápagos
La operación ejercida por el Ejército, Marina y Aviación ecuatorianos, acentuó los derechos nacionales que unen la Región Insular con el Ecuador continental.

Se han vivido experiencias muy valiosas, que indudablemente servirán en el futuro, pues, se ha constatado una vez más, que los suelos de Galápagos deben tener un trato distinto hasta en la forma de extinguir el fuego.

RECOMENDACIONES:

- Siendo provocado el fuego por mano humana, con buena o mala intención, me refiero a las fincas en el primer caso y al Parque Nacional en el segundo, la gente de Isabela, necesita una fuerte dosis de concienciación conservacionista.
- Al repetirse algo parecido en el futuro, se deben cerrar las puertas a periodistas sensacionalistas, que casi siempre, sin profundizar los hechos lanzan al mundo datos irreales o imaginarios, lo que acarrea muchos perjuicios, como se ha visto en el último incendio.
- Si ya el fuego es un enemigo formidable de la vegetación, cuidemos en lo posible, de no acallarlo con otro mayor como es el hierro, me refiero al uso de tractores.
- Al producirse un nuevo siniestro, debemos ante todo distinguir si se trata de catástrofe problemática o no problemática, para delinear responsabilidades.
Los mangles en Isabela
y su destrucción

Hasta 1974, el IERAC (Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización) hizo la entrega de las tierras o áreas correspondientes a los Municipios en Galápagos para fines urbanísticos, tanto para los asentamientos humanos en los puertos como en la zona agrícola o rural. En lo que a la Isla Isabela corresponde, tenemos como zona urbana Puerto Villamil, y rural la Parroquia Tomás de Berlanga con sus recintos “Los Tintos”, “Barrio Loja” y “Las Merceditas”.

Puerto Villamil está sentado sobre una anchurosa playa con pozas aledañas rodeadas de exhuberantes manglares que son hábitat de algunas especies particularmente aves terrestres y acuáticas, entre ellas los pintorescos y elegantes flamencos.

El IERAC entregó simplemente la superficie sin especificar pozas o manglares, quedando a juicio de los concejales de turno el correcto uso del espacio en la elaboración del plano urbanístico de las ciudades o poblaciones. Pero siguiendo la maldita tradición de Galápagos, se contrataron en períodos diversos, consultoras con base en el continente, para el trazo del casco de la ciudad de Villamil, gente experta en planos urbanísticos de ciudades continentales, mas no conocedores de áreas tan disímiles como son las que ofrece la topografía de Puerto Villamil.

Y es así como se delinearon planos (no uno sino varios), no sobre el terreno, o muy superficialmente, sino sobre una simple mesa de dibujante; líneas rectas de hito en hito, dibujando lotes de 20 x 30 m. de acuerdo a las Ordenanzas Municipales; encuadrando manzanas, limitándolas con calles, avenidas o trayectos peatonales, etc. etc., un plano muy bonito; pero en el papel. La realidad es otra; muchos lotes quedan en todo o en parte dentro de manglares, o pozas, o en antiguos lechos de mar, hoy convertidos en esteros y lo que es peor, algunos en cuencas por donde en marea alta se forman correntadas de agua. Para poder levantar en estos lugares una vivienda se necesitan dos cosas: destruir los manglares y hacer grandes rellenos, siendo ambas perjudiciales y costosas.
REPARTO DE LOTES: Hecho el levantamiento planimétrico y
dada la presión de la gente por poseer lotes, unos con necesidad, otros
sin ella, presentando solicitudes recientes o renovando las ya presenta-
das, el Municipio, sin consultar más, entregó los lotes por sorteo, indi-
cando al nuevo dueño su propiedad en plano o en papel, toda vez que
en el terreno no hay trazos de calles ni cosa parecida, ni señales que in-
diquen claramente lo urbanizado, tan solamente hay mojones, unos
pocos, muchos de ellos ya fuera de su verdadero sitio. Este reparto se lo
hizo en julio de 1990.

Con esta anodina entrega de lotes, algunos de los propietarios se
dieron a la fatigosa tarea de buscar sus lotes y, una vez fijados los linde-
os, hacer acto de presencia cortando los manglares o árboles, no im-
porta qué especie o cuán grandes o antiguos eran sus troncos. De esta
forma en Isabela se comenzó a destruir los manglares que se encuen-
tran dentro del perímetro urbano.

VOCES QUE CLAMAN EN EL DESIERTO: No bien se hizo es-
te reparto de terrenos, estuvo de visita por casualidad el Intendente del
Servicio Parque Nacional Galápagos. Dialogué con él sobre este delica-
do asunto. Nos trasladamos al lugar de los hechos para constatar y ver
la manera de evitar esta destrucción. La respuesta del Señor Intenden-
te, muy legal por cierto, pero fría fue: "estas son áreas que están bajo la
jurisdicción del Municipio; deberían ser áreas verdes".

Al mes siguiente, esto es en agosto, estuvieron también de visita
en la isla los señores Director de la Estación Científica Charles Darwin
y Presidente del Grupo Ecuatoriano de la Fundación Charles Darwin,
a quienes tuve oportunidad de explicarles el problema. Su interés fue
tal, que luego de cruzar ideas con el Presidente del Municipio, junta-
mente con él fuimos a ver personalmente las mencionadas lotizaciones,
etonces supimos que ni el señor Presidente del Municipio conocía el
lugar hace poco dado y entregado por él y al constatar la inoportuni-
dad de la entrega ofreció dar los pasos conducentes a la anulación de la
entrega. Por su parte, los dirigentes de las entidades conservacionistas
antes enunciadas, ofrecieron anteponer sus buenos oficios ante las au-
toridades del SPNG para luego del respectivo estudio, ver la posibilidad
de un trueque, a fin de evitar la destrucción de los manglares.
El 7 de septiembre de 1990, es decir al mes siguiente, el Director de la ECCD, envía al Ilustre Municipio, la siguiente comunicación:

“Según lo acordado por usted en agosto, conversé con el Jefe del Servicio Parque Nacional Galápagos sobre el uso de manglares del Municipio para viviendas y otras construcciones. El y yo creemos que estas áreas son sumamente frágiles y no adecuadas para viviendas por falta de drenaje apropiado y factores de contaminación debido a las aguas servidas sin mencionar las dificultades de construcción en áreas inundadas. Si el Municipio de Isabela posee otros terrenos, no tan frágiles como los manglares, sería mucho mejor aprovechar aquellos. Si usted desea hacer algún intercambio de terreno con el Servicio Parque Nacional Galápagos por los manglares deberá comunicarse directamente con el Jefe, Lcdo. Fausto Cepeda, y demostrar que el Municipio no posee ninguna otra posibilidad. Y si éste es el caso, yo apoyaré su solicitud. Espero que podamos encontrar una alternativa a la destrucción de los manglares, que es un recurso limitado en las Galápagos del que dependen muchas especies. Por su alto valor turístico creo que el Municipio debe protegerlo para el bien de la comunidad en el futuro. f.)Daniel Evans, Director.”

Por su parte, el Secretario General de la Fundación Charles Darwin, al mes siguiente, esto es en Octubre, dirigió la siguiente comunicación al mismo señor Presidente del Municipio de la Isla Isabela.

“Por diferentes medios, he tenido conocimiento que el mes de julio del presente año, se procedió a lotizar una importante zona de manglares en el área poblada de Puerto Villamil, debo manifestar a usted mi preocupación por ese hecho, ya que a más de afectar a un importante y limitado ambiente natural que tiene la ventaja de poseer 4 especies de manglere: rojo (Rhizophoru mangle), negro (Avicennia germinans), blanco (Laguncularia racemosa), y mangle botón (Conocarpus erecta), es también fuente potencial de atractivo educativo y turístico, y por tanto de ingresos para la comunidad.

Considero que las áreas de mangle pueden y deben ser apropiadamente desarrolladas y utilizadas mediante una serie de senderos interpretativos, que permitirán a la comunidad local y al visitante conocer de la particular ecología de este sector. La Fundación se compromete a apoyar con esta iniciativa a la Municipalidad de Isabela. Un proyecto de esta magnitud garantizará la vigencia de las áreas verdes en la zona urbana.

Debo manifestar que actualmente Isabela tiene una especial oportunidad para planificar un desarrollo urbano verdadera-
mente integrado al medio ambiente. No veo saludable en corto, mediano y largo plazo para Puerto Villamil, que adopte modelos de desarrollo urbano que en otros lugares están colapsando y que en la actualidad se está planificando para recuperar las áreas verdes. El compromiso de las autoridades es velar que los intereses de salud y bienestar colectivos estén garantizados por un medio ambiente limpio y saludable. Las especiales características de Isabela, permiten que este modelo se lo pueda implementar de inmediato.

La Fundación recomienda realizar todo esfuerzo necesario para precautelar esa especial zona de mangle, así como para recuperar las lagunas que se encuentran dentro del área poblada. Estoy seguro que estas acertadas decisiones en beneficio de la ecología de las islas y de la comunidad humana, el Ilustre Municipio de Isabela las sabrá tomar.

f).- Alfredo Carrasco, Secretario General.

En el Seminario Taller Internacional “Sobre los Asentamientos Humanos en Galápagos” realizado en San Cristóbal del 5 al 9 de octubre de 1990, también intervine y luego de explicar el problema, aprovechando la presencia de las autoridades provinciales y locales y altos funcionarios del gobierno y representantes de varias instituciones de desarrollo y conservación, pedí se tomen las medidas del caso a fin de que se conserven los manglares en Puerto Villamil.

Fue escuchada la denuncia y tomada en cuenta como sugerencia constante en el documento final; pero como un reto a tanta preocupación, una familia, no bien alcanzó la ubicación de su lote, por el afán de posesión, con motosierra, hachas y machetes empezó a cortar árboles y quemarlos. En menos de un mes, quedó al descubierto un lote de 30 x 20 m., inhóspito y feo, sobre el que nada o muy poco se puede hacer, ya que se mantiene con agua todo el tiempo y en los aguajes se forma una correntada que fluye hacia una grieta natural. Y ahí vemos los troncos mutilados por sus peores enemigos: el hierro, el fuego y la pluma del diseñador que ignora de delicadezas ecológicas galapagueñas y sólo sabe de jugosos contratos para ganarlos en el menor tiempo posible; troncos de árboles que por su grosor indican su secular existencia y que hace poco, en conjunción armoniosa de verder con sus vecinos árboles, formaban un ambiente especial de paz.

Hacia un lado del lote cercenado, se puede ver un árbol alto, que sin la compañía de los demás, es fuertemente azotado por el viento y en
su constante agitación, crujen sus ramas día y noche como un quejido de dolor, soledad y protesta...¿Contra quién?...nadie sabe.

El 30 de marzo de 1992, en las postrimerías del peor período político que ha tenido Isabela y que ha estado en el Municipio, gracias a un convenio firmado por el Gerente del INGALA, el 16 de marzo de 1992, en un arranque de amor político, pero que fue criticado por un representante del pueblo, el delegado del INGALA, comenzó con una volqueta a acumular material y con mingas a cortar los manglares para hacer los trazos de caminos y vías. Es decir, comenzó la destrucción masiva de los manglares.
La Isla Isabela, ubicada al oeste del archipiélago, está aún en formación. Las erupciones volcánicas se suceden con relativa frecuencia. Los volcanes más activos son: Fernandina, Wolf, Sierra Negra y Cerro Azul. Este último hizo erupción en 1979, como queda dicho. El derrame de lava y la formación de los conos volcánicos se sitúan en los flancos Este del cerro a unos 150 m. de elevación aproximadamente.

La Estación Científica Charles Darwin procedió a nombrar su comisión de observadores compuesta por el Geólogo Patricio Ramón, Subdirector de la ECCD; el Sr. Arnaldo Tupiza y el suscrito, representantes de la misma institución en Isabela y en San Cristóbal respectivamente. El 9 de febrero estuvimos en Puerto Villamil y de inmediato nos dirigimos a la parte alta, alojándonos en la casa “Corazón Verde” de la Estación.

Al día siguiente 10, se unieron al grupo el Sr. André de Roy y su hija Tui, fotógrafa, con quienes empezamos al ascenso de Sierra Negra. Ya en la noche de este día pudimos gozar de este fenómeno: grandes lenguas de fuego salidas desde el fondo de la tierra, rompián las sombras de la noche y envolvían el firmamento de un manto rojo nimbado de cúmulos de humo muy denso que reflejaban el furor del volcán y lo expandían muchos kilómetros a la redonda. Se producían bramidos subterráneos, estampidos y detonaciones acompañados de frecuentes y espeluznantes temblores de tierra; se cruzaban unos con otros, relámpagos disparados en distintas direcciones y truenos, como efectos del choque de los gases con el aire.

El día 11 muy por la mañana emprendimos la marcha hacia el volcán. No existen vías, de manera que nos vimos obligados a caminar sobre la lava, en muchos puntos difícil y peligrosa. Acampamos aproximadamente a 5 kms del centro de la actividad volcánica. Desde aquí el espectáculo fue mejor; pero nos encontrábamos debajo del gran hongo formado de humo, gases y escoria. Sobre nuestras cabezas caían ceniza, polvo y pedacitos de ripio calientes. Por fortuna se desató un torrencial aguacero que duró una hora. Esto sirvió para limpiar la atmósfera de las impurezas volcánicas, aunque por poco tiempo.
UN TORO SALVAJE: Pasada la lluvia, salimos de nuestros refugios para seguir gustando del fenómeno; pero detrás de nosotros, a unos treinta metros, se encontraba un viejo y gran toro enhiesto y desafiante. Para estar tranquilos, optamos por asustarlo, mas el terrible animal se lanzó furioso para embestirnos. En tan apremiante situación, todos buscamos ocultarnos o en cuevas o detrás de rocas; Tui se subió rápidamente a un alto árbol de palo santo. El fiero animal descargó su furia atacando las carpas. Rompió dos de ellas. Al ver a Tui en el árbol, comenzó a dar cabezasos en el tronco con el consiguiente espanto de la ocupante que con voces lastimeras pedía auxilio. Poco después el toro huyó al monte dejándonos tranquilos. Mientras tanto el volcán seguía vomitando piedras, lava, humo y gases.

El día 12 reiniciamos nuestra caminata directamente al volcán. Ya cerca, pudimos observar un cerro con vegetación que no había sido afectado por la lava, frente al activo. A él nos dirigimos, pasando con dificultad la cortina de humo y soportando la caída constante de escoria. Acampamos a 700 metros del punto de fuego.

¡Qué espectáculo!, era 12 de febrero, fiesta clásica de Galápagos. Sobre el mencionado cerro de 100 m. de altura, al que le pusimos el nombre de “Mirador”, estábamos nosotros (cinco personas) silenciosos, absortos, siguiendo los fantásticos desfogues del volcán segundo a segundo: cuatro cráteres lanzando fuego; un río de lava encendida recorriendo extensas zonas, quemando y cubriendo todo cuanto a su paso encontraba; un sinnúmero de puntos rojos aún no extinguidos en una vasta extensión de quemado. Todo esto con un fondo ensordecedor de bramidos, explosiones y temblores. Este era el cuadro maravilloso y al mismo tiempo aterrador de esta erupción.

El cráter, de unos 100 m. de diámetro, contenía el material derretido o magma, como un lago efervescente y perturbado cuyo oleaje se derramaba por los bordes más bajos formándose un río de fuego que corría rápido al principio, luego más lento, hasta quedar petrificado. De los costados del cráter, con estampidos furiosos, brotaban incontables lenguas de fuego arrojando toneladas de roca encendida hasta una altura (calculábamos) de 200 m.; de éstas, unas subían verticales para caer sobre el mismo cráter; otras, dirigidas a los costados, se...
COLAPSOS: Entre los impresionantes sucesos de la formación del volcán, se producían los colapsos frecuentes o derrumbamientos de grandes capas de material de las paredes internas del vento. Estas, formadas de rocas y lava adheridas, debido a las explosiones, temblores y peso del material que incesantemente golpeaba, venían a resquebrársese hasta que, en un momento dado, se desprendían con el consiguiente espectacular estruendo.

ERUPCIÓN TRANQUILA: Esta era una forma de erupción en la que no se produce el lanzamiento explosivo e intermitente de material ígneo al espacio con bramidos y temblores, sino que, en cualquier punto, se abría una boca por donde se derramaba el material derretido sin interrumpidamente formando ríos de lava que corrían a unirse con el principal, como afluentes.

CONCLUSIONES:
1. La Isla Isabela con sus seis volcanes (incluida Fernandina), es la más activa de todo el archipiélago.
2. Esta erupción, así como todas las que hasta el momento se han producido es un argumento más que confirma o robustece la teoría que dice: “Galápagos es de origen volcánico”.
3. A la luz de este fuego volcánico, se ve muy clara la importancia natural de nuestras islas y muy justas las leyes que las consagran como Parque Nacional.

Personalmente, fue la noche más hermosa e impresionante de mi vida, imposible de encerrar en líneas, el cúmulo de emociones y al mismo tiempo el estado de nerviosismo ante un fenómeno de tal magnitud.
Capítulo IV
La colonia penal en la Isla Isabela

La Isla Isabela fue escogida por el Gobierno ecuatoriano (Dr. Velasco Ibarra, Presidente Constitucional), para sede de una Colonia Penal en el año de 1946; así permaneció hasta el 15 de marzo de 1959.

Llegaron a Puerto Villamil a bordo del histórico cañonero Calderón en número de trescientos penados bajo la vigilancia de treinta policías. Ocuparon el campamento de los soldados norteamericanos ubicado 97 kms. al oeste de Puerto Villamil. Una vez allí, el Gobierno se olvidó de ellos y quedaron bajo la picota de la muerte.

Los colonos de la isla: los habitantes de la Isla Isabela, repartidos en dos centros poblados, Puerto Villamil, en la playa y Santo Tomás, en la parte alta, en los que se dedicaban sin inquietudes a la pesca o trabajos agrícolas, al verse invadidos de repente por tan terrible visitante, el miedo hizo presa de sus hogares; muchos de ellos, los que tenían posibilidades, se trasladaron a la Isla San Cristóbal y los demás, en su mayor parte, dejaron la soledad del campo y buscaron abrigo o defensa en la playa, junto a las otras familias.

El Muro de las Lágrimas: algún trabajo debían hacer los presos, algo que justifique su estadía, amortigüe sus instintos y pasiones y apague cualquier intento de sublevación. La agricultura, no era posible, el campamento estaba rodeado de lava muchos kilómetros a la redonda; la pesca, era ponerles en ocasión de fuga; la realización de las labores manuales, no era posible ya que no tenían materia prima ni herramientas. Ante esta amarga realidad, el Jefe pensó en un cerramiento para mejor control del penado, un cerramiento de piedra sin argamasa, un “MURO DE PIEDRA”.

Comenzó la obra, pero fue tal el rigor y trato que se dio al penado, que hacía palidecer y trastabillar a los más fuertes, quedando como axioma, “donde los valientes lloraban y los cobardes morían”. Hasta hace unos pocos años se veían diseminadas rústicas cruces que indicaban la sepultura de los infelices penados que murieron en este trabajo. Hubiera continuado la obra de no suceder un derrumbe casual del muro en construcción, que puso en serio peligro al jefe, quien suspendió momentáneamente el proyecto. Como por coicidencia llegó también una
comunicación en la que se anunciaba el cambio de personal comenzando por el jefe. Con esto se terminó definitivamente el trabajo, pero quedó el muro al que la posteridad le puso el expresivo nombre de "Muro de las lágrimas". Aún se lo puede ver con sólo el derrumbe histórico. Se encuentra a dos horas de camino desde el puerto y está ubicado a las faldas norte del Cerro "La Orchilla". Tiene un aspecto brutal con las siguientes dimensiones: largo, 70 m.; ancho en la base, 7 m. y tiene la forma de talud. De la población al muro hay un camino, resto del carretero de los americanos.

Organización: el Cuerpo Policial estaba compuesto de la siguiente jerarquía; un Mayor, con el cargo de Prefecto; un Capitán, como Subprefecto; un Teniente, un Subteniente, Suboficiales, Sargentos, Cabos y Policías.

Todo el tiempo que permaneció la Colonia Penal en la isla, la administración estaba sujeta a cambios frecuentes, lo que impidió que se la pueda organizar eficazmente. Pasado el primer período, tocó en suerte la presencia de un hombre, al parecer más humano y de mejor visión, como Jefe de la Colonia Penal, que al ver la improductividad de seguir vegetando en el antes mencionado campamento, decidió reorganizar la Colonia en condiciones que les permita a policías y penados subsistir de la explotación de los recursos de tan rica isla.

Hizo desarmar los canchones de madera y todo el material trasladable lo transportó a hombros de los penados a los siguientes lugares: Puerto Villamil, Primer Campamento, que en adelante será sede del Prefecto y Subprefecto con una dotación de policías, los suficientes para controlar otro grupo de penados para su servicio, aquellos que pronto saldrían libres o que hayan observado mejor conducta. Los servicios eran: cocineros, saloneros, mozos de casa, niñeros, aguateros, lecheros, proveedores de víveres de chacra y cazadores.

La presencia de los penados en la población de Villamil rompió toda barrera entre policías, penados y colonos, dando lugar a la más horrible promiscuidad de fatales consecuencias morales y físicas.

Segundo Campamento: a 20 kms. del puerto y a una altura de 300 msnm, sentaron el segundo campamento, en la antigua instalación de la hacienda Santo Tomás junto al tanque de recolección de agua lluvia construido por el Señor Antonio Gil, primer colonizador de la isla.
Allí residían un Teniente como Jefe del Destacamento y un número mayor a 100 presos al cuidado de una decena de policías. Estos presos eran ocupados en labores agrícolas, amén de tener como en la playa, hombres para los servicios domésticos.

Tercer Campamento: a 45 kms. del puerto, en la antigua lechería del señor Antonio Gil, se levantó el tercer campamento, esto es en “Alemania”, donde se alojarían los presos más peligrosos entre criminales y ladrones, de cuyo control estaría a cargo el Subteniente con una dotación de policías. La ocupación de los presos era agricultura y cacería.

Cuarto Campamento: por fin un cuarto campamento se hizo a 10 kms. al oeste del puerto, en una pequeña explanada muy aireada y pintoresca, llamada “El Porvenir”, donde se aislaría a los presos de enfermedades infectocontagiosas (sífilis y tuberculosis), bajo el cuidado de dos policías.

De esta manera los presos ocuparon todas las áreas dentro de las cuales se desarrollaban las actividades de los pobladores, habitantes tranquilos de la isla, con lo cual quedaron expuestos al contagio moral y físico, al robo y muchas veces a la injusta opresión de los policías.

De esta manera los presos ocuparon todas las áreas dentro de las cuales se desarrollaban las actividades de los pobladores, habitantes tranquilos de la isla, con lo cual quedaron expuestos al contagio moral y físico, al robo y muchas veces a la injusta opresión de los policías.

La Colonia Penal y las Especies: dejemos a un lado, por el momento, la destrucción moral ocasionada en el elemento humano que poblaba este pedazo de isla, la ruptura de su tranquilidad, el entorpecimiento de sus labores agrícolas, ganaderas y de pesca y pensemos en los daños inferidos a las especies naturales.

En primer lugar, la presencia de la colonia penal en la isla constituyó el terror para toda persona que deseaba ingresar a Galápagos, pues no osaban llegarse a ninguna isla por el temor a ser abordados por los presos, como sucedió con la “Valinda”.

• Los galápagos: desde que se establecieron hasta cuando dejaron la isla, se dedicaron a la captura despiadada de estos inofensivos animales, ya por la exquisitez de su carne, como por la comercialización del aceite, esto último bajo control policial. Casi acabaron las poblaciones de galápago de los lugares próximos a los campamentos Alemania y Santo Tomás. Una vez terminados o muy escasos, destacaban grupos de presos hacia Cerro Azul, a dos o más días de camino. Tan verídico es esto, pues se han encontrado restos de ca-
rapachos destrozados o instrumentos como espumaderas de colar aceite, a distancias increíbles, dentro de la montaña.

• Lobos marinos y peleteros: Qué decir de estos graciosos mamíferos, particularmente los lobos peleteros o lobos de dos pelos. Los policías, armados de fusiles y carabinas, hacían esta despiadada cacería, señalando grupos de presos, unos para el desuello y otros para la debida preparación de las pieles, las que sigilosamente eran exportadas a los mercados del continente. Cuesta pensar o decir, que después de tan dura persecución a las especies mencionadas, el sur de la Isla Isabela sea aún considerado como importante para el estudio y la conservación.

La Estación Científica Charles Darwin y el Servicio Parque Nacional Galápagos tienen enfocado el problema desde 1966 y se está salvando la amenazada existencia de éstos y otros animales.
El muro de las lágrimas

Se oye golpe de piedra sobre piedra, 
se dijera que es con fina sincronía.....
que del hombro de un humano va cayendo
noche y día, día a día
escapándose una lágrima del alma,
mientras su alma va sufriendo, va muriendo.

Pasa uno y tras de éste, otro más y más 
son columnas de basalto que caminan
sin saber de dónde vienen,
i no saber a dónde van
devorando la distancia,
y perdiendo la esperanza,
sin compás.

En la isla es el destino que restalla,
la fusta la que hostiga
con la sed, el cansancio y el dolor,
por encima es el sol el que castiga,
cual si fuera una cizalla
no hay sosiego, compasión o algo de amor.
Una roca sobre otra va formando
aquel muro que por años lo será
un esemla, una afrenta,
o los brazos de un coloso
que a los siglos vencerá.

“Muro de las Lágrimas”,
muro de diamantes negros
con aristas que cercenan el alma,
monumento donde todo es calma
desde que el sudor se convirtió en rocas,
y la risa se detuvo en seco.

No es un muro, son murallas,
que parecen dinosaurios enlazados
y aferados a la isla, con sus garfios
como dos testigos mudos,
que nos cuentan de una historia ya pasada,
de maleros en condena,
que estaban pagando su pena,
por hacer mala jugada...
pero al fin todos hermanos.

La capilla de la Isla Isabela

En los Estados Unidos de Norteamérica, no podría precisar el nombre de la parroquia, existe una capilla dedicada al Buen Ladrón, San Dimas. La razón de ello es muy sencilla, pues fue construida por un grupo de reclusos.

La capilla que tenemos en la Isla Isabela de piedra labrada, de columnas salomónicas, estilo barroco, también debería tener como Patrón a San Dimas, el Buen Ladrón por la misma causa, porque fue construida por un grupo de reclusos de la Colonia Penal en su mayor parte; pero está consagrada al Sagrado Corazón de Jesús por la siguiente razón: al aprobar el Congreso Nacional (1956-1960) un millón de sucre para levantar el monumento del Sagrado Corazón en Guayaquil, tomaron de allí el 10% para la construcción de la mencionada iglesia de Isabela, gracias a las gestiones de los señores Agustín Febres Cordero y Manuel Pareja C., Diputado y Senador respectivamente y a la comprensión generosa del Señor Alfonso Tous, Presidente del Comité Pro-Monumento, quien al aprobar esta donación pidió, como condición, que la Capilla sea dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. Esto sucedió en 1957 y la consagración se la hizo hacia los años 1965-1966.

La construcción de la mencionada Capilla se comenzó en 1952 a base de mingas organizadas por el suscrito, siendo párroco de la isla. Tuve el primer significativo apoyo del Señor Jorge Vivas, que en su campaña electoral para Diputado, obsequió 10 fundas de cemento y un motor fuera de borda de 5 HP para mover una pequeña panga de propiedad de la Misión Franciscana. El mencionado señor alcanzó la Diputación en el Período 1952-1956.

Formé un Cómite Pro-Templo, cuyos integrantes tenían como actividad recolectar fondos que lo hacían de la siguiente manera:

- Acudir a la llegada de los botes de pesca al muelle donde, ya de acuerdo con los dueños de las embarcaciones, entregaban uno o dos pescados de acuerdo a su generosidad.
- A la llegada de los barcos a la isla, elegant señoritas recababan la ayuda pecuniaria usando los consabidos sencillos prenderores.
En un kiosco de madera exagonal ubicado en una esquina del terreno de la Misión, se vendía golosinas y comidas preparadas por las amas de casa del Comité y también pan y pastas de muy diversa calidad confeccionados por un penado muy hábil y especializado en pastelería.

Esto, más el apoyo del Gobierno antedicho y el trabajo de los penados bajo la dirección de Juan José Pilamunga, hábil labrador de piedra, quien después de cumplir su condena se quedó como habitante de la isla, se pudo sentar los cimientos y levantar las paredes y columnas de piedra labrada hasta dejar parte de la terraza. El diseño fue hecho por el párroco siendo aprobado por el Director de Obras Públicas, Ing. Coronel.

En 1966, al entrar Mons. Hugolino Cerasuolo, aprovechando la construcción existente y con dineros obtenidos en el continente, levantó sobre ellos una nueva construcción que sirvió por cuatro años de convento de las religiosas Lauritas, quienes se dedicaron a la enseñanza teniendo a cargo la Escuela “Cornelio Izquierdo”, declarada Fisco-Misional en 1957. A partir de 1974, en esta construcción, además de la Capilla, funciona el Colegio Fisco-Misional "Fray Agustín de Azkúnaga" (Ciclos Básico y Diversificado) hasta 1998.

Por ciertas resquebrajaduras en las paredes y dos columnas, algunos ingenieros y arquitectos que las han examinado, unánimemente han dicho que la construcción se derrumbará muy pronto. Este pronóstico data desde antes de 1970. Estamos en 1998 y la construcción sigue en pie y los profesores y alumnos siguen concurriendo a sus aulas muy tranquilos y despreocupados.

En 1982, justamente por el peligro dicho por los técnicos, el INGALA (Instituto Nacional Galápagos), el Ilustre Municipio del Cantón y la Dirección Provincial de Educación, en un esfuerzo mancomunado, se propusieron levantar un nuevo colegio piloto técnico de gran envergadura. Se han gastado más de 120'000.000 de sucre y al cabo de 10 años, los alumnos y profesores concurrieron muy tranquilos y frescos al colegio de paredes resquebrajadas hasta 1998.

En 1991, desde el mes de febrero, Mons. Manuel Valarezo, Prefecto Apostólico de Galápagos, por las mismas razones de los daños en las paredes, inició la construcción de una nueva Capilla estilo moder-
no ubicándola muy junto y paralela a la antigua, con lo cual se tapan las arquerías y muros de piedra labrada, lo mismo que sus columnas, cubriendo con esto un edificio histórico, de gran iniciativa y mucho sacrificio, si se considera la época en que fue construida.

En fin, terminaré parafraseando con Mons. Leonidas Proaño: “Somos una piedra de una construcción que no verá el final, pero nos sentimos entusiasmados cuando comprendemos que en esta piedra se apoyarán otros y así unidos unos con otros llegaremos un día al final.”
Los fantasmas nocturnos

La oscuridad de la noche es para todos un fenómeno natural producido por la ausencia de la luz solar. Esto no obstante, existen seres vivos que aprovechan de la oscuridad de la noche para realizar, con menos competencia, sus actividades especialmente alimenticias, entre ellos, gran número de aves tanto terrestres como marinas y también algunos seres humanos, particularmente ladrones, pasquineros, etc.

Dejando a un lado estas apreciaciones, explicables por cierto, la noche trae envuelto en su manto negro, algo de misterio que sobrege, preocupa y entristece, llevándonos, como de la mano, a pensar en la muerte, en la otra vida; de aquí que muchas gentes tengan temor y espanto a la oscuridad, porque les viene a la mente un sinnúmero de sucesos imaginarios, de espíritus, de resucitados, de aparecidos o de ánimas en pena, pues, se dice que penan aquellos cristianos cuyos cadáveres permanecen insepultos o en cementerios no consagrados o benditos. De esto último sí se han dado casos, como el del Zeta-Zeta, narrado en la página 136.

En la Isla Isabela, por haber sido Colonia Penal, muchos de los presos morían en el monte, porque huían del campamento y no podían sobrevivir, o porque intencionalmente eran sacrificados, quedando sus cuerpos insepultos a merced de los animales. Esto dio pie a que los habitantes de la isla sintieran respeto y temor al pasar por la noche por ciertos lugares en donde se sabe murieron tales o cuales penados. Por ejemplo El Manzanillo, Los Muertos cerca de las Merceditas, La Bocañilla, Los Pozos de Buenaño, El Campamento de Alemania, Guamán, El Muro de las Lágrimas y otros más.

Voy a relatar un hecho acaecido en el campamento de Alemania: el señor Antonio Constante y yo, mientras estuvimos con la Estación Científica Charles Darwin, nos encontrábamos realizando trabajos de campo en las faldas de Cerro Azul. Después de ocho días de observación retornamos a nuestros hogares, sorprendiéndonos la noche en el campamento de Alemania. Cada uno, después de asegurar las cabalgaduras, armamos las carpas y, cansados como estábamos, nos acostamos a dormir.
A las doce de la noche, movidos por algo inexplicable, nos despertamos sobresaltados y pudimos escuchar un sonido espeluznante e indescriptible, que desprendiéndose de las laderas del volcán, descendía furioso agobiando las copas de los árboles y se perdió como un quejido en la inmensa planicie entre Sierra Negra y Cerro Azul. Aumentó nuestra preocupación, la presencia inesperada de una potra que llegó precipitadamente frente a nuestras carpas toda ella temblando, la cabeza hacia el suelo y resoplando. Sumóse a esto, el aullido funesto de muchas manadas de perros salvajes en toda el área que hizo más lugubre el ambiente.

Posteriormente tuve conocimiento, que esta hora es fatídica en este lugar y pocos se atreven a pernoctar si no es acompañados. En este campamento que fue ocupado por la colonia penal, aún se puede ver un viejo árbol de bototo, de cuyas ramas colgaban a los delincuentes para azotarlos.
¡Que el curita te celebre una misa!

De 1946 a 1959, la Isla Isabela fue teatro de muchas crueldades aplicadas a los presos de la Colonia Penal, a quienes la Ley justa o injustamente condenaba sentenciándolos a cumplir la pena en una isla que, por esta causa recibió el horripilante nombre de diabólica. Era tal la fama del trato cruel, que quienes eran sancionados para que vayan a la isla, mostraban las pupilas de sus ojos desorbitados, pues no veían en ella sino el signo de la muerte, a tal punto que, al pisar tierra, los más avezados ladrones y criminales, se convertían en mansos corderos dispuestos a todo.

Voy pues a narrar un episodio en el que me tocó actuar. Como párroco de la isla, una de mis funciones y en la que puse mucho cariño y cuidado pastoral fue atender moral y hasta físicamente a este grupo de hombres caídos en desgracia, solamente Dios sabe por qué.

Semanalmente visitaba el Campamento de Santo Tomás donde vivía un centenar de reclusos. Allí realizaba las funciones religiosas y luego me mezclaba entre ellos para conversar como un buen amigo; compartía de vez en cuando regalos, como prendas de vestir que enviaban a la Misión, particularmente cigarrillos que tanto les apetecía y de los que no podían disponer. Igual procedimiento observaba con los presos confinados en el campamento llamado “Alemania”, a cuarenta kilómetros de Puerto Villamil al que solía ir cada mes para acompañarles durante ocho días ó más.

La presencia del sacerdote, según parecía, aliviaba mucho la situación de los convictos; había cambio en el trato, en algunos casos se suspendían las sanciones, mejoraba la comida, se llevaban a cabo horas sociales por las noches, etc. En una de estas visitas sucedió lo siguiente: en el campamento de “Alemania” vivía recluido por algunos años un penado llamado Arévalo, quien en legítima defensa, había dado muerte a un conviviente de su legítima señora, por lo cual los jueces le sentenciaron a 25 años de reclusión y no teniendo Arévalo el dinero para su defensa o por lo menos para su fianza, lo enviaron a Isabela. Ya en la isla, fue considerado peligroso, razón por la cual le mandaron a purgar en el campamento más lejano “Alemania”. Paradójicamente, desde el
principio el comportamiento de este hombre era bueno, tranquila su forma de ser, el trato a los demás muy correcto; pero particularmente se distinguía por su habilidad en el manejo del fusil, pues tenía la rara virtud de no apuntar con el ojo en la mira, sino con el arma bajo el brazo. Esto le valió ante los jefes, quienes le cobraron aprecio y confianza distinguiéndole con el título de cazador, a quien entregaban el fusil con dos balas y cuando terminaba su labor de cacería, casi siempre entregaba la sobrante.

Pues este hombre de tez morena, alto y robusto, acercándose me dijo: Padre, quiero hablar con usted. Desde hace unos 15 días he querido pedirle el siguiente favor: “que celebre la misa por un compañero que fue sacrificado en este campamento. Es el Zeta-Zeta (un famoso ladron que hizo época en Guayaquil) al que me obligaron a enterrarlo en el mismo lugar donde lo mataron”.

Mire Padre, continuó, yo no creo ni en Dios ni en el diablo, pero estoy aterrado porque todas las noches al acostarme, no bien apago el mechero, un bulto se sienta al borde de mi cama y empieza a sofocarme por algunas horas sin dejarme dormir. Puede imaginarse, me estaba preocupando mucho, hasta que una noche le dije; panita, no me j... moleste más, prometo que en cuanto pueda, le pido al curita que celebre una misa y que entierre sus restos en el cementerio. Esto fue suficiente, Padre, desde esa noche me dejó en paz. Ahora le ruego me ayude a cumplir mi promesa.

Así fue como, armados de un azadón y una pala, él y yo, nos internamos en el monte. Llegados a una grieta no muy profunda, empezamos a quitar maleza y excavar. Muy pronto aparecieron los restos descarnados del hombre, cuyo cuerpo despedazado había sido metido en zurrones de cuero y superficialmente enterrado en ese lugar. Le dimos cristiana sepultura después de celebrar la misa en sufragio de su alma. Con esto Arévalo quedó contento y posiblemente dando gracias a Dios en quien no creía.
Un burro castiga a un blasfemo

Entre los años cuarenta, sucedió en Quito un famoso robo a la Joyería Cisneros. Los periódicos y las radios lanzaron la noticia al mundo entero, pues el robo era millonario. No tardó mucho la pesquisa en descubrir a los culpables: el conocido Aguila Quiteña y Ospina Pérez, quiteño el primero y colombiano el segundo.

Capturado el Aguila Quiteña, Ospina Pérez quedó prófugo, peseando sobre él la boleta de captura. Dos policías lo descubrieron en Ambato y al perseguirlo, Ospina Pérez empezó a defenderse a bala, cayendo en la reyerta muerto un policía, ocasión aprovechada por el delincuente para ocultarse en una tienda vecina; pero en ella fue apresado, maniatado y puesto a órdenes de los jueces, quienes le sentenciaron por el robo y asesinato a 25 años de prisión que los debía cumplir en la Colonia Penal de Isabela-Galápagos, igual que su pana el Aguila Quiteña.

Ya en Isabela, como era costumbre, los policías les sometieron a ciertas pruebas; trotes interminables, transporte de carga pesada de cuatro a cinco horas de camino; vejámenes, insultos, golpes etc., con el propósito de ambientarles, conocer sus aptitudes físicas y morales y, sobre todo, convencerles que, como presos serán hombres muertos en cualquier intento de robo, crimen o lo que es peor, sublevación.

Ambos tenían su cultura, pues eran universitarios, por lo cual fueron considerados penados especiales. Al “Aguila Quiteña” debido a sus artes de magia y habilidad en los juegos de azar, lo mantuvieron en el campamento de la playa o puerto, realizando cualquier pequeño menester; en cambio a Ospina Pérez le entregaron un grupo de cazadores para dedicarlos a la captura y desuello de reses salvajes cuyas pieles eran negociadas mensualmente en el continente.

Ospina Pérez se dio a conocer mejor en este trabajo. No conergiaba con nadie, andaba solitario, pensativo y cabizbajo, poco o nada se mezclaba con los demás presos, quienes inclusive le temían, especialmente cuando, según ellos decían, le daba “la luna”; entonces parece que sus instintos criminales afloraban: se inmutaba su rostro, las pupilas de sus ojos unas veces lejanas y vagas, otras desorbitadas, inquietas sus manos; en fin, había cambio en todo su ser, que lo ponía a punto
de explotar. Solamente quedaba tranquilo desfogando su furia disparando el fusil a locas, o acribillando a puñaladas a indefensos animales como perros o burros.

En cierta ocasión, encontrábase en las pampas en busca de una res para cazarla. Había caminado toda la mañana sin resultado alguno. Como pocas veces las pampas estaban ese día vacías de animales cimarrones. Poco a poco se iba encendiendo en su espíritu la furia y sed de sangre. Por fin, muy a la distancia, vio un animal, pero al acercarse resultó ser un tranquilo burro que pacía en ese lugar. La indignación de Ospina Pérez fue tal, que en alta voz comenzó a insultarle. Usó las frases más duras y protervas que conocía. Lanzó horribles blasfemias ante el inocente animal, que al oír voces y gritos, no cambió de lugar como ordinariamente con estos animales salvajes que huyen tan sólo con la presencia del hombre, sino que, con las orejas paradas frente al blasfemo parecía escuchar y entender. Pero cuando Ospina, en el climax de su tonta indignación soltó un insulto contra Cristo, el bruto animal como asustado por alguien, se lanzó con una rapidez increíble que no dándole tiempo a Ospina, le derribó al suelo y postrándose con manos y patas sobre él, imposibilitó todo movimiento y comenzó a morderle el rostro, los brazos, las piernas, por donde le era posible, dejándolo tendido en el suelo como muerto.

Al día siguiente, sus compañeros, al verlo que se movía penosamente, arrastrándose, se acercaron, vendaron lo mejor que pudieron sus heridas principales y así lo trasladaron al puerto y de allí fue enviado al continente. Posteriormente se supo que sí se había curado, pero quedó manco, cojo y deforme.

A veces los seres irracionales se convierten en instrumentos de la justicia de Dios.
El Pelado Pita

Entre los presos que tenían los policías para el servicio doméstico en el campamento de Puerto Villamil había un hombrecillo de baja estatura, más bien flaco que gordo, trigueño de color, tranquilo en su forma de actuar e incluso de buenos modales; nunca se mezclaba en reyertas, ni se encontraba en borracheras y todos le llamaban simplemente “El Pelado Pita” (era calvo). Tenía una sentencia de 25 años por asesinato.

Pues bien, este preso, después de haber cumplido una parte de su condena en las cárceles de Guayaquil, fue puesto en la lista entre los que debían trasladarse en 1946 a inaugurar la Colonia Penal en la Isla Isabela. Así vino a Galápagos entre los trescientos convictos que ocuparon la base militar abandonada por los norteamericanos a 4 kms. al oeste de Puerto Villamil. Soportó varonilmente todo el peso de la construcción del famoso “Muro de las Lágrimas” en cuyo trabajo según se decía: “los cobardes morían y los valientes lloraban”.

Una vez que se reubicaron en los diversos campamentos, este hombrecito, por su buen comportamiento fue escogido para vivir en el campamento de Puerto Villamil para el servicio de los policías, en donde le dedicaron a elaborar pan. El era zapatero de profesión, pero también resultó un buen panadero.

Así pasó el tiempo y con las rebajas de su buen comportamiento cumplió los 25 años de condena, saliendo libre a su tierra “El Milagro”. Estaba viejo y encorvado por el estigma. Un año más tarde se supo por los periódicos, que este pobre ha sido declarado inocente, pues mató al conviviente de su legítima esposa en defensa propia. El Estado, para resarcir esta horrible injusticia, le entregó o donó todo el instrumental necesario para que pueda desenvolverse bien en su oficio de zapatero; pero ¿quién le devolvería su juventud y sobre todo quitaría de su frente el estigma de penado?

Así es la injusticia humana. ¡Cuántos por falta de dinero para defenderse sufrieron y sufren en las cárceles esta afrenta!
El silbido del diablo

Con esta frase explicaban los cazadores de ganado salvaje en la Isla Isabela a cierto agudo silbido que, según dicen, se oía de vez en cuando en las pampas de Buenaño en los flancos oeste del Volcán Sierra Negra.

El ganado cimarrón que se reproduce en este volcán (hoy queda muy poco), era considerado hasta 1960 de propiedad del señor Carlos Gil Quezada, heredero de la antigua hacienda “Santo Tomás” fundada por su padre Don Antonio Gil que, hacia los años 1954-1956, hizo la explotación de estas reses capturándolas a lazo y transportándolas en barcos a Guayaquil donde se vendían en pie al mejor postor.

La cacería de las reses era de valientes. Un representante a sueldo con residencia en la isla contrataba cazadores entre la gente de Isabela y también, en convenio con el jefe de la colonia penal, con algunos penados que próximos a cumplir su condena, requerían de algún dinero en sus bolsillos. Así recolectados, de 8 a 10 hombres, realizaban la cacería en las primeras horas de la mañana, esto es de tres de la madrugada a cuatro, o por las noches, cuando éstas eran de luna; la razón para ello, la siguiente: el ganado durante el día en general, permanecía oculto en la montaña, en las planicies del cerro. Desde las seis de la tarde comenzaba el ascenso hasta llegar a las pampas, a unos 800 a 1.000 msnm.

Subían en diversas manadas o grupos de 20 a 30 cabezas cada manada entre machos y hembras, adultos y terneros, mordisqueando la hierba a su paso, bramando los toros, mugiendo las vacas y balando los terneros en comunicación unos con otros sin abrirse de su partida.

El lugar de pastoreo o comida eran las pampas llamadas de “Buenaño” en recuerdo de un peón antiguo trabajador de Don Antonio quien cuidaba en este lugar su dehesa. Estas pampas ubicadas bajo los bordes oeste del Sierra Negra, forman una extensa zona cubierta de pasto natural siempre lozano y verde, sin vegetación alta, interrumpida por pequeños conos volcánicos.

Los cazadores esperaban la hora oportuna en las Cuevas de Buenaño, así llamanaban ellos a una pequeña caldera de un cono volcánico
escogido para refugio y descanso en la noche, víspera de su acción de cacería. A ella iban llegando uno a uno desde las seis de la tarde. Después de asegurar sus cabalgaduras, guardar los aderezos y calentar la comida o bolote como aquí se conoce, en una fogata general, se retiraban a su respectiva cueva, se envolvían en su frazada y dormían placidamente hasta ser despertados por el canto estridente y característico del “vaquero” (Pterodroma phaeopygia), un petrel de Hawai, ave marina que tiene por costumbre salir de su nido a las tres de la mañana anunciándose con su canto.

Ensillados sus caballos y asegurado a la copa de la montura un largo cabestro o lazo hecho de piel de res retorcida, salían en busca de las partidas de ganado. Ya con ellas, uno o dos cazadores en cada mañana, empezaban a seguirlas: corrían las reses, tras ellas los jinetes cazadores buscando al más grande y cornudo... y la oportunidad de echar el lazo. Este, dicen, era el momento en que se producía, no siempre, el fenómeno aterrador: “El Silbido del Diablo” o un “Bulto en la Grupa del Caballo”.

“El Silbido”, cuentan, era tan penetrante y agudo, que les helaba hasta los huesos, asustaba al caballo y desbandaba al ganado dispersando la manada y obligando al cazador a buscar refugio y compañía. “El Bulto”, dicen que cuando el cazador estaba presto a lanzar el cabestro para enlazar al toro, sentía como que alguien se montaba en la grupa del caballo, asustando al jinete y presionando tanto a la cabalgadura que pronto se cansaba y el ganado se abría como que alguien frente a la manada impedia su paso. Con esto el cazador, más muerto que vivo regresaba a la cueva.

¿Cómo se explica este fenómeno? ¿Sugestión, superchería, realidad? Lo que sí pude constatar es lo siguiente: en una ocasión, entre las tantas que visitaba el campamento de “Alemania”, me sorprendió la noche en las pampas de Buenaño. Pedí posada en la cueva entre los cazadores (colonos y presos); al momento llegó uno, todo agitado, tembloroso y casi fuera de sí. Bajó del caballo y sin preocuparse de desensillarlo, entró precipitadamente diciendo: ¡oí el silbido del diablo! ¡oí el silbido del diablo! y tirándose sobre el camastro, se cubrió de pies a cabeza, todo él temblando de miedo.
Este hecho nos hace pensar que el ganado cimarrón tiene protectores. Involuntariamente recordamos las páginas de la Odisea donde se narra que en los campos verdes de la Isla Tiátira, las vacas y ovejas del sol, que no se reproducen ni mueren, son pastoreadas por dos deidades: Featusa y Lampetia. ¡Ay de aquel que se permitía cazar en esos campos! moría en medio de atroces tormentos.

Pero leyenda al fin, hoy las pampas de Buenaño, ya no presentan ese cuadro pintoresco, salpicado de manadas de reses que se mueven, que pelean, que mugen y que braman. Solamente el silencio envuelve esa inmensidad verde donde el recuerdo es el único estallido que vaga solitario golpeando los volcanes y perdiéndose en la lejanía como un lúgubre silbido, reminiscencia de ese ayer inolvidable.
Un acto de venganza

En el cementerio de Puerto Villamil, Isla Isabela, entre las cruces recordatorias de los seres queridos que hicieron su último viaje a la eternidad, hay una con el siguiente epitafio: "En memoria de Oliverio Camino, asesinado en el Campamento de Alemania en 1950".

La muerte de este policía sucedió de esta forma: el deporte favorito de los policías en los campamentos de resguardo era el volley-ball. Las canchas para ello eran mantenidas con mucho esmero, especialmente antes de los encuentros, ya mojándolas, si tenían polvo o secándolas con arena si estaban mojadas, tarea que debían cumplir los presos, por turnos o designados ese momento. Muchos de ellos lo hacían reprimiendo su coraje y silenciando impotentes su odio contra los policías.

Cierto día, el Policía Oliverio Camino ordenó al preso que arregle la cancha; éste, muy de mal agrado lo hizo. Posiblemente guardaba algún resentimiento y buscaba la ocasión para vengarse o desfogar su ira y la encontró. Oliverio Camino, sin sospechar nada, se acercó tranquilamente hacia el centro de la cancha, justo donde se encontraba el preso en actitud de reposo, pues ya terminó su trabajo. Con mucha naturalidad el policía se agachó para arreglarse los cordones de los zapatos... fue la oportunidad. El penado rápidamente sacó de su cintura un pequeño puñal y lo clavó friamente en la espalda del agachado policía que cayó al suelo envuelto en su propia sangre. Corrió el criminal, pero antes de los cien metros, una bala de fusil cegó su vida, agonizando primero que su víctima.

El cadáver del policía fue trasladado al puerto para ser velado y sepultado cristianamente, mientras que el del preso, envuelto en una sucia manta cargado por dos de sus compañeros, fue enterrado en el fondo de la caldera de un pequeño volcán a 1 km. del campamento, lugar escogido para cementerio de los penados.
“La alborada del terror”

El amotinamiento o fuga de un grupo de reclusos de la Colonia Penal de la Isla Isabela en 1958 fue consecuencia de una larga cadena de maltratos, odios, venganzas y aversión entre el elemento policial y los penados. Por desgracia, hace 38 y tantos años, el nivel cultural y administrativo del personal de la policía, al igual que la aplicación de las leyes penales, era tan defectuoso que lejos de regenerar a los caídos, les especializaba en la delincuencia, a tal punto, que los mismos delincuentes llamaban a estas casas de reclusión: “Universidades del Crimen”.

La colonia penal establecida en la Isla Isabela tuvo además agravantes como éstos: el hecho mismo de sentirse preso relegado a una isla lejana, sin recursos y apelación, sujeto al capricho de policías adiestrados en la represión brutal y sin sentido de humanidad, haciendo de su trato la expresión visible del castigo vengador de una sociedad, justa hasta cierto punto, pero viciada de defectos odiosos, fue creando en el ánimo de los presos el deseo de venganza y búsqueda de liberación por cualquier medio que estuviera a su alcance.

El aislamiento, la enorme distancia del continente, la falta de medios de transporte, la inhospitalidad de la isla, no obstante ser la más grande, entre otros, eran los limitantes de la acción criminosa del recluso y sus aspiraciones de fuga; razón por la cual, en pocas ocasiones, desfogaban sus reprimidos instintos contra indefensos animales a los que acribillaban a balazos o cuchilladas. En todo caso, siempre permaneció viva la idea de una sublevación, evasión o fuga, como meta de un plan cuidadosamente trazado, no obstante haber tenido fracasos por la cobardía desvelación de alguno de los complotados.

Así sucedió entre los años de 1948-1949. Un grupo de los más avezados prisioneros recluidos en el campamento de Alemania, plаниfaron un levantamiento en los siguientes términos: tomar por asalto los campamentos; amarrar o matar a los policías y a todo aquel que se oponga a sus propósitos; hacer de las suyas en la población, robos y violaciones y por fin abandonar la isla en las pequeñas embarcaciones existentes hasta abordar alguna embarcación más grande que pueda llevarles al continente. Por suerte para unos o desgracia para los com-
plotados, entre los cuales estaban unos cuantos ladrones, gente no tan avezada al crimen, uno de ellos, acosado por el remordimiento, reveló los planes de este desalmado proyecto al Jefe del Destacamento, quien inmediatamente elevó el parte al Mayor, el cual lleno de indignación, se propuso sofocar a sangre y fuego este malvado plan, ordenando la li-
quidación paulatina y sucesiva de todos los criminales de ese campa-
mento o reparto.

Para dar cumplimiento, dos policías armados, a las nueve de la
noche, se hicieron presentes en la cabaña que servía de dormitorio de
los presos, quienes se retiraban a dormir generalmente a las siete de la
noche. Se acercaron a los camastros de los tres primeros anotados en la
lista a los que ordenaron levantarse, coger los barriles para cargar agua
y salir de inmediato, con dirección al pozo llamado Buenaño. Una vez
en las pampas, en medio del silencio de una fría y oscura noche, fueron
fusilados, quedando sus cuerpos abandonados a merced de los perros
salvajes que abundaban en el sector.

Alertados los presos por este hecho (la muerte de tres compañe-
ros), antes que les toque el turno, la noche siguiente, todos los complo-
tados huyeron sigilosamente al monte, protegidos por las sombras de
la noche, no siendo encontrados pese a la minuciosa búsqueda de los
policías.

Anduvieron lejos del campamento unos, y otros cerca del mis-
mo; estos permanecían ocultos en cuevas durante el día y por la noche
salían en busca de comida y agua, que algunos de sus compañeros de
campamento, ya de acuerdo, les dejaban en lugares determinados; los
que huyeron lejos, se alimentaban de frutas silvestres (guayabas y gua-
yabillas), raíces o carne de galápagos y para la sed, la sangre fresca de es-
te reptil o el depósito de agua natural que extraían de su vientre y a ve-
ces encontraban pequeñas pozas de agua lluvia. Así estuvieron por más
de un mes. En este tiempo, por suerte, hubo cambio del Mayor y quien
le reemplazó, al tener conocimiento de este hecho, los perdonó, hacié-
doles llegar la noticia por medio de los dos presos fugitivos que se hi-
cieron presentes al nuevo jefe en demanda de perdón.

Poco a poco iban llegando al campamento, raídos los vestidos,
muchos solamente en pantalón corto, los pies descalzos o con guara-
chas fabricadas por ellos mismos de la piel de animales, macilentos,
agotados trayendo dibujada en sus rostros la imagen del más duro sufrimiento.

De todos los que huyeron solamente dos presos no arribaron al campamento. A estos se les dio por desaparecidos y así se les hizo constar en el libro de defunciones. Sin embargo, esta pareja de mutuo acuerdo, habían formado un extraño hogar (el homosexualismo era frecuente entre los presos) resolviendo vivir en la montaña. Hicieron su vivienda a las sombras de un frondoso árbol, sobre cuyas ramas dormían. Al principio, el agua y los víveres eran facilitados por sus compañeros, quienes les proveían además de los enseres indispensables de cocina, herramientas de labranza, las más útiles, semillas y aún plantas para sus cultivos.

Con esto dieron comienzo a la formación de una pequeña chacra, de cuyos productos podían subsistir tranquilamente. Entre los cultivos habían sembrados de caña de azúcar, cuyo jugo fermentado lo utilizaban en vez de licor para celebrar sus fiestas hogareñas. Justamente una de estas, fue la causa de su desvelamiento, pues, ya embriagados, armaron una reyerta, huyendo como consecuencia uno de ellos, que se presentó en el campamento e hizo capturar a su compañero, regresando a su vida de reclusos a los dos años de haber huido. Así se terminó este intento de fuga.

Otro Plan de Fuga: en los años en los que se estableció la Colonia Penal en la Isla Isabela, la población no disponía de embarcaciones a motor; los pescadores realizaban sus faenas de pesca en botes a remo (4 remeros) en los que se alejaban a muchas millas, acampando de 15 a 20 días en lugares ya conocidos. En ellos, desde muy por la mañana se hacían al mar y regresaban a la tarde para faenar el pescado y dormir en tierra.

Los presos eran conocedores de estas costumbres, inclusive conocían los campamentos. Basados en esto, seis angustiados reclusos, planificaron una fuga. Sigilosamente abandonaron el canchón donde estaban recluidos, proveyéndose de antemano de lo necesario para los días de búsqueda. Siguiendo por las orillas iban en acecho de botes de pesca o de campamentos ocupados. Después de unos cuantos días, llegaron a Cowley, en las orillas este del Volcán Alcedo, y localizaron un campamento de pesca ocupado. Con esta seguridad, ocultos en cuevas esperaron hasta muy entrada la noche. En el fondeadero estaban cua-
tro botes, todos a remo. Aprovechando la oscuridad y el sueño profun-
do de los rendidos pescadores, se adueñaron del bote que más a la ma-
no estaba; cargaron de agua y algunas provisiones que tomaron lo más
rápido temerosos de ser descubiertos, tuvieron cuidado de llevarse
consigo todos los remos de los demás botes para evitar ser perseguidos;
ya todos a bordo, levaron el ancla, soltaron las amarras y se hicieron al
inmenso mar tan incierto como oscuro, con la esperanza de abordar
otra embarcación más grande, si fueran sorprendidos, declararse naú-
fragos o simplemente arribar a cualquier costa continental arrastrados
por las corrientes. Su brújula: “la ilusión de ser libres”.

“Al levantarnos muy por la mañana, nos dice el señor Rafael Tupiza,
dueño de uno de los botes, todos nos sorprendimos al ver que había
desaparecido un bote y los demás estaban sin remos. De inmediato sos-
ppechamos de lo que se trataba. En estas circunstancias, uno de los ma-
rineros y yo, nos ofrecimos a caminar hasta el puerto para dar aviso y
buscar ayuda. Con un poco de agua y algo de comida, empezamos a
costear. A los dos días de fatigosa caminata, tuvimos la suerte de encon-
trar el bote del señor Olmedo Gil en Bahía Cartago; en él arribamos al
puerto, donde el Mayor hacía buscar por tierra a los prófugos. Con la
noticia nueva, cambió de táctica procurando perseguirlos con un bote
a motor, el único que había, llamado ”El Danubio”; pero todo fue in-
fructuoso”.

Mientras tanto, nadie sabe cuáles fueron las penalidades de los
fugitivos en el mes y días que duró su aventura, flotando a merced de
las olas. Para su suerte o desgracia, cerca de las costas de Panamá a don-
de habían sido arrastrados por las corrientes, un barco los recogió to-
mándoles por naúfragos y los entregó a las autoridades respectivas,
quienes, una vez conocida su nacionalidad, hicieron los trámites co-
respondientes para devolverlos a Ecuador.

Puestos a bordo de un barco, éste tardó tres días para llegar al
Golfo de Guayaquil; pero al pasar frente a la Isla Puná, en horas de la
noche, los cinco hombres, uno tras otro, se lanzaron al agua en último
intento de fuga. ¿Por qué los cinco hombres? El sexto no se sabe qué se
hizo nunca lo revelaron sus compañeros. ¿Se murió en el viaje? ¿Fue
sorteado como alimento para los demás? No lo sabemos.

El Capitán del barco reportó inmediatamente el hecho a las au-
toridades portuarias. Averiguando el caso, se supo que se trataba de
presos salidos de la Colonia Penal de Isabela. Identificados los fugitivos,
la Policía tomó bajo su responsabilidad la captura de los mismos que lo hizo al cabo de dos años. Fueron enviados nuevamente a la misma isla a cumplir su condena en unión de sesenta presos más en el año de 1954.

Podemos imaginar la cara de susto y terror de estos hombres al saltar nuevamente en la isla de la que huyeron a costa de tantos sacrificios, expuestos a la muerte lenta de los naufragos y sobre todo el pensar en la venganza reprimida de dos años y su cruel aplicación. Felizmente nada de esto sucedió y pocos meses más tarde, cumpliendo su sentencia, salieron libres a Guayaquil.

Hechos como éste se repitieron igualmente sin éxito. Algunos perecieron en la intentona, y los que se salvaron fueron recogidos por barcos pesqueros en aguas galapagueñas, o en las costas muy lejos de los centros poblados para ser entregados en las Capitanías de Puerto más cercanas, las que a su vez los entregaban a la Colonia Penal.

Esta fue la causa por qué Galápagos cobró tan mala fama, que ahuyentó casi por completo a los visitantes, barcos o lanchas, por el temor de ser abordados por presos, como así sucedió con el Yate "La Valinda" en 1958, tomado por sorpresa y dominado por un grupo de reclusos sublevados que huyeron de la Colonia Penal de Isabela.

Este hecho fue presenciado, experimentado y vivido por el suscrito, que me tocó actuar con la responsabilidad de párroco, frente a una feligresía atacante y atacada. Por un lado, los amotinados, armados hasta los dientes, por otro lado los policías dominados y un pueblo indefenso. Por fortuna, los integrantes de uno y otro bando eran cristianos bajo el único credo, la Religión Católica. Esto valió para que la voz del sacerdote sea respetada, pudiéndose de esta forma evitar los abusos y muertes que en esta clase de insurrecciones suceden, tomando en cuenta el desamparo y aislamiento en que vivíamos y el olvido de las autoridades. Basta decir que el Comandante de la II Zona se hizo presente en la isla a los 20 días de realizada la fuga, mientras en el continente se lanzaba a todo el mundo la noticia con el sugestivo título de "La Alborada del Terror" no bien saltaban a tierra los sublevados.

Al hacer la publicación de "Relatos de 44 Años en Galápagos" me parece muy propio y oportuno insertar esta narración, pues se trata de un acontecimiento que ha dejado los más hondos recuerdos en mi espíritu y en el que pude poner en práctica aquello que en nuestra reli-
gión se llama “Sacrificio Apostólico”, esto es aceptar con serenidad y resignación un hecho delictivo y peligroso y conducirlo, poniendo la confianza en Dios, con sagacidad y diplomacia, a feliz término, amortiguando la vulgar codicia y desenfreno de los delincuentes armados, y guardando la integridad física y moral de un pueblo indefenso y solo, como así pasó.

Este malahdado suceso ha sido publicado sintetizado en periódicos y revistas y últimamente comentado extensamente por Octavio La Torre en su libro “La Maldición de la Tortuga”, publicado en 1990, en inglés y en español. Todo el documento encierra dos partes: la primera narra los acontecimientos dentro de la isla; y la segunda, lo sucedido en el mar, por el señor Arnaldo Tupiza, quien fue presionado como práctico para conducir la o las embarcaciones.

PRIMERA PARTE - Febrero de 1958:

Para tener una idea clara del avance de los sublevados, recordemos la distribución del personal en los destacamentos, la ubicación y distancias de estos. La Playa o Puerto Villamil. Era la sede de los Oficiales, Mayor y Capitán; pero en este tiempo estaba a cargo de todo el reparto un Teniente, hombre débil de carácter y sin espíritu de lucha, con una dotación de 10 policías y 12 penados de servicio.

SANTO TOMAS: a 20 kms. del puerto; frente a este reparto debía estar un Teniente. Esta vez ocupaba solamente un Sargento con 10 policías y 25 presos.

ALEMANIA: a 45 kms. del puerto; sede de un Subteniente, ocupado tan sólo por un Cabo, que para decir lo menos, se trataba de un pobre hombre borracho consuetudinario. Por lo visto, la floja administración de la Colonia Penal fue el mejor factor que provocó a los presos poner en práctica sus planes soñados de fuga y evasión, propiciando un amotinamiento que tuvo origen en el Campamento de Alemania.

Pusieron mucho cuidado en la planificación y con el fin de no ser descubiertos, programaron una velada artística con el motivo de celebrar el día del recluso y también para recolectar fondos. Entre los números del programa se hizo constar un sainete en el que se ridiculizaba una fallida sublevación en la que, para hacerla más patética toma-
rian parte algunos del personal de la Policía, entre ellos el mismo Cabo Jefe del Destacamento de Alemania.

El mentalizador y organizador de esta singular hazaña fue un preso colombiano de apellido Cedeño, alias "Patecuco" que lideró con valentía hasta llevar al grupo a las costas ecuatorianas. Para ultimar los preparativos, entre otros, solicitar el salón de la escuela para la representación, el 8 de febrero estuvieron en la playa dos hombres, quienes además tenían el encargo de comprar dos pomas de puro, esto a pedido del Jefe del Destacamento. Los dos penados cumpliendo su misión, estuvieron de regreso en el campamento de Alemania por la noche; al hacerse presentes ante sus compañeros, con anuencia del jefe, se tomaron los primeros bocados de licor, con lo cual, armados de coraje y todos en sus puestos según las comisiones, simultáneamente, a una señal convenida, entraron en la casa del jefe del Destacamento y en el canchón de policías. Todos estaban desprevenidos y tranquilos, pero ante la amenaza de los penados, que encañonándoles con revólveres y fusiles les decían, "no es comedia, es la realidad", tuvieron que rendirse. Inmediatamente les amarraron y, al grito de "SOMOS LIBRES" buscaron el respaldo de los no complotados, los cuales unos plegaban y otros no; a estos últimos también los amarraron.

Una vez tomado el campamento, quisieron seguir libando; pero "Patecuco" se opuso enérgicamente y rompió las dos pomas de licor, obligándolos a reunirse para tomar nuevas decisiones en el avance subversivo a los demás campamentos Santo Tomás y la Playa.

Lo hubieran hecho con tranquilidad a no mediar lo siguiente; faltaba entre los presos un temido compañero "El Negro Arévalo", gran tirador que estaba en la Colonia Penal por muerte y a quien alguien vio salir rápidamente con su fusil (era cazador) perderse en la espesura del monte en medio de la oscuridad de la noche. Temiendo ser delatados por éste, salieron de inmediato en pos del que huía con la intención de liquidarlo; pero Arévalo no quería complicaciones, por lo cual, tendido en la pampa oculto entre la hierba, vio pasar uno tras otro a los amotinados. Regresó muy sosegado al campamento donde liberó de los amarras a policías y penados.

9 de Febrero en Santo Tomás: Según informaciones posteriores, pocas veces, tal vez la única, en este campamento no se hizo guardia,
por esto cuando llegaron los sublevados en horas de la madrugada de ese 9 de febrero, como dueños de la situación tomaron el campamento sin lanzar un solo disparo, amarrando sin resistencia a los asombrados policías mientras al Sargento que hacía de Jefe de este reparto, ni siquiera lo tocaron. ¿Hubo complot? Así se sospechó.

Con los penados se hizo igual que en Alemania, los que no querían plegar al movimiento los maniataban; pero dos de ellos, escapando el control de los amotinados huyeron con dirección a la playa, lo que obligó al grupo salir apresuradamente, temiendo ser descubiertos; pero los dos fugitivos se dedicaron a anunciar del peligro a las familias que tenían sus casas junto al camino a fin de que se escondan o tomen las precauciones del caso. Todos con esta aterradora noticia, huyeron a la montaña, menos dos familias que sintiéndose fuertes, pensaron superar la amenaza. Por desgracia fueron víctimas de siete forajidos que hicieron de las suyas.

En la Playa: tomados los campamentos, les quedaba el principal y al parecer el más peligroso; por esto, antes de llegar y ya con la luz del día, “Patecuco” juzgó conveniente reunirles para las últimas disposiciones que aseguren el asalto. Como tenía entre los amotinados hombres que plegaron posteriormente, hizo la reorganización de jerarquías; cada uno tenía una misión que cumplir, solo o en grupo, llevando en mente una consigna: obedecer disciplinariamente las disposiciones de su inmediato superior. Con órdenes claras, y precisas, Patecuco a la cabeza, armados como estaban, anhelantes, mascullando frases de insultos y odio, se acercaron a la población de Villamil.

A las nueve de la mañana, un sol clarísimo de invierno lucía brillante, disimulando con fulgor los negros y aciagos días que se avecinaban. Los habitantes, en sus ocupaciones diarias, unos fuera de la población, otros en casa. Los policías jugando volley-ball una parte, la otra descansando.Entraron los rebeldes al puerto, como solían hacer cuando cumplían alguna comisión, para evitar sospechas, e iban colocándose en sus puntos estratégicos de esta manera: dos en el canchón de penados; tres en la estación de radio; cuatro en la casa del Oficial mayor o Jefe de la Colonia Penal.

Un disparo fue la señal para actuar al mismo tiempo, al cual también el resto de complotados entraron disparando sus armas de
fuego y vociferando contra los policías a quienes empezaron a recoger-los y a empujones llevarlos a encerrar en la enfermería, lugar escogido por ellos para este fin. Veamos este asalto en detalle.

En el Canchón de los Penados: esta era una casa grande de madera que servía de alojamiento a los presos de mejor conducta o que estaban próximos a cumplir su condena. Estaba ubicada un tanto lejos de la población y en el momento del asalto ocupada solamente por tres penados enfermos bajo la vigilancia de un centinela; éste, como de costumbre, dormía hasta bien entrada la mañana. No era raro, que ese nueve de febrero, le cogieran durmiendo. Los amotinados encargados de él, en son de desprecio o burla, no le despertaron empujándolo, sino que tomando el revólver que pendía de la pared, hicieron un disparo muy cerca a su oreja, a lo cual el desaprensivo guardia asustado, pero pensando que se trataba de un juego, les pidió, que le dejaran dormir y sólo vio la seriedad y peligro, cuando de un halón lo sacaron de la cama y a empellones lo llevaron a la enfermería.

En la Estación de Radio: los tres penados encargados de esta oficina, entraron en el momento que el marinero (la radio era de la Armada) se disponía a transmitir y, a la voz de ¡alto!, al sentirse encañonado, alzó los brazos. Mientras unos procedían a amarrarlo, el tercero se encargó de romper los cables e inutilizar los aparatos de transmisión, con lo cual Isabela quedó incomunicada.

En Casa del Oficial: como el Teniente, el día anterior se había lucido el pie en un partido de volley ball, la sublevación lo sorprendió en la cama. Cuando los penados entraron en su dormitorio intimidándole rendimiento, el Oficial, con tiernas frases, pedía que no le hagan nada, ni a él ni a su familia, que se rendía y haría cuánto ellos le pidieran. En realidad, los presos se portaron respetuosos, pues sin amarrarlo le condujeron en unión de su familia a la enfermería, alojándolo en un cuarto, junto a sus súbditos.

En el Rastrillo: una vez encerrados todos los policías en la enfermería a la que rodearon de tanques de gasolina y montaron guardia permanente con los penados de los más crueles y sanguinarios, entraron en el rastrillo o bodega donde guardaban todo el armamento y, por coincidencia, los uniformes recién llegados del personal de Policía. Se apoderaron de lo mejor en armas y ropa, fue realmente impresionante
ver deambular por las calles y plaza, apuestos policías que, a juzgar por su presencia, podían ser la mejor unidad de la República, y no sólo por su presencia, sino también por su organización y disciplina, (en este paradójico acto indisciplinado), virtudes de las que dieron muestras en el sitio que impusieron a Puerto Villamil durante tres días. A esto se debió el éxito de este levantamiento que culminó con la fuga de los reclusos.

Los Habitantes de Puerto Villamil: tarde o temprano tenía que suceder este levantamiento se decían unos a otros. La organización de la colonia penal siempre ha sido defectuosa y el odio reprimido de los delincuentes ha sido grande; de manera que al suceder esto y enfrentarse ante los casi seguros abusos, se encontraban más que temerosos, deprimidos ante la incertidumbre de esta terrible amenaza. Sin embargo, algo les consolaba: entre las frases de los delincuentes que las decían a gritos en medio de carcajadas y disparos, se oía: no teman ni la Misión ni los Colonos, nada hay contra ustedes; repartiremos plomo a los policías. Estamos cansados de su trato, queremos vengarnos, queremos libertad.

Durante los tres días y las noches que duró el sitio impuesto a Villamil, incesantemente se oían disparos tanto de revólver como de fusil y esto no dejaba de alarmar a los niños, a las mujeres y en general a todos. Felizmente, como suele suceder en estos flagelos públicos, el pueblo creyente cifra su esperanza en Dios, toda la población de Villamil revivió intensamente sus principios religiosos en estos días de angustia, el Hermano religioso que me acompañaba y yo, éramos respetados, gracias al hábito franciscano, tanto por los presos como por los policías y el pueblo, factor muy importante que nos permitió canalizar la defensa de la población y los policías.

Nos hicimos presentes ante ellos cuando casi todos estaban reunidos, esto es en el momento que se encontraban cambiándose sus harapos por los mejores uniformes nuevos de los policías y mientras esto hacían, daban contestación a ciertas preguntas que les formulábamos, como éstas:

* ¿Por qué hicieron este levantamiento? “Porque no queremos seguir viviendo bajo la opresión de los chapas”, contestaban dos o tres al mismo tiempo.
¿Cuáles son sus intenciones inmediatas? “Esperar la lancha de Cisneros y otro bote que está por llegar de la pesca para en ellos salir al continente, si es que no podemos abordar una embarcación más grande”. (En 1958, Isabela tenía tres embarcaciones a motor).

¿Qué se proponen ustedes con los policías a quienes tienen encerrados? “Por lo pronto, estar seguros nosotros de no ser atacados y poder llevar a cabo nuestros planes, luego, ya sabremos”.

¿Y los colonos? “Ni usted, ni ellos deben temer. Pueden estar tranquilos”. ¡Quién les iba a creer! pero no dejaba de ser un alivio, por lo menos, había una leve esperanza de seguridad.

Luego de esto amonesté a los airados delincuentes, que procuren conservar la serenidad en medio de esta desordenada aspiración por obtener la libertad, que guarden cordura y no cometan desórdenes ni desafueros. Todos contestaron afirmativamente.

Hecha esta primera diligencia, recorrimos las casas de los colonos una por una, tranquilizándolos; pero como nadie se convencía de la sinceridad de los presos, resolvimos abrir las puertas de la iglesia, y así íbamos advirtiendo, para de ella hacer cuartel general de los colonos. Desde las cuatro de la tarde, toda la gente empezó a congregarse en la iglesia con lo indispensable para pasar el día y la noche y los días y las noches que fueren necesarias. Por un favor especial y a pedido de éste, también fue trasladado al mismo lugar el Jefe de la Colonia Penal con su familia.

Desde el momento en que la gente quedó atrincherada en el templo católico, se formaron dos frentes: los de la sublevación, armados hasta los dientes y dispuestos al ataque en cualquier momento, teniendo como Jefe a “Patecuco”; el pueblo indefenso en actitud pasiva y expectante, teniendo como Jefe al joven sacerdote franciscano, que veló las 24 horas durante los tres días, siempre atento a cualquier mal intencionado acto que pusiera en peligro la moral o la vida de los que tenía bajo mi control y vigilancia. Las disposiciones que di de acuerdo con “Patecuco” fueron:

1. Ningún penado entrará en la iglesia bajo ningún pretexto.
2. Ningún colono saldrá de la iglesia por la noche y, en el día solamente los que deseen visitar sus casas o propiedades, con la anuencia y permiso del sacerdote.
Con estas dos normas disciplinarias quedó establecida básicamente la defensa de la población, normas que fueron rigurosamente observadas, tanto por los penados como por los colonos, gracias a ello quedó nulitado todo plan perverso que el grupo de desalmados criminales podía abrigar para satisfacer su sed de pasión o de odio.

Una Voz de Aliento a los Policías: también nos hicimos presentes en el lugar improvisado por los amotinados y que servía de cuartel de los policías. ¡Qué cuadro! Era justamente el momento en que Chico Panamá (un ladrón muy conocido en Guayaquil) asumiendo el papel de Oficial, daba órdenes al grupo de policías haciéndoles formar, numerarse repetidas veces, intimidándoles con disparos al aire, a los pies, etc.

Al sentir nuestra presencia, les dejó en paz y salió. Los policías al vernos al Hno. y a mí, se consolaron un tanto y más que con palabras, con sus miradas, imploraban protección. Departí con ellos amablemente y ofrecí no desampararlos, visitarlos con frecuencia, como así lo hice, a fin de darles valor en este sufrimiento. Nada se podía tratar sobre una posible liberación, pues estábamos rodeados de penados que espiaban todos nuestros movimientos, especialmente a mi persona que tenía un hombre detrás de mí, el "Pata de Playo", hasta que molesto por esto, pedí a "Patecuco" que ordene dejarme en paz, como así lo hizo.

Fin del Primer Día: el 9 de febrero tocaba su fin. Al asomarse en el horizonte la oscuridad de la noche, un hálito de tristeza y temor empezó a gravar el ánimo de los pobladores, que no obstante estar reunidos en el templo, su seguridad no era completa y cualquier pequeño descuido desataría el desorden y tal vez la muerte.

Los penados, por su parte, montaron guardia cerrando totalmente la población de Villamil: centinelas en la entrada del Cocal, única vía de acceso; centinelas en el Cementerio, posible vía de ingreso; guardias en Bratle. El resto de penados merodeaban la población interrumpiendo el silencio de la noche y en las tiendas para cogerse cuanto querían, ropa, comida, bebidas, etc. Habían momentos en que grupos de los más osados y rebeldes, daban vueltas a la iglesia pronunciando frases henchidas de codicia y sensualidad. Se acercaban a la puerta; pero ahí estaba siempre atento y si querían entrar les decía: ¡Alto! De ahí para adentro soy el único responsable y nadie pasará si no es por encima de mi cadáver.
De las personas que estaban en el interior del templo, pocas dormían, generalmente los niños, los adultos en expectativa y atentos a cualquier mal intencionado movimiento de los presos. Así transcurrieron las horas amargas y prolongadas hasta tocar el alba y los rayos de sol de un nuevo día.

10 de Febrero: todo al parecer estaba en calma; los penados, entreteniéanse unos en los turnos de las diferentes guardias; otros, divididos en dos grupos se afanaban en preparar la comida tanto para las autoridades como para los policías; dos ó tres penados se dieron a la tarea de chequear los fusiles para dar de baja los que estaban en mal estado, los cuales junto con cajones de municiones fondeaban en el mar; los que hacían de jefes, se paseaban orgullosos luciendo sus uniformes y acariciando las armas en sus manos, a excepción de Patecuco, como luego veremos.

El Rancho: las diferentes comidas del día eran anunciadas con toques de campana. La misma campana que los policías usaban para los presos, era usada por los presos para los policías, con la diferencia de que hoy su tañido parecía sentencia de muerte.

No bien sonaban los primeros golpes, cuatro penados se hacían presentes ante los policías. El que hacía de clase (penado), ordenaba a los 15 policías correcta formación, no faltando en este acto las sanciones de: atrás carrera mar..tenderse..levantarse y otras de este jaez; una vez formados en columna, marchaban de dos en dos encañonados por los presos: uno delante, dos a los costados y uno detrás, lección muy elocuente de seguridad, algo que los policías nunca hicieron.

Las autoridades y personas connotadas del pueblo eran invitados comedidamente y conducidos a la mesa de los Oficiales en la casa del Jefe, donde nos servían platos especialmente preparados; pero nadie se atrevía a dar el primer bocado. Nos veíamos unos a otros, como interrogándonos, qué clase de veneno o droga estará mezclado en las viandas y, removiendo un poco, casi todo quedaba sobre la mesa. Otro tanto pasaba con los policías, quienes eran llevados a la cocina, donde les obligaron a usar platos negros y mugrosos de los presos que colmados de comida les decían al entregarles: “así se sirve a la gente”.

Terminado este simulacro de alimentación, todos regresamos a los puestos: las autoridades cabizbajos y silenciosos buscábamos el so-
ciego en los predios de la Misión, en tanto los policías, correctamente formados, volvían a su cerramiento. La comida para la gente del pueblo, preparaban las mismas mujeres en la casa misional. Los víveres proveían los presos tomándolos de las tiendas.

Jerarquía en Peligro: a eso de las cuatro de la tarde sucedió algo que iba a tener alcances desastrosos: debemos tomar en cuenta que los sublevados eran de pésimos antecedentes y que, antes de darse a la fuga, cumplirían sus perversos proyectos; pero “Patecuco” había dicho, “no queremos abusos ni muertes, buscamos libertad”, promesa esta que me permitía recordarle siempre que se me presentaba la ocasión.

“Patecuco” era el sobrenombre de este singular personaje que vi no a cumplir una pena por robo. Su edad, frisaba los 28 años, de nacionalidad colombiana, estatura 1.80 m., cuerpo atlético y tez morena. Su comportamiento en la colonia penal no dejaba que desear y era muy respetuoso a los misioneros, factor importante que facilitó el diálogo y el cumplimiento de promesas en favor de la colectividad.

Patecuco, no cogió para sí como los demás, uniforme de policía, tan sólo una camisa blanca nueva que llevaba semiabotonada y sostenidas las puntas con un nudo que caía bajo la cintura. Se presentaba en pantalón short y andaba descalzo. De armas, únicamente tenía un revólver que lo llevaba oculto entre el pantalón y la camisa; su intención era obtener la libertad, no abusos ni muertes. Para cumplir esto se vio abocado a soportar varonilmente la avalancha de pasiones de sus compañeros que presionaban sobre él. Esta conducta de Patecuco, no cuadraba con las perversas intenciones del segundo en jerarquía: “Perra Negra”, un negro esmeraldeño de unos 35 años de edad, de 1.65 m. de estatura, más gordo que musculado, de mirada esquiva. Vestido de polizonte y armado con dos revólveres que gustaba lucirlos en cada mano.

Eran dos días de tensión nerviosa y Patecuco se las había pasado de claro en claro desde el instante de la sublevación; llegó pues un momento en que le empezaron a faltar las fuerzas y se encontraba decaído físicamente y moralmente y acercándose me dijo: Padre, no puedo más. Le reanimé lo mejor que pude, pidiéndole continué frente al grupo y le dejé que repose algún tanto; sin embargo esto fue visto por “Perra Negra” que quiso aprovechar la ocasión y creyó llegado el momento para tomar el mando e instigado por un grupo de rebeldes, se presentó con
aire alto ante Patecuco encañonándole con los revólveres. Patecuco, que hasta entonces permanecía en actitud de reposo, al sentirse amenazado, saltó como un felino y clavando sus penetrantes ojos en el ya asustado Perra Negra, quien dio un paso atrás, respondió a sus pretensiones con un "NO QUIERO", e inmediatamente sacó el revólver del cinto. Perra Negra, visiblemente aterrorizada, dio media vuelta y se alejó en carrera hacia la orilla. Su furia no fue más allá, restituyéndose la calma. Patecuco con este hecho, sacudió su modorra y redobló la vigilancia.

11 de Febrero: espectacular asalto a las lanchas de pesca: era el tercer día de inquietante angustia. Desde la mañana todos, niños, jóvenes y adultos, teníamos puesta la mirada en el horizonte azul del mar en que se dibujaban dos puntitos negros que se dirigían al puerto. A las siete y media de la mañana arribaron a Villamil las tan esperadas embarcaciones "Teresita" y "Ecuador". Los pescadores, en número de 8, nada sabían de la situación embarazosa de los pobladores; pero sí les llamó la atención la ausencia de personas que siempre por costumbre esperan en el muelle la llegada de los botes de pesca. Su inquietud aumentó al ver unos cuantos policías desconocidos (los penados) en la orilla. No bien echaron el ancla, su estupor subió al máximo al oír detonaciones de armas de fuego y que de distintos puntos del muelle, y la playa salían hombres uniformados gritando palabras y frases, para ellos incoherentes y sin sentido como éstas: "somos libres", "quedan ustedes detenidos", "prépárense para salir con nosotros" y uniendo la acción a las palabras, rodearon a las embarcaciones, unos por el muelle, otros por el agua apuntando siempre con las armas a los indefensos pescadores quienes, con la serenidad de hombres de mar, una vez en tierra e informados de los acontecimientos, sin resistencia se sometieron a los caprichos de los penados. Mientras unos conducían a los cuatro hombres seleccionados de antemano para rehenes (patrones y mecánicos) que serían al mismo tiempo los conductores de las lanchas en su loco y suicida viaje al continente, otros abordaron las embarcaciones para montar en ellas guardia permanente.

Tras una hora de descanso, los pescadores, siempre resguardados, empezaron a desembarcar los botes y lavarlos. A las doce del día todo estaba listo, esperándose solamente la decisión de los amotinados para dejar la isla. El pronunciamiento de esta resolución que no apare-
cía por ningún lado, nos conturbó vivamente a todos que nos preguntábamos ¿cuál será el desenlace final? Por fortuna, un suceso al parecer desgraciado y peligroso fue el móvil último que presionó a los presos, dejar para siempre la isla: la destrucción de la planta de luz eléctrica del pueblo por uno de los presos.

Eran aproximadamente las cinco de la tarde, hora en que se ponía en funcionamiento la planta del pueblo, la que permanecía toda la noche. Al acercarse el mecánico del pueblo para cumplir su deber, notó inmediatamente piezas regadas por el suelo. Un penado llamado "Maquinista", delatado por sus mismos compañeros momentos antes, había golpeado ferozmente con un martillo las piezas más delicadas dejando inutilizada la planta. El mecánico, como era su obligación, dio cuenta inmediata de este desperfecto al Presidente del Comité Pro Planta (para entonces desempeñaba yo mismo este cargo). Al escuchar esta noticia, midiendo la magnitud de este intento y sus peligrosas consecuencias, quedé consternado; pero luego de pensar con un poco de serenidad, hablé con Patecuco, recordándole su promesa y reprimiendo esta mal intencionada acción.

Patecuco que había sido desconocedor, también se indignó y preguntando por el autor de la intentona, le hizo comparecer en el mismo lugar de los hechos, donde solos los dos y un guardaespalda de Patecuco, a escasos cien metros de donde estábamos encerrados, se enfrentaron dos desalmados hombres arma en mano. El "Maquinista" era un joven de unos 22 años de edad, oriundo de Manabí, de piel trigueña; alto, flaco, muy ágil y sentenciado por robo.

Patecuco, frente a este muchacho, se sintió con la suficiente autoridad, le hizo severos reclamos exigiéndole sometimiento a la disciplina compactada. El "Maquinista" que no estaba para recibir reprensiones, en rápido movimiento desenvainó su arma y sin más, lanzó su primer disparo al cuerpo de su Jefe, quien sospechando su reacción, a los primeros movimientos saltó hacia atrás esquivando el impacto y buscando colocación para atacar en su defensa, declarándose la más singular balacera..... hubo un momento en que Patecuco se inclinó agarándose el pecho con su mano izquierda dando la impresión de estar herido; pero arrojando su arma ya vacía de proyectiles, de un salto arrebató el arma de su guardaespalda. El Maquinista al ver los prime-
ros ademanes de su Jefe, creyéndolo herido, se dio a la fuga; más no había corrido ni treinta metros, cuando sintió nuevamente que se le cruzaban las balas, con lo cual volviéndose descargó el último cartucho haciendo impacto en la pantorrilla de su enemigo y emprendió la carrera. Patecuco, sangrando su pierna derecha corrió tras él acompañado de su guardaespaldas y algunos más que se unieron en persecución del Maquinista; éste más veloz corrió desesperadamente por la playa hasta ocultarse en el monte dirección a Santo Tomás.

Todos los penados después de este acontecimiento reafirmaron su adhesión a Patecuco, quien era trasladado a la Misión, donde el hermano religioso, enfermero profesional, curó la herida, que felizmente no era grave, pues la bala atravesó el músculo sin comprometer tendones. Una vez curado, Patecuco quedó en reposo; pero desde el lecho ordenó se hagan todos los preparativos para zarpar esa misma noche. Esta decisión inesperada la tomó temeroso de que su enemigo el Maquinista, hoy en fuga y desligado de todo compromiso, subiera a Santo Tomás a unirse con los del Campamento y así frustrar todos sus planes.

La orden se propagó velozmente entre los pobladores, policías y penados, produciéndose inusitada alegría en los grupos, a excepción de los policías, cuyo final era oscuro preñado de temores, pues, durante los tres días han sido objeto de vejaciones, maltratos y especialmente amenazas.

Los amotinados, ni cortos, ni perezosos, empezaron a saquear prácticamente el almacén del señor Cisneros para proveerse de lo necesario para la huida, cuya navegación estaba calculada por ellos en 9 días, caso de no abordar algún barco. Mientras se hacían los preparativos y carga, en lo que todos ayudaban incluyendo al mismo Juez Provincial, Dr. Peña, quien por asuntos concernientes a su cargo se encontraba esos días en Isabela.

A las seis de la tarde, todo estaba listo; pero aquí viene el momento más doloroso y lacerante: la despedida de los cuatro colonos pescadores que eran llevados a la fuerza como prácticos y rehenes a tomar parte en una aventura tan peligrosa y mortal, pues podían perecer o a manos de los delincuentes o tragados por el mar... entonces se pudo ver la aflicción encarnada en una madre que despedía a tres de sus hijos, las esposas a sus maridos y sus hijas a sus padres. Fue el cuadro
más vívido y triste de todos hasta el momento sufrido y allí, de pie en esas frágiles embarcaciones, esperaban los cuatro marineros (Arnaldo y Rafael Tupiza, Nelson Gil y Francisco Jaramillo) la hora fatídica del zarpe.

Y llegó el momento. Los presos, a una disposición de Pateuco, corrieron al muelle para embarcarse. El último en ir fue el temido "Perra Negra" que tenía a su cargo el grupo de policías. Mientras en la iglesia elevábamos oraciones a Dios en acción de gracias por el feliz inesperado desenlace, el mencionado Perra Negra, apareció atraviesando la plaza con los policías en correcta formación. Al llegar a la iglesia, se detuvo y llamándome a la puerta me dijo: Padre, ahí le entrego, sanos y salvos. De inmediato ordenó a los policías que entraran y no se retiró de la puerta hasta cuando el último en formación se arrodilló. Entonces, dando un profundo suspiro dijo a todos: ¡ADIOS! y con media vuelta se retiró a tomar una de las embarcaciones que le esperaba.

Ultimo Apretón de Manos: antes de embarcarse Pateuco se acercó y extendiéndome la mano dijo: ¡He cumplido! Ahora espero su promesa. Voy llevando cuatro de los suyos como rehenes. No quiero ninguna comunicación. En el momento que yo vea que somos perseguidos por los marineros, mataré uno a uno los cuatro rehenes y luego nos defenderemos hasta morir. Le contesté: te prometo, anda en paz y que Dios te acompañe. ¡Adiós!.

Y lo cumplí. A los dos días enviaron de regreso el bote Ecuador, cuyo motor pertenecía a la Misión. Antes que los policías lo tomaran para ir a Santa Cruz, como eran sus intenciones, ordené a uno de nuestros, que vaya con un combo y haga pedazos el motor. Fue con el combo; pero solamente le sacó una de las principales piezas y quedó inutilizada la máquina. Efectivamente, los policías se hicieron del bote, pero sus esfuerzos fueron vanos.

Hacia el Continente: con los últimos rayos del sol que se ocultaba en el inmenso océano, proyectando su imagen en un millar de olas que venían a morir en los acantilados, rompieron el silencio los motores de los botes increíblemente cargados, cuyo ronco sonido quedó más que en los peñascos y la arena de las playas, en el corazón de todos los que sufrimos esta horrenda experiencia. Los cuatro pescadores, sin mirar más hacia sus seres queridos de los que en el fondo de sus almas se despidieron para siempre, dieron marcha adelante en la inmensidad
del mar, hasta que el manto oscuro de la noche cayó pesadamente cubriendo de nuestra vista y quien sabe para siempre, de su pueblo y de sus hogares...

Allí... quietos, absortos, como petrificados estábamos todos reunidos en el muelle, fija la mirada en el mismo punto donde desaparecieron las embarcaciones. Fue necesaria la voz del sacerdote para volver a la realidad y, cabizbajos, en silencio y pensativos, regresamos a nuestra común habitación, la iglesia, de la que no quisieron salir esa noche. Antes de llegar a ella, nuevos disparos cruzaron el aire, haciendo revivir mentalmente el tormento que parece había terminado. Por fortuna, esta vez, se trataba de los presos que no queriendo fugarse, se ocultaron en el monte aprovechando los preparativos y ahora, disparando sus últimos cartuchos, dejaban su libertad y se entregaban arma y persona a los ahora ya valientes policías.

Fugaron en los botes 21 delincuentes el 12 de Febrero de 1958, fiesta de la toma de Posesión de Galápagos por el Ecuador. Lo que sucedió esa noche y las siguientes nos narra otro testigo presencial, uno de los rehenes, el señor Arnaldo Tupiza.

SEGUNDA PARTE

Durante la noche del 12 de febrero, navegábamos sin ninguna novedad a pesar de la sobrecarga que llevaban las pequeñas embarcaciones. El bote Ecuador navegaba con su propio motor, pero iba remolcando la lancha Santa Teresa, debido a la menor velocidad y para no cambiar el rumbo durante la oscuridad de la noche.

El bote Santa Teresa estaba tripulado por 2 personas: Francisco Jaramillo y Arnaldo Tupiza; patrón y maquinista respectivamente. La tripulación del bote Ecuador la conformaban los señores: Rafael Tupiza y Nelson Gil patrón y maquinista en su orden.

Desde antes que zarpáramos de Puerto Villamil se nos había prometido de parte de los fugitivos, que tan pronto como lograran asaltar una embarcación de mayor capacidad, todos los tripulantes retornaríamos a Puerto Villamil en los mismos botes. Con esta condición resolvimos realizar el viaje.
Después de haber viajado seis horas, (12:00 p.m. aproximadamente) y cuando navegábamos frente a la costa de Cerro Azul, nos encontramos con los botes Danubio y Bismarck, que navegaban con rumbo a Puerto Villamil cumpliendo sus faenas de pesca. El Jefe de los fugitivos, “Patecuco”, solicitó que pararan la marcha los botes y se haga una sola pregunta al patrón del bote Danubio: ¿Dónde se encuentra el bote Viking de propiedad del señor Víctor López? La respuesta fue inmediata y positiva. El bote Viking se encuentra anclado frente a Punta Moreno. Recibida esta información continuamos la navegación sin pérdida de tiempo.

Asalto al Bote “Viking”: aproximadamente a las 04:00 a.m. del día siguiente (13 de febrero), localizamos el bote Viking, exactamente en el sitio donde se nos había informado. Apoderarse del Viking fue lo más sencillo para los fugitivos. Simplemente nos acercamos al bote que se encontraba anclado, pero en vista de que todos llevaban sus armas listas para disparar, en esos instantes se escapó un tiro involuntariamente. Al oir esa detonación, se enfadó el jefe “Patecuco” y dio la orden terminante de no hacer uso de las armas.

Después de este pequeño incidente, le dieron una corta explicación al dueño del bote de lo que había sucedido en Puerto Villamil, que el único objeto era tomar ese bote por la fuerza si fuera necesario, al mismo tiempo, nuevamente sacaron a relucir sus armas de fuego. En vista de esta amenaza, al señor Víctor López no le quedaba otra alternativa que aceptar la petición.

Sin pérdida de tiempo, comenzaron a realizar el traslado de todas las provisiones que tenía el bote Ecuador, en esta ocasión al Viking. Tan pronto como terminaron esta maniobra, determinaron que el bote Ecuador regresara a Puerto Villamil con sus dos tripulantes, Rafael Tupiza y Nelson Gil, inclusive tenía que llevar a dos personas más que eran tripulantes del bote Viking, Bolívar Gil y Carlos Sánchez. Inmediatamente continuaron la navegación los botes Santa Teresita y Viking, hasta las diez de la mañana.

Rutas Distintas: a esa hora resolvieron separarse las dos embarcaciones para seguir rutas distintas, con el afán de localizar algún bar-
co de bandera extranjera o proseguir su intención de alcanzar su libertad llegando hasta algún sitio estratégico, habiendo continuado el Viking, costeando por el sur de la Isla Fernandina, y el bote Santa Teresa por la costa de la Isla Isabela, para finalmente dirigirse a Caleta Tagus, el objeto era que de los dos botes que localizara algún barco de mayor capacidad, nacional o extranjero, tenía que proceder al asalto el grupo de fugitivos que se encontraba a bordo de estos dos botes.

Después del medio día, todavía navegábamos a una distancia considerable de Caleta Tagus, y desde muy lejos alcanzamos a divisar un barco que se encontraba anclado dentro de la mencionada caleta. En estas circunstancias, todos los presos se sintieron emocionados y seguros de que se trataba de un barco pesquero de bandera extranjera y, por consiguiente, se preparaban para el asalto. Colocaron sus revólveres al cinto y tomaron provisiones de muchos cartuchos. Cuando estábamos más cerca, se observó que un bote a motor remolcaba una panga y se dirigía hacia la orilla llevando algunas personas.

Al tratarse de un buque pesquero, seguramente la mayor parte de la tripulación se acercaba a la orilla con el fin de coger carnada y por consiguiente el barco debía haber quedado con muy pocos tripulantes a bordo; normalmente queda el Capitán, el jefe de máquinas y un tripulante más. Con este antecedente, se presumía que el asalto a este barco era una maniobra muy sencilla.

Cuando ya navegábamos dentro de la caleta a las 3:00 p.m. y encontrándonos situados frente a un costado del barco; una enorme decepción para todos, cuando se pudo leer un letrero muy visible que decía: “ACADEMIA MILITAR DE CALIFORNIA”, al mismo tiempo se observó una gran cantidad de marineros uniformados sobre la cubierta del buque, que la calculamos por lo menos en 200 hombres. Al verificar que se trataba de un buque de guerra, el gran “Patecucu” dijo: ¡Son militares! y estos nos barren con la ráfaga de ametralladora. Al mismo tiempo ocultaban sus pequeñas armas de fuego y seguimos navegando normalmente. Tanto los tripulantes del barco como los del bote Santa Teresa, saludamos de lejos levantando en lo alto las manos.

Después del transcurso de dos horas y cuando nos encontrábamos navegando por el Canal Bolívar, avistamos al bote Viking y nos dirigimos hacia su encuentro. Cuando ya estuviéramos muy cerca, ambos
botes detuvieron su marcha y, después de un corto diálogo, en vista de haber fracasado el propósito, resolvimos continuar la navegación por la costa de Isabela hasta llegar a la Caleta Black cuando eran las 6:00 p.m. de aquel día muy agitado fue imposible anclar en este sitio, y decidimos pasar la noche al garete, es decir, a la deriva, solamente los botes estaban unidos por un cabo muy largo.

Al día siguiente (14 de febrero), las corrientes nos habían arrastrado algunas millas, pero de todas maneras se alcanzaba a divisar la costa de Isabela, inclusive, la Roca Redonda. Sin pérdida de tiempo comenzamos a navegar con rumbo a Punta Albemarle, y posteriormente costeando la Isla Isabela hasta cuando nos encontrábamos en dirección a Cabo Marshall.

Durante este trayecto, el Viking sufrió un desperfecto. Se aflojó el prensaestopa a consecuencia de haberse roto un perno y comenzó a entrar mucha agua. Debido a estas circunstancias, tuvo que rebajar su marcha al mínimo y fue remolcado por el bote Santa Teresita.

Rumbo a Santiago: después que se había ocultado el sol, y cuando la oscuridad de la noche nos cubría con su negro manto, trazamos rumbo con dirección a la Isla Santiago, con determinación de que si en esta isla no lográbamos localizar ningún barco, desde ahí nos dirigiríamos con rumbo a la zona continental. Por fortuna, al amanecer el día 15 de febrero a las 3:00 a.m. aproximadamente, alcanzamos a divisar una luz frente a Cabo Napean. En estos instantes comenzamos a cruzar ideas y se pudo oír una serie de comentarios; algunos opinaban que se trataba de algún barco, otros decían que puede ser la lancha patrullera de la Armada Nacional y finalmente se suponía que algún bote pesquero había instalado su campamento en este sitio y era el fuego que todavía estaba prendido y se observaba desde larga distancia.

Después de haber navegado una hora y cuando eran las 4:00 a.m. ya nos encontrábamos muy cerca y entre la oscuridad que todavía existía a esa hora se dibujaba la silueta de una embarcación mayor. Inmediatamente se aflojaron las amarras del Viking, que hasta ese momento había sido remolcado por el Santa Teresita y cada uno navegaba con su propia máquina a una velocidad mínima, para no causar mucho ruido.
El bote Santa Teresita fue el primero en acercarse a la embarcación avistada por la banda de estribor, dio la vuelta por la banda de babor y finalmente por la popa. Cuando estábamos situados en esta dirección se pudo leer un letrero que decía: “VALINDA’ CALIFORNIA.

Asalto al Yate “Valinda”: apoderarse del yate de bandera extranjera, fue muy rápido y fácil para los asaltantes. Simplemente subieron a la cubierta del yate con sus armas listas para disparar y apuntando a las pocas personas que tripulaban dicha embarcación, fueron reducidas a la impotencia en pocos minutos.

La intención de nosotros, los tripulantes de los dos botes, era que tan pronto como los asaltantes subieran al yate, cortáramos las amarras de nuestras pequeñas embarcaciones y nos abríamos para afuera a toda máquina. Desgraciadamente falló nuestro propósito, por cuanto algunos de los fugitivos mantenían estricta vigilancia a patrones y maquinistas de los botes.

Cuando ya se sintieron dueños absolutos de la administración del yate de bandera extranjera, a insinuación de “Patecucó”, subimos a la cubierta del yate, el señor Victor López y el suscrito. A pesar de la enorme confusión que había en esos momentos, pude observar que tres de los asaltantes apuntaban con el cañón de sus revólveres a 3 tripulantes del yate y los habían obligado a que se sentaran en el suelo dentro del puente de gobierno. Posteriormente nos enteramos de que se trataba del Armador y Capitán del Yate, Dr. Williams Rhoes Hervey, el jefe de máquinas y tripulante que hablaba muy bien el idioma castellano y que en los días subsiguientes, lo llamamos intérprete.

Decisión a bordo del Valinda: a petición del suscrito, y en vista de que habíamos cumplido con nuestro cometido, hicimos hincapié, que ellos también tenían que cumplir con su promesa, esto era, permitirnos regresar a los tripulantes en los mismos botes a nuestros respectivos puertos. En esos momentos empezaron a discutir entre ellos; unos decían llevémonos a los patrones; otros sostenían la idea que convenía llevarse a los maquinistas; y por fin dijeron, llevemos a todos y los botes podemos echarlos a pique. Al oir estas frases, intervino el suscrito diciendo: si los botes les han ayudado tanto hasta este momento, ¿por
qué tratan de hacerles un daño de esta naturaleza a sus dueños? En todo caso, déjenlos fondeados en este sitio, que algún día no muy lejano cualquier navegable los encontrará y posteriormente los dueños recuperarían sus embarcaciones.

En esos instantes se oyó la voz de Enrique Fuentes, como un altoparlante que decía: ¡Lo que es yo, muero aquí en mi bote y no me voy con ustedes! En vista de que la situación se tornaba difícil, resolvieron dejar los botes sin hacerles ningún daño y quedaron tripulados por dos personas: Francisco Jaramillo, en el bote Santa Teresa y Enrique Fuentes en el Viking. Mientras tanto, los señores Víctor López y el suscrito, Arnaldo Tupiza, éramos llevados en el yate Valinda en calidad de rehenes. Después de haber solucionado el problema, ordenaron poner en funcionamiento las máquinas del yate, izaron la ancla e inmediatamente dieron marcha adelante y el yate viraba su proa para dirigirse mar adentro, cuando eran las 5:30 de la mañana del día 15 de febrero. En esos momentos, y desde la popa del yate, nos despedíamos de nuestros compañeros con las manos en alto diciéndonos un ¡adiós!, quizá eterno; porque no sabíamos cuál sería nuestro destino en los días posteriores. Mientras tanto, el yate desarrollaba su velocidad máxima de 14 millas por hora.

El Capitán del yate solamente les hizo una pregunta: ¿A dónde quieren ir? Todos contestaron: ¡a Manta!. Inmediatamente el Capitán tomó la carta de navegación y trazó el rumbo a la zona continental al puerto indicado. A bordo del yate solamente habían seis personas: el capitán y su esposa, un amigo del Capitán que había embarcado en Acapulco y les acompañaba en su gira turística, el jefe de máquinas, un marinero (intérprete) y el cocinero.

Cuando ya nos encontrábamos navegando normalmente, el Capitán les hizo una petición a los asaltantes y les dijo: yo los llevo donde ustedes deseen, pero también les pido de favor que no hagan daño a ninguna de las personas que se encuentran en bordo, a ninguno de los aparatos de navegación, que el sistema del timón era automático y, especialmente al equipo de radio transmisor-receptor, en vista de que la comunicación es indispensable para la navegación. Nosotros aprovechamos esta oportunidad para entrevistarnos con el intérprete, y por su intermediario le manifestamos al Capitán, que éramos personas honradas y honestas, y que en ningún momento íbamos pensando en sal-
tar a tierra junto con los asaltantes. Le pedíamos como favor especial que nos lleve en su embarcación a cualquier puerto del exterior que viaje después que haya dejado a los asaltantes en tierra.... Nuestra petición fue aceptada por el Capitán y desde ese momento nos sentimos un poco tranquilos.

Mientras el yate navegaba normalmente, los asaltantes mantenían guardia permanente en tres sitios: puente de gobierno, sala de máquinas y equipo de radio transmisor-receptor.

Cambio de rumbo: después que el equipo de asaltantes habían discutido entre ellos respecto al sitio más adecuado para saltar a tierra, le dijeron al Capitán que ya no querían ir a Manta, sino a Punta Gale-rá (Esmeraldas), cuando eran aproximadamente las 10:00 de la mañana. El Capitán aceptó la petición, pero les hizo una advertencia: no puedo cambiar el rumbo hasta cuando sean exactamente las 12:00 del día para tomar altura y saber en qué posición se encuentra el barco. Además, solicitaba que mantengan una idea fija y no insistan en otro cambio de rumbo por cuanto era muy peligroso extraviarse.

Cuando el reloj marcaba exactamente las doce del día, el Capitán cogió el sextante, tomó la altura y después de hacer algunos cálculos, trazó el nuevo rumbo en la carta de navegación, esta vez hacia Esmeraldas. Mientras navegábamos sin ninguna novedad, en el salón de recepción del yate, se reunían todos y hacían algunos planes: cómo presentarse donde la familia; a quién solicitarle dinero; salir fuera del país, etc.

También se dedicaron a registrar minuciosamente todo el yate. Buscaban la caja fuerte. Se les oía decir: si estos gringos son turistas deben tener bastante dinero, pero solamente encontraron una poca cantidad de dólares en los cajones de una cómoda. Se vestían con la ropa de los tripulantes, cogieron unos relojes de pulsera y se los llevaron. Mientras se dedicaban al aseo, encontraron bastante licor, especialmente whisky. Algunos se dedicaron a libar durante algunas horas, excepto “Patecucú” que siempre permaneció sentado en un sillón y en estado de alerta, con su revólver listo para disparar. Tenía herida una pierna y esto le impedía realizar actividades al igual que sus compañeros.

Cuando ya estaban bastante embriagados, empezaron a discutir. Hubo un momento en que dos de ellos se desafiaron a duelo, sacando a relucir sus armas de fuego listas a disparar. Oportunamente intervi-
ieron los demás compañeros para evitar un desenlace fatal. Finalmente, fue lanzado al mar todo el licor que en esos momentos tenían en sus manos.

Durante las charlas y discusiones que tenían entre ellos, siempre nos decían: Arnaldo y López, tienen que saltar a tierra junto con nosotros. Es muy peligroso para ustedes si se quedan aquí en el barco. Estos gringos son muy vengativos y seguramente cobrarán venganza contra ustedes y es posible que sean ejecutados en la silla eléctrica. En vista de estas circunstancias, nuestra situación era cada vez más difícil. Nos poníamos a pensar entre los dos y comentábamos: si saltamos a tierra junto con este grupo, como nadie nos conoce, tratará la policía de capturarnos si nos sorprende junto con ellos y hasta pueden disparar contra nosotros. En definitiva, no tomábamos ninguna decisión hasta cuando llegara el momento oportuno.

Llegada a “Punta Galera”: el 17 de febrero a las 7:00 p.m. habíamos llegado a las costas de Esmeraldas. El yate se acercó a la orilla frente a una playa donde habían muchas palmeras y se podía observar unas pocas casas. Según los fugitivos esta era Punta Galera. El yate en ningún momento se fondeó, sino que la proa tenía con dirección a la orilla, pero manteniendo la posición con la ayuda de sus propias máquinas.

Después de diez a quince minutos aproximadamente, observamos que unas canoas se dirigían hacia el barco. En estos momentos se oyó la voz de “Patecuco” que decía: ¡Nadie pronuncie ninguna palabra para que no se enteren de que somos ecuatorianos, porque es posible que en una de estas canoas venga alguna autoridad! Cuando las canoas ya estaban junto al barco, se oyeron algunas preguntas desde las embarcaciones: ¿De dónde vienen? ¿Quieren saltar a tierra? ¿Qué desean?. En vista de que nadie contestaba, los tripulantes de las canoas contestaron: estos no hablan castellano y seguramente son contrabandistas.

Como los asaltantes se sentían muy preocupados en esos momentos, y querían darse prisa para saltar a tierra, solicitaron la ayuda de los tripulantes de las canoas diciéndoles que los lleven a tierra cuanto antes sea posible. Inmediatamente tomaron las canoas y se fueron a tierra unos pocos; otro grupo salió en la lancha del yate que en esos
momentos ya se encontraba en el agua y ponía en funcionamiento su motor.

A bordo quedaba otro grupo esperando impaciente que regresara la lancha. Cuando ya estuvo acoderada en banda de estribor, bajaron apresuradamente por la escala y todos se embarcaron desesperados por saltar a tierra sin darse cuenta de que nosotros nos habíamos quedado a bordo. En los momentos que la lancha ya se dirigía a tierra se oía decir: ¿Qué es de Arnaldo y López? ¿ya están aquí o se quedan en el barco? Mientras tanto la lancha navegaba a toda máquina con dirección a la orilla.

Cuando la lancha retornaba dejando a todos los asaltantes en tierra, los tripulantes del yate, conjuntamente con nosotros, estábamos listos para subir la lancha a la cubierta del buque y ubicarla en su respectivo sitio. Mientras se realizaba esta maniobra, sin pérdida de tiempo el Capitán se alejaba de la orilla, dando marcha atrás a las máquinas de su yate; dentro de pocos instantes viró la proa, aceleró las máquinas y se abrió mar abajo.

Rumbo a la Zona del Canal: inmediatamente el Capitán trazó el rumbo con dirección al Canal de Panamá, cuando eran las 7:30 p.m. del día 17 de febrero. Después que todos nos encontrábamos fuera de peligro en el salón, se abrazaban entre ellos, hacían muchos comentarios en su idioma, levantaban las manos en alto, dando muestras de completa satisfacción y alegría, en vista de que habían recobrado la libertad. En pocos instantes, el Capitán puso en funcionamiento su equipo de radio transmisor-receptor y difundía la noticia a diferentes estaciones de radio que le escuchaban. Se pasó junto a la radio alrededor de una hora informando de los acontecimientos a todos los que habían captado la frecuencia de su radio.

Entrada al Golfo de Panamá: después de haber navegado 67 horas, el día 20 de febrero nos encontrábamos dentro del Golfo de Panamá. Cuando estábamos cerca de Balboa, salieron al encuentro del yate algunas lanchas. En estas circunstancias el Capitán tuvo que reducir la velocidad de su yate, y las lanchas navegaban formando dos hileras; desde ellas algunas personas hacían varias preguntas al Capitán, las
mismas que eran contestadas a través del altoparlante que tenían instalado en el puente de Gobierno.

A las 3:00 p.m. el yate estaba anclado y fue recibido por la Capitanía de Puerto. Inmediatamente fue abordado por las principales autoridades locales, fotógrafos y periodistas, que le hicieron una larga entrevista al Capitán, inclusive, muchas preguntas y fotografías a nosotros, los dos ecuatorianos que en ese entonces nos encontrábamos en país extranjero.

Al día siguiente (21 de febrero) el yate se acercó al muelle 20, donde permaneció una semana. Durante este periodo trabajábamos a bordo, realizando mantenimiento al yate. El dueño y Capitán del Valinda, nos había ofrecido dar trabajo como marineros de dicha embarcación y nosotros estábamos resueltos a quedarnos definitivamente.

Noticia Inesperada: el día 26 de febrero el Capitán saltó a tierra muy temprano. Al medio día regresó con las autoridades de la Oficina de Inmigración y Extranjería, incluido el Jefe. El Capitán nos dijo: siento mucho no poder darles trabajo por cuanto ustedes no disponen de sus documentos personales, especialmente el pasaporte y esta noche viajarán con rumbo a su país. El Jefe de Inmigración les llevará en su coche hasta la Oficina para hacerles unas preguntas y tomarles unas fotos. Inmediatamente fuimos conducidos a dicha Oficina de donde partimos a la Embajada ecuatoriana. Aquí nos extendieron un certificado de nuestra nacionalidad de ecuatorianos. Terminadas estas gestiones, retornamos al yate donde permanecimos hasta las ocho de la noche. Cuando llegó el momento de abandonar el Valinda, el Capitán y el intérprete nos acompañaron hasta el muelle donde nos agradeció y nos pagó una cantidad de dinero por nuestro trabajo. Nos despedimos y tomamos una lancha del Resguardo de Aduanas para ser conducidos al barco que viajaba con rumbo a nuestro país.

Retorno al Ecuador: cuando subimos a la cubierta del barco “CORTÉS”, un bananero que se dirigía con rumbo a Puerto Bolívar, nos encontramos sorprendidos al ser recibidos por paisanos. La mayor parte de los tripulantes eran ecuatorianos y desde ese momento nos sentimos con un ambiente de ecuatorianidad.
Durante la travesía que duró tres días hasta llegar a Puerto Bolívar, recibimos una magnífica atención de parte de nuestros paisanos. Todos los días instalábamos largas charlas respecto a la fuga de los presidiarios, pero también intercambiábamos las conversaciones acerca de los viajes que ellos hacían al exterior en calidad de marineros. De esta manera el viaje resultó muy interesante y nosotros hicimos ostensible nuestro reconocimiento a todos los compatriotas y demás tripulantes del barco Cortés.

Entrada a Puerto Bolívar: el 28 de febrero el Cortés anclaba en la rada de Puerto Bolívar que fue recibido por el Capitán de Puerto de esa localidad. Cuando el mencionado funcionario había recibido información de parte del Capitán del barco respecto a nuestra situación, nos dijo que teníamos que presentarnos en la Capitanía. En ella fuimos entrevistados por el Capitán de Puerto, quien, luego de algunas preguntas, nos entregó una recomendación para el Capitán del vapor costanero “Colón” para que nos llevara a Guayaquil, que zarpaba ese mismo día a las ocho de la noche. Finalmente, nos dijo que quedábamos en completa libertad. Aprovechando de esta oportunidad nos dimos tiempo para conocer las ciudades de Santa Rosa y Machala.

Arribo a la Ciudad de Guayaquil: el 1 de marzo, a las cuatro de la mañana llegábamos a la ciudad de Guayaquil sin novedad cuando el buque se acoderó al muelle, siendo recibido por la Capitanía de Puerto. Saltamos y buscamos hospedaje en la pensión “Olimpia” donde estuvimos 6 días.

En la Capitanía de Guayaquil: al día siguiente nos encontramos con algunas personas de las islas que habían salido a la zona continental, informándonos que se encontraba en la Capitanía de Puerto el Comandante Jorge Páez, a quien conocíamos personalmente. A él acudimos en demanda de apoyo para regresar a nuestras islas. El mencionado Oficial nos atendió muy gentilmente, y lo que es más, nos otorgó una certificación sobre nuestra honorabilidad, documento muy necesario para nosotros que no disponíamos de nuestros documentos per-
sonales, al mismo tiempo que nos avisó de la próxima salida de un buque para Galápagos. Le rendimos nuestros agradecimientos.

Oficial de la Policía Nacional: sorpresivamente me encontré con el Capitán Saltos, Ex-Director de la Colonia Penal de Isabela, quien, luego de los saludos de rigor, me dijo: ya estoy enterado de la fuga de los presos. Me invitó a que le acompañara al cuartel Modelo de la Policía Nacional. En el trayecto íbamos conversando sobre la sublevación de los penados y su fuga. Cuando llegamos al mencionado cuartel, me condujo al calabozo. Al abrirme la puerta pude ver 11 de los fugitivos ya detenidos, entre ellos su famoso jefe “Patecucó”, diciéndome al mismo tiempo que patrulleros de la institución se encontraban desplegados por todas partes de la República y se esperaba que muy pronto todos los prófugos sean detenidos.

Retorno al Archipiélago: el día 12 de marzo arribó a Puerto Villamil el Barco “Cristóbal Carrier” de la Compañía ASTRAL, el mismo que hacía servicio de cabotaje entre la zona continental y las islas del Archipiélago de Colón. Cuando logré saltar a tierra, en el muelle fui recibido por mi madre, el ser más querido de quien me había despedido quizá para no volver a verla nunca más. También se acercaba a darme la bienvenida el resto de familiares, autoridades y amigos en general. En esos momentos me sentía muy emocionado y al mismo tiempo un tanto confuso, me parecía que todo era un sueño y me había despertado de una fuerte pesadilla.

Aquí termina la narración de una larga odisea que duró exactamente un mes, desde el punto de partida hasta el retorno a mi tierra natal.

Arnaldo Tupiza Chamaidán falleció en Isabela, en un accidente en motocicleta, el 13 de septiembre de 1995, a la edad de 65 años.
Reseña histórica de las ganaderías cimarronas en Galápagos

1. Introducción del ganado y su adaptación al ambiente insular.
2. Uso y abuso de este nuevo recurso.
3. Regulaciones del Gobierno en el manejo del ganado cimarrón.

INTRODUCCIÓN DEL GANADO Y SU ADAPTACIÓN AL MEDIO INSULAR

"La ganadería constituye una de las actividades más importantes en el archipiélago", escribe el Dr. Efraín Pérez Castro en su obra Reseña Histórica sobre las Instituciones Galapaguenses, 1985.

Esta importancia, sin embargo, no fue vislumbrada por los primeros habitantes o colonizadores. La ocupación ganadera para ellos fue un complemento agrícola, una fuente necesaria de subsistencia. De esta manera se introdujeron a las islas muchas especies de animales domésticos tradicionalmente compañeros del hombre, entre ellos el ganado vacuno. Es por esto que, a raíz del establecimiento del hombre ecuatoriano en el archipiélago en 1832, el General Villamil (mentalizador de la Toma de Posesión) para formar la colonia, envió los elementos necesarios; puso en ella caballos, asnos, ganado vacuno, aves de corral, cerdos, cabras, etc. que se multiplicaron considerablemente en poco tiempo (Bognoly y Espinoza, 1905)

A pesar de esta rápida adaptación del ganado al medio ambiental, no despertó mucho interés en los colonizadores para emprender el fomento ganadero, posiblemente por dos razones: a) su meta principal era la agricultura; hacer de las tierras fecundas de las islas, haciendas ricas y prósperas con producción abundante y permanente para la explotación; b) todo el entusiasmo e ilusión de los primeros organizadores de las colonias y sus trabajadores fueron empañados por la presencia casi inmediata de las colonias penales, que propiciaron una serie de irregularidades destructivas: vagancia, inmoralidad, robos, crímenes. El asesinato de Don José de Valdizán, por ejemplo, en la Isla Floreana en 1878, la horrible muerte inferida a Don Manuel J. Cobos en San Cris-
tóbal por sus propios trabajadores en 1904, dieron al traste con todos los trabajos y adelantos realizados.

Al renunciar por dos veces la Gobernación, el primer colonizador, General de Villamil, en 1837 la primera y en 1845 la segunda, antes de abandonar definitivamente las islas "hizo transportar a otras islas como San Cristóbal (Chatham), Isabela y Santa Cruz, parte del ganado que había en Floreana. Se multiplicó considerablemente como en la Santa María, pero se remontó y hoy es tan bravío que casi siempre hay que darle muerte para tomarlo" (ibid.).

El hecho nada conservacionista, desde luego, de ir dejando parejas de animales en las demás islas, fue con la intención de guardar nexos o contactos con el archipiélago y, dado el caso de la adaptación y multiplicación del ganado, como así sucedió, poder alegar títulos de propiedad y de esta forma tener una ganadería dispersa, abundante, sin gastos o cuidado y para muchos años de explotación. Efectivamente puso en juego estos derechos y en más de una ocasión, sus herederos, o firmaron contratos o presentaron denuncias, lo que podemos ver en los casos siguientes:

De 1866 a 1870, la Sociedad Cobos-Monroy, al extender su comercio hacia las Galápagos para aprovechar el ganado salvaje, cuyas pieles exportaban a Panamá, "tuvieron que enfrentar varios juicios por matar ganado ajeno y por las pretensiones de apropiarse de la Isla Floreana que legalmente pertenecía a la familia Villamil" (Octavio Latorre, 1990).

En 1915, la Compañía Aray-Santos (chilena) comenzó a tramitar con el Gobierno ecuatoriano el arrendamiento de las tierras agropecuarias de San Cristóbal e Isabela; para esto enviaron al Ingeniero Agrónomo Sr. Maldonado con el propósito de hacer un estudio detallado de las virtudes agropecuarias de dichas islas. Después de concienzuda observación presentó el informe respectivo y en una de las conclusiones propone: "Es posible aprovechar las grandes masas de ganado de Isabela a base de pagar una pequeña indemnización a las personas que se dicen dueños de los animales" (contrato celebrado entre los señores Aray-Santos y los herederos de la familia Villamil.)

Sobre el crecimiento espontáneo de las reses dejadas en las cuatro islas, además de lo anteriormente dicho, tenemos los siguientes testimonios: "Los Oficiales de la corbeta italiana “Vettor Pisani” que estu-
vieron en el archipiélago en 1882 aseguran que vieron ganado de diferentes colores”.

En 1905, hablando de Isabela, dicen Bognoly y Espinoza: “tiene varios lugares donde hacer aguada y de 1 a 8.000 cabezas de ganado bravío. Floreana está invadida por una gran cantidad de asnos, perros y puerco, y no siendo pequeña la que hay de reses bravías. En 1890, el Jefe Territorial de San Cristóbal calculaba que todavía hay en la Isla Chatham la cantidad de 10.000 cabezas de ganado cimarrón (Octavio Latour, 1990).

Un siglo más tarde, es decir en 1932, el Mayor Samaniego, Jefe Territorial de Galápagos, informa al Ministro de Guerra, Marina y Aviación sobre el estado en que se encuentran las islas y, tratándose del ganado dice: “En San Cristóbal se calculan de 3 a 4.000 cabezas... En Isabela, 40.000 y en Floreana 500 cabezas de ganado”. De Santa Cruz se limita a comentar: “hay pampas de vegetación y que se prestan para la crianza de ganado”.

USO Y ABUSO DE ESTE NUEVO RECURSO

La dispersión del ganado, su reproducción y aumento rápido sirvió de gran ayuda a los primeros colonizadores: en San Cristóbal, desde el ingreso de don Manuel J. Cobos en 1866; en Isabela, a partir de 1897; y en Santa Cruz, desde 1926. Todos, en mayor o menor cantidad, utilizaron el ganado bravío para la alimentación; domesticaron para formar sus propias ganaderías, utilizándolas ya en la industrialización, transporte, labranza o simplemente para la leche y sus derivados y también para el comercio, como lo hicieron Manuel J. Cobos y Antonio Gil. Vamos a citar casos sobre la utilización que los primeros colonizadores hicieron del ganado vacuno.

Industrialización: hablando de Manuel J. Cobos en San Cristóbal se lee:

“Durante diez años trabajó e hizo trabajar rudamente hasta conseguir que siempre hubiera extensos canteros en estado de corte; que la molienda fuera constante de enero a enero y que grandes máquinas de vapor sustituyeran el gastado trapiche que dos bueyes movían lentamente”.

Jacinto Gordillo
Transporte: desde el edificio donde está instalada la máquina (refiriéndose a la fábrica de azúcar) hasta los canteros, se extiende una línea de ferrocarril Deucanville de 7 km. de largo. Ruedan sobre ella como 50 carros tirados por bueyes llevando la caña de los trapiches. Hay en la isla muchos asnos, cabras y ganado vacuno.

Labranza: no fue muy común la utilización de los bueyes para la labranza del campo como en la sierra continental, porque en Galápagos el terreno es muy delgado y pedregoso. Sin embargo, se dan casos esporádicos de esta actividad; por ejemplo, en Isabela, entre los años 1946-1959 en la colonia penal, dos indios otavaleños llamados Cachimuela y Liquinucha, domesticaban reses y los uncían para arar la tierra en el campamento denominado “La nueva Alemania”.

Lecherías: Alex Mann, que visitó las islas en 1877 y retornó en 1909 en el Yate Scotta, dice en una parte de su relato hablando de la Isla San Cristóbal:

“Al recorrer a caballo los pastos que se extienden hasta la cima de las montañas, se puede ver mucho ganado domesticado y de la mejor calidad, muy semejante a los que se ven en casa; pero no más grande y con piel muy fina...”

En Isabela, hacia 1914, Don Antonio Gil, estableció a 45 km. al oeste de Sierra Negra, en una hermosa planicie rodeada de conos volcánicos, una granja ganadera. Floreció mucho y hubo gran producción de leche y sus derivados. Con la muerte de Don Antonio, en 1921, fue perdiendo valor la hacienda Santo Tomás, que así se llamaba, quedando en consecuencia también abandonado este lugar. Sólo perdura como recuerdo un cafetal muy productivo. Posteriormente, fue ocupado por la Colonia Penal, donde guardaban a los criminales y gente de peores antecedentes delictivos.

Sobre el abuso de este recurso podemos mencionar lo siguiente:

- En la Isla San Cristóbal, una vez liquidada la hacienda “El Progreso”, los trabajadores, libres de todo compromiso laboral, empezaron a tomar posesión de tierras dentro y fuera de los linderos de la exhacienda y capturar reses salvajes para formar sus propias ganaderías más para consumo doméstico que para la utilización de la...
carne, la que seguían consumiendo de la bravía con o sin permiso, siendo tal el abuso en este sentido, que según declaración del Subteniente Vallejo, enviado y pagado por el Estado para control de este recurso, se sacrificaban reses hasta para engordar chanchos y gallinas (información personal). Con esto fue rebajando rápidamente el número de animales, tanto, que en 1952, se hizo la captura del último becerrito en la isla.

• De igual manera, en Santa Cruz, con el ingreso de las Cooperativas agrarias “Velasco Ibarra” y “Ponce Enríquez” a partir de 1954, la domesticación y cacería de reses salvajes aumentó considerablemente. Más tarde, en 1968 se promulgó un “Reglamento para la explotación pecuaria del Archipiélago de Colón”. En una de las concesiones dice: “las personas de escasos recursos económicos podrán disponer de hasta 200 hembras salvajes vivas anualmente. Las solicitudes serán transmitidas ante el Ministerio de Agricultura y Ganadería en Quito (Efraín P.C., 1990). Al poner en práctica esta parte del Reglamento, empezó a decrecer el número de reses bravías en la isla hasta su total extinción; pero surgió con vigor la ganadería manejada a tal punto que en la actualidad ostenta con orgullo uno de los recursos de mayores ingresos económicos de la provincia.

• En la Isla Isabela, con el ingreso de la Colonia Penal en 1946 y su estadía hasta 1959, la cacería de reses salvajes se llevó a cabo con verdadero salvajismo, ya para base alimenticia de los presos (a veces única), ya para llenar las arcas codiciosas de los oficiales con el negocio de las pieles y la grasa, incluyendo el aceite de galápago. Súmese a esto la exportación de reses en pie que se hizo entre los años 1956-1958, por el señor Carlos Gil, quien alegando títulos de propiedad, logró vender sus pseudo derechos a una sociedad ficticia, radicada en Guayaquil, que sacaba de 30 a 40 reses mensualmente. Esto y el posterior cuatrerismo de los cazadores escudados en las famosas donaciones del Gobernador de turno, mermó tanto la población de ganado bravío, que hoy es muy poco el número de reses que se oculta en zonas muy alejadas de los lugares de pastoreo cercanos a las poblaciones humanas. Desde luego, hablando del ganado que vive en las laderas y valle de Sierra Negra, porque las manadas de reses que pueblan las inmensas pampas de
los flancos de Cerro Azul, están intocadas y desarrollándose sin depredadores ni humanos, ni siquiera de los perros que fueron aniquilados por el Servicio Parque Nacional Galápagos hace pocos años. La larga y retorcida cornamenta de toros y vacas salvajes delatan la longevidad de estos animales, cuya muerte es ocasionada por vejez, salvo en los tiempos de sequías prolongadas en que mueren algunos de ellos.

Sin embargo, estas variaciones de tiempo tras largos años de supervivencia, han creado en ellos características naturales que les distingue por su resistencia a la sequía, amoldando su conducta a ciertas actividades como: subir en altas horas de la tarde a la cima del cerro para, en las primeras horas del día siguiente sorber las gotas de rocío que quedan en las hojas de las hierbas; o por el contrario, bajar a orillas del mar hacia el lado sur en busca de grietas o brotes de agua dulce y no pocas sobreviven tomando pequeñas cantidades de agua de mar.

Se podría decir, sin temor a equivocarse, que en Cerro Azul se ha formado una raza resistente a la sequía aprovechable para el cruce con otro ganado.

REGULACIONES DEL GOBIERNO EN EL MANEJO DEL GANADO CIMARRÓN

El Gobierno ecuatoriano empezó a preocuparse del uso y comercialización del ganado salvaje en Galápagos a partir del año de 1910. Si alguien quería explotar este recurso debía justificar sus derechos ante la autoridad máxima del archipiélago, en ese entonces, los Jefes Territoriales Civiles; a partir de 1928, ante los Jefes Territoriales Militares de las Juntas de Mejoras; y por fin, en 1973, al desaparecer las Juntas de Mejoras con la provincialización, pasaron todos sus derechos y obligaciones a las Municipalidades (Decreto Nro. 164 Art. 23).

El Dr. Efrain Pérez C., en su obra ya mencionada, cita el Acuerdo Nro. 315 del 13 de septiembre de 1968, en el que se expidió un Reglamento para la Explotación Pecuaria en el Archipiélago de Colón. Este Reglamento es muy claro y puntual en cuanto al manejo del ganado se refiere y señala las responsabilidades de la manera siguiente: “Las Juntas de Mejoras; el Ministerio de Agricultura y Ganadería y los Centros Agrícolas serán los responsables del manejo zootécnico, sanitario y comercial de las ganaderías. El registro del ganado, y marcas y fierros,
la inscripción de los terneros, la concesión de los permisos de despoite y la fijación del precio de la carne, quedan encargados a los Centros Agrícolas.

Si todos los derechos y obligaciones de las Juntas de Mejoras pasaron a los Municipios, el manejo zootécnico mencionado en el Reglamento pasó en el mismo orden a manos de las municipalidades, los Centros Agrícolas y el MAG en el Cantón.

Al no ser derogado el mencionado Reglamento, como lo afirma el Dr. Pérez C., es urgente y de todo punto necesario sujetarse a sus requerimientos. Especialmente me refiero al manejo del ganado salvaje de la Isla Isabela que hasta el momento, por una mala interpretación tradicional sigue siendo un rico patrimonio de los Gobernadores de turno que graciosamente regalan 3, 5, 10 cabezas de ganado a personas particulares para solucionar sus problemas de indigencia o salud y, lo que es peor, en campaña política, con el consiguiente chismorreo o inconformidad del resto de la población conocedora perfecta de las condiciones económicas de todas y cada una de las familias o individuos de la isla.

Peligro de las Concesiones: una vez hecho el obsequio de la res, el concesionario debe hacer la captura por sí o por medio de tercera persona llamado cazador, lo que supone el ingreso de éste o estos individuos a las áreas del Parque Nacional donde viven habitualmente los animales salvajes. Este hecho ha ocasionado más de una vez el abuso y quebrantamiento de las Leyes de Protección, ya sea por la introducción de organismos al Parque, ya por la matanza de galápagos.

Para poder controlar en algo esto, el SPNG asumió desde 1980 la organización de la cacería de chanchos, chivos y reses, entregando un salvoconducto o documento en el que se indica el tiempo, lugar y especie de captura, lo mismo que el nombre del cazador. A pesar de esta medida se siguen haciendo cacerías furtivas aprovechándose de las concesiones y, lo que es peor, la captura y sacrificio de galápagos, produciéndose en ambas especies el peligro de extinción.

Urge tomar una decisión al respecto. Pues, así como el SPNG y la ECCD construyeron en la isla un Centro de Interpretación y Crianza de galapaguitos con la finalidad de salvar esta especie, así se debe pensar en la protección de las reses de esta parte de Sierra Negra, con
una reglamentación especial que permita su conservación y crecimiento para un uso racional posterior que sirva, no de un fugaz apoyo para utilidad de individuos aisladamente, sino que se constituya en fuente de riqueza para la comunidad isabeña.

Para conseguir esto, basta sujetarse al Reglamento antes mencionado, toda vez que existen organismos especializados, como el Ministerio de Agricultura por medio de los Centros Agrícolas Cantonales, quienes deben manejar directamente este recurso, quitando de esta manera el uso paternalista del Gobernador de turno.

En fin, terminaré diciendo, con el Dr. Efraín Pérez C.: “La crianza de ganado de calidad es una de las esperanzas más realistas de producción en las islas”...

Santa Cruz es ya una realidad demostrativa de riqueza ganadera. Viene aplicando el proyecto de Inseminación Artificial desde hace más de diez años. En San Cristóbal se inició en 1986. En la Isla Isabela se dio comienzo desde el 11 de abril de 1991. Hay la casi certeza de éxito en esta isla: la fertilidad de los suelos, si no superior, al menos igual a los de Santa Cruz; el entusiasmo de los ganaderos que están empeñados en unirse en asociación, nos hace pensar en una pronta aparición de reses de calidad que conformen hatos de ganado de mucho valor genético con producción de carnes, leche y sus derivados.
**Conclusión**

Termino la relación de estos hechos, en su mayor parte vividos personalmente, mezcla de emociones, alegrías y peligros; llenos, unas veces, de esperanzas, otras, de desilusiones, pero vividos al fin intensamente en este pequeño mundo insular, donde el sufrimiento ha encarnado el modus vivendi de quienes, por diversas circunstancias, nos vimos empujados por los vientos y dejados sobre estos pedazos de tierra, como así sucedió antaño con los seres primeros que poblaron las islas; pero con ellos, plantas y animales, en un solo conjunto armónico, unidos por la necesidad de vivir, hemos avanzado año tras año, dejando cada vez atrás aparentes incomodidades que constituían nuestra felicidad, para ir ocupando aparentes comodidades que dificultan nuestro vivir y nos hacen añorar el pasado.

Concluyo repitiendo la frase del famoso periodista Nicolás Martínez: "creo que mi escrito, por malo que sea, servirá para que recuerden los ecuatorianos que tenemos un hermoso territorio que, para muchos de ellos, es más desconocido que el Centro de África".
LIBROS LEIDOS

Erupción de 1979 en Cerro Azul
El "Muro de las Lagrimas" visto de frente

Parte principal del Muro mostrando el derrumbe histórico
Incendio de la lancha San Cristóbal

El árbol de bototo en el Campamento de Alemania
Jacinto Gordillo

Fauna de Galápagos